

La huella de Monte Verde

MANUEL GALLEGOS

ZIG-ZAG NOVELA



LA HUELLA DE
MONTE VERDE
UNA HISTORIA DE 146 SIGLOS

MANUEL GALLEGOS

ILUSTRACIONES DE SOLEDAD SEBASTIÁN



*Para Tomás, Julián, Micaela, Belén,
Gabriel, Florencia, Sofía, Amelia,
Martina y Amanda, mis nietos, y
para los niños, niñas y jóvenes de
todos los continentes.*

“Debido a que una turba cubrió el asentamiento humano, el conjunto de artefactos de Monte Verde es el más completo que se haya encontrado en el Nuevo Mundo hasta la fecha”.

Tom D. Dillehay

Arqueólogo norteamericano.

Doctor en Antropología. Profesor

Extraordinario y Doctor Honoris Causa

Universidad Austral de Chile Valdivia.

“Monte Verde ya está presente en los grandes museos del mundo y se empieza a enseñar en las escuelas. Y su historia nos regala la posibilidad de incorporar lazos de identidad a nuestra cultura americana, chilena y sureña”.

Dr. Mario Pino Quivira

Geólogo chileno

Doctor en Recursos Naturales.

Decano de la Facultad de Ciencias, Universidad Austral de Chile, Valdivia.

Capítulo uno

Finalizando ya la Edad del Hielo, hace más o menos 14.600 años, un grupo de hombres, mujeres y niños, siguiendo el curso del estero Chinchihuapi, brazo del río Maullín, cansados pero ansiosos, detuvieron su marcha. Observaron el entorno en silencio y después de un buen rato tomaron la decisión. Se quedarían a vivir allí, al menos por un tiempo. Sin saberlo ni imaginarlo, se convirtieron, así, en los primeros pobladores de aquel territorio al que miles de años después, el mundo conocería como Monte Verde¹.

Sobre la terraza norte del arroyo comenzaron a construir el campamento y a organizar su vida cotidiana. Levantaron un largo y gran toldo ovalado, formado por una docena de pequeñas unidades domésticas familiares, unidas en su base y en su cúspide. En la cercanía de este, trazaron la plaza sagrada, un rectángulo de treinta metros de largo y cinco de ancho, límites que demarcaron con maderos, piedras y fogones menores, recubiertos en su interior con arcilla. Finalmente, y también cercano a la plaza, levantaron un toldo especial,

construido en forma de horquilla o “hueso de la suerte” de las aves, llamado fúrcula, resultado de la unión de ambas clavículas de aquellas.

Los hombres, de estatura alta, corpulentos, piel cobriza, rostro anguloso, cabellos negros y cuerpos semidesnudos, habían ya encendido y alimentaban el fuego en uno de los tres fogones centrales que habían excavado alineados frente al gran toldo. Las mujeres, menudas, esbeltas y fuertes como ellos, vestían una túnica de cuero fino, sobre la que caía su larga cabellera color fruto de maqui². Algunas se trasladaban de un lugar a otro en un permanente ir y venir, ocupadas en sus quehaceres; entretanto otras, de rodillas frente a una piedra de moler alongada y cóncava, golpeaban avellanas con una piedra extendida y plana, soltándoles así su cáscara, para luego aplastarlas y molerlas hasta convertirlas en harina. Dos de ellas, sentadas sobre un tronco, desmenuzaban cientos de pequeños frutos de junquillo* para recolectar las semillas que formaban parte de su sustento.

Unas cuantas mujeres regresaban del bosque circundante cargando canastillos tejidos de juncos, atestados de frambuesas silvestres*, de calafates*, murtas* y maquis*. Los niños, al darse cuenta de su llegada, corrieron a asaltarlas para conseguir un puñado de esos frutos propios de la estación estival. Luego, estas continuaron hacia el solitario toldo en forma de fúrcula, el que era habitado únicamente por la mujer más anciana del clan, Ayayama, a quien todos respetaban y protegían por ser la guardadora de las provisiones y sanadora de las dolencias del cuerpo, gracias a su hondo conocimiento del uso medicinal de hierbas, plantas y frutos. Además, también ella se preocupaba del espíritu de su gente, utilizando sus cualidades y vínculos con las energías visibles e invisibles. Poseía el don de

comunicarse con todos los seres de la naturaleza, y el de conectarse también con los antepasados que regían cada paso de sus vidas; por tanto, era valorada como una mujer única e imprescindible para el clan.

Ayayama, sentada sobre un tronco en las afueras de su toldo, al divisar a las mujeres acercarse, se levantó y, esbozando una sonrisa de satisfacción, recibió los frutos recolectados, los que guardó enseguida en el interior de su hogar, para después compartirlos equitativamente con todos.

Entretanto, a orillas del estero, cuatro niños jugaban a lanzar piedras; ganaba quien conseguía dar más rebotes con estas sobre la superficie del agua.

Apo, el mayor de ellos, un muchacho de aproximadamente doce años de edad, después de compartir un rato con sus amigos, se alejó orillando cauce arriba. De vez en cuando se agachaba a recoger, desde el bajo lecho del riachuelo, choritos de río, llamados también almejas de agua dulce*, los que uno a uno iba guardando en su morral de junquillos. En un morral de junquillos los iba guardando uno a uno. Sin darse cuenta dejó muy atrás a sus amigos, que continuaban en el juego, y ahora solo oía el eco de sus gritos y risas. Su concentrada labor de recolección y el placer que le producía la transparencia y temperatura fría del agua en sus pies, fue interrumpida por el bullicioso paso de una bandada de bandurrias*, esas enormes y tímidas aves de plumaje amarillo dorado y pico curvo, que regresaban emitiendo fuertes graznidos metálicos después de permanecer el día completo alimentándose de lombrices y otros gusanos en las pampas aledañas. Atardecía y se dirigían a dormir entre el ramaje de las copas de los grandes coigües* de la ribera opuesta

del arroyo.

El niño, vestido únicamente con un taparrabo, se había alejado tanto del campamento que ya no se divisaban los toldos ni el humo de sus hogueras. Se detuvo a descansar un momento sentado sobre una roca. Sacó del morral uno de los choritos de río y lo observó, dándose cuenta de que mojado lucía su brillante color gris oscuro. Lo puso sobre un recoveco de la roca que usaba como asiento, cogió una piedra y de un golpe rompió la delgada coraza, que en su interior lucía tonos de nácar azulado. Extrajo el cuerpo del molusco y lo llevó a su boca, saboreándolo con placer mientras contemplaba el entorno. De pronto, llamó su atención el agitado movimiento de unas cañas de quila* que crecían a la entrada de un enmarañado bosque de coigües, lumas* y otros árboles³ que ocultaban de su mirada lo que podría haber más allá.

Se puso en pie sobre la roca e intentó fijar la vista en ciertos detalles del espacio existente entre dos grandes ulmos, el punto donde había visto agitarse el cañaveral. Luego bajó de su atalaya y caminó ocultándose de tronco en tronco, evitando ser descubierto y averiguar así, sigilosamente, el origen de esa inusual agitación de ramas, hojas y cañas. Se acercó lo más posible e inmóvil, esperó.

Nuevos y abruptos movimientos lo impulsaron a ocultarse tras un roble* gigante. Subió la mirada por su tronco y comprendió que desde la altura podría observar mejor su objetivo. Trepó tronco arriba y pisando en las firmes ramas logró llegar a varios metros del suelo, sentándose con las piernas colgando, satisfecho de la privilegiada visión que tenía desde allí. Entonces, tras una breve espera con los ojos fijos en la pared de cañas, de pronto

quedó congelado. No podía creer lo que veía. En un estrecho claro del bosque se movía un cachorro de gonfoterio*, un Trompa Larga, como llamaban los de su clan a esos animales pertenecientes a la gran familia Elephantoidea* de la que proviene el elefante, única especie sobreviviente de la megafauna que vivió durante la Edad del Hielo.



El pequeño gonfoterio parecía estar ramoneando unas ramas de caña que crecían en el claro.

–¡Es igual al que mi padre y los hombres del clan cazaron hace unos días en la orilla pantanosa del río! –se dijo Apo–. ¡Pero este es pequeño! ¡Claro, es idéntico al grande!

En efecto, el muchacho observó que sus patas eran cortas y gruesas, sus orejas chicas y su trompa larga, entre dos defensas de marfil cilíndricas y blancas.⁴ “¡Solo que su pelaje es más corto!”, concluyó para sí mismo el chico.

Se quedó contemplándolo largo rato. El animal, de pronto, se echó, acomodándose sobre unas ramas secas de quila, resoplando agitado, hasta que cerró los ojos y, al parecer, se durmió. El niño bajó entonces del árbol y caminó con sigilo, acercándose cada vez más. Se aproximó tanto que el gonfoterio lo percibió a través de las vibraciones de la tierra e intentó levantarse, pero solo se incorporó un tanto y se quedó observándolo, inmóvil. El muchacho, aterrado, sin mover un músculo y sin siquiera pestañear, fijó la vista en los redondos ojos del paquidermo*.

Parecían dos estatuas. Apo pensó que el animal tal vez estaba herido y que por eso se quedó allí, quieto, sin atacarle ni huir. Siguieron mirándose un buen rato. Solo se oía el suave silbido del viento de la tarde entre las hojas del bosque, la honda respiración del animal y el quejido de las ramas altas de los árboles. Trizaron el tenso silencio los graznidos de una pareja de treiles*, que volaron de improviso revoloteando en desorden sobre sus cabezas, y luciendo sus alas de tonos grises, blancos y negros.

El niño, entonces, se atrevió a moverse dando unos pasos de lado, sin dejar de mirar al animal. Cortó unos brotes de quila que sobresalían de la tierra como puntas de lanzas y regresó inmediatamente a ofrecérselos al gonfoterio. Este levantó su enorme cabeza y se quedó quieto, atento, a la espera. El muchacho dio unos pasos más, hasta tocar con la punta de los brotes la trompa del animal, quien los inspeccionó y olfateó. Luego, cogió el atado, lo llevó al hocico y lo masticó con gusto. El muchacho no dejaba de mirar sus ojos oscuros, que le parecían tristes, profundos y brillosos, como la corriente del arroyo al anochecer.

–¿Qué le pasará a este cachorro de Trompa Larga? –murmuró Apo para sí–. Sus ojos me dicen que sufre. –Nuevamente el animal apoyó su cabeza en la hierba–. Tal vez está enfermo – volvió a hablar el niño. Entonces, intuyendo que no corría peligro, se acercó más a él, estiró el brazo y le hizo una leve caricia en la cabeza con la palma de su mano. El gonfoterio se quedó quieto, como si hubiera sido esculpido en piedra. El jovencito repitió el gesto varias veces, percibiendo que al animal le agradaron esas caricias. Había observado en sus ojos lo que le pareció ser un destello de ternura y alegría. Ante esto, continuó pasándole su mano por la rugosa piel de la cabeza; el animal acogía los mensajes de afecto con leves movimientos de su trompa.

La tarde ya oscurecía y el niño decidió regresar. Se despidió del gonfoterio dándole unas palmaditas cariñosas unidas a una amplia sonrisa. Le indicó con gestos que él volvería a cuidarlo y estaría de regreso cuando el sol, señalando las alturas sobre las montañas, volviera a elevarse desde la cima de ellas. Imaginando que el paquidermo había entendido su mensaje, comenzó a caminar mirando hacia atrás, mientras el animal pareció seguirle

con sus ojos, hasta que el muchacho desapareció tragado por los tupidos arbustos de calafate y gigantes helechos ampe*, que conforman un follaje de enormes frondas.

Pronto el niño estuvo junto al cauce del arroyo y comenzó a desandar el camino hacia el campamento familiar, llevando en su morral la carga de moluscos. Al poco rato divisó a algunos de sus hermanos, a sus padres y a otros miembros del clan. Estos, sentados alrededor del fuego, paladeaban con entusiasmo la carne asada del gonfoterio cazado días atrás. Apo se sentó en un tronco junto a su padre, quien le indicó con gestos que cortara un trozo de la carne puesta sobre el fogón. El muchacho fijó la vista en ella y guardó silencio. Por su mente cruzó como un rayo la cacería del animal. Pensó que esa carne podría ser del padre o de la madre de aquel pequeño cachorro que había descubierto en su caminata. Recordó también que en otras ocasiones había visto a esos inmensos animales acompañados de sus hijos y que, al ser correteados por los cazadores, las crías huían aterradas a esconderse en el bosque.

Entonces, a pesar de conocer los efectos que provocaría su decisión, movió la cabeza de un lado a otro para indicarle a su padre que no comería. El hombre se levantó violentamente y lo increpó ante su negativa, pero el chico abrió su morral y le mostró los choritos de agua dulce que había recolectado en el estero, diciéndole que él comería de esos, mientras los dejaba sobre las brasas del fogón para cocerlos. Keloma, la madre de Apo, acercándose, logró calmar con cariñosos gestos al hombre, convenciéndolo de que su hijo se alimentaría bien por ahora con esos choritos. El padre, molesto, refunfuñó, se sentó, cogió un trozo de carne y continuó junto a los otros disfrutando del producto de sus

habilidades de grandes cazadores.

Capítulo dos

Solo cinco lunas antes del encuentro de Apo con el pequeño gonfoterio, la anciana curandera había salido apresurada de su toldo y, atravesando la plaza sagrada, continuó por el sendero en dirección a los tres grandes fogones, frente al toldo alargado que cobijaba al resto del clan. Su rostro traslucía preocupación y nerviosismo. Los hombres, sentados alrededor del fuego, se ocupaban en percutir pacientemente diversas piedras de granito* de variadas tonalidades; también piedras de basalto*, negras como la noche; andesitas*, de tonos grisáceos, y cuarcitas*, de diversos tonos claros, todas recolectadas en el riachuelo. Con herramientas también de piedras, pero de mayor dureza, las golpeaban, percutían, pulían y sacaban filo, convirtiéndolas en proyectiles para sus hondas, cuchillos, machacadores, puntas de lanzas y otras con forma de pequeños sombreros, usadas para alisar los cueros de animales durante su curtido.

Ayayama se detuvo y les contó con gestos y mínimas palabras haber sentido temblar la tierra hacía solo unos instantes, estando ella al interior de su toldo.

–¿Cómo fue ese temblor, Ayayama? –la interrogó Koolik, el experto en transformar las piedras en herramientas y utensilios.

–¡Lo sentí como golpes intensos, uno tras otro, seguido de un ruido hondo y lejano!

–¿Como pasos? –insistió Koolik y caminó marcando pesadamente los suyos—. ¿Así, Ayayama? –la anciana afirmó con un leve movimiento de cabeza.

–¡Entonces no hay duda! También nosotros sentimos esos ruidos, pero esperábamos otra señal para estar seguros.

–¡Allí está otra vez! ¿Lo oyen?

Todos quedaron inmóviles. Conteniendo la respiración, solo sus pupilas se movían de un punto a otro y luego, con lentitud giraron la cabeza, intentando identificar el lugar de donde prevenían los retumbos.

–¡Por ese lado! –indicó Ketco–, el constructor de toldos, señalando con su brazo extendido un punto en dirección oeste, más allá del toldo de Ayayama.

Los otros comprendieron y se comunicaron con gestos y gritos, dando a entender a los demás que un animal grande se acercaba y debían actuar rápido. Nada tardaron en advertirle a todo el clan; las mujeres corrieron a trasladar a los niños al gran toldo para protegerlos.

Un grupo de diez hombres se desplazó ágilmente al sector poniente del campamento; corrieron portando sus armas, sorteando arbustos y árboles caídos, y ocultándose de tanto en tanto a observar tras los troncos. De pronto lo divisaron a la distancia. Era un enorme gonfoterio adulto acompañado de su cachorro un tanto ya crecido. Los hombres se

acercaron sigilosos y comenzaron a dispararle piedras redondas del tamaño de un puño, especialmente preparadas para ese fin, emitiendo fuertes y destemplados gritos a la par del potente barritar* del animal. El pequeño gonfoterio se asusta y huye en dirección opuesta, hacia el bosque. Queda solo el mayor para recibir una lluvia de pétreos disparos en medio de la algarabía de los cazadores que avanzan y lo azuzan en formación de abanico, con la intención de arriarlo al sitio elegido. Entonces, el grupo se divide: cinco de ellos atraviesan el riachuelo para cerrarle el paso a la otra ribera, mientras los demás continúan presionándolo hacia el sector pantanoso.

La persecución continúa hasta que el animal entra en la zona esperada por los hombres. El gonfoterio bajó a la cuenca del estero con el propósito de cruzarlo, pero sus patas se hundieron en el barro a causa de su peso, cercano a cinco toneladas. Así, tras un imponente esfuerzo, intenta avanzar, hundiéndose cada vez más, invadido por la desesperación. Después de un rato, queda casi inmovilizado. Su fuerte barritar y sus resoplidos se oían desde lejos, provocando variados ecos en el valle.

Los acosadores lo rodean enarbolando sus largas lanzas de madera de luma, con sus extremos endurecidos al fuego algunas, y otras con puntas de piedra o de hueso. Entretanto, unos pocos continúan arrojándole piedras redondeadas para aturdirlo. Los primeros atacan por los costados, clavándole sus lanzas en zonas mortales del cuerpo.

Después de unas horas de batallar, cansado ya el gonfoterio de sus intentos de zafarse y huir del pantano, y mortalmente impactado por la lluvia de piedras y lanzazos, parece comprender que su lucha es inútil y se queda quieto.

Ollapo se acerca a unos pasos de la cabeza del animal y fija su mirada en los ojos abiertos y ya tranquilos de este. Los demás hombres detienen el ataque, ponen sus armas en el suelo y se dejan caer, cansados y de rodillas, alrededor del gonfoterio. Entretanto Ollapo comienza a hablar:

–Perdónanos, hermano Trompa Larga, por adueñarnos de tu cuerpo, que necesitamos para vivir. Tu espíritu, sin embargo, seguirá viviendo porque es indestructible. Ahora te honraremos como mereces, con nuestra ceremonia más importante.

–¡Gracias, hermano Trompa Larga! –repitieron al unísono todos los cazadores y el resto del clan que observaba a la distancia.

Entonces el animal cerró lentamente los ojos y se entregó. Un abrupto silencio cubrió el lugar. Los pájaros callaron y el viento dejó de soplar. Las mujeres y los niños, a la distancia, ayudaban con su presencia a los hombres, para que pudieran cazar tranquilos, conscientes de que para el clan, de acuerdo a su tradición, aquella era la presa más valiosa de todas.

Momentos después, en el preciso instante en que el gonfoterio expiraba, Ayayama levantó los brazos al cielo y en un murmullo que se transformó en canto, acompañada de movimientos lentos de su cuerpo, inclinó la cabeza, los hombros y la cintura, haciendo un respetuoso saludo reverencial. Luego alzó nuevamente los brazos y extendiéndolos, abarcó la totalidad de su visión, emitiendo ahora con voz más clara una especie de plegaria melodiosa, que los demás repitieron palabra a palabra:

–Venerable, Trompa Larga. Nosotros, tus hermanos, te damos infinitas gracias por tu

vida. También agradecemos a quienes nos antecedieron, y al gran Olom, padre Sol; a Tuyitama, Madre Tierra, y a Tumi, hermana Luna, por ofrecemos tu cuerpo, cuyo espíritu emprenderá viaje a las estrellas, donde seguirás viviendo y te recordaremos cantándote y danzando esta noche y las siguientes.

Al instante, los cazadores rodearon al animal, uniéndose al homenaje que ahora le rendía todo el clan. Levantaron sus lanzas y brazos, girando y balanceándose. A una señal de la mujer, todos se dejaron caer al suelo y acariciaron la tierra en silencio. Con este gesto agradecían a la Madre Tierra, demostrándole amor y humildad.

Solo se oía el correr de las aguas del arroyo y, a lo lejos, el débil barritar del gonfoterio huérfano. Después de unos minutos, los cazadores se pusieron de pie. Kitcko, que siempre estaba atento a todo, registraba en su memoria cada hecho y cada gesto con el fin de incluirlos en sus narraciones. Dirigiéndose a los demás, les dijo:

–Hermanos, debemos ir por las herramientas para rescatar la piel y cortar la carne antes de que lleguen los aokotos y nos impidan trabajar.

El cuentacuentos se refería a los jotes, esos pájaros negros con un brillo metálico en su plumaje, cabeza y cogote desnudos, los que no tardarían en llegar, pues se alimentan solo de animales muertos. Entonces, y sin agregar palabra, los hombres se dirigieron al toldo grande en busca de lo que necesitaban.

Apo, que observaba sentado sobre el viejo tocón de un árbol seco, escuchó la voz de su padre apurando la búsqueda de los implementos para faenar el animal. Luego oyó que se dirigía con serenidad a él:

–Hijo –le expresó–, por ser el mayor de los niños, te corresponde, según la tradición, ayudarme a recuperar el cuero del animal. Este nos servirá, como ya lo sabes, para techar los toldos y cubrir sus pisos, entre otros usos importantes para nuestra vida.

–Padre, perdóname, pero no deseo hacerlo.

–¿Cómo? ¿Qué has dicho?

–Que me perdones, no quiero hacerlo. ¡No sé, no puedo!

–¡Lo harás!

–Pero, padre...

–¡Nada de excusas!

–¡No quiero, no quiero!

El muchacho rompió en un llanto silencioso. Ayayama, testigo de la escena a solo unos pasos, se acercó a Ollapo y le habló:

–Hijo, no lo obligues, tal vez aún no está preparado para eso.

–¿Cómo no va a estar preparado, madre? ¿No recuerdas que yo, a su edad, ya lo hacía, tal como todos en el clan lo han aprendido?

–Sí, sí, pero Apo es un niño distinto; es muy sensible, desde pequeño lo ha sido.

–¡Sin embargo tiene que aprender! De lo contrario, ¿qué va a ser de él cuando crezca y deba valerse por sí mismo?

–Lo entiendo, pero tienes que darle un poco más de tiempo. No lo obligues a hacer algo que no quiere por ahora. Por favor, hijito.

–A mi pesar, madre, accedo solo porque tú me lo pides. –Dio media vuelta y dirigiéndose

a Apo, concluyó—: De acuerdo. Quédate aquí y observa, porque la próxima vez lo harás tú.
—Sí, padre.

Ollapo, afirmando entonces en sus manos un mango de madera, el que en su extremo lucía un trozo de piedra, una lasca* con buen filo para ser usada como cuchillo, le demuestra con gestos al muchacho la manera de utilizarla. Luego, seguido de los demás hombres, se acerca al cuerpo del animal y hace el primer corte para abrir la piel y comenzar con rápidos movimientos a desprenderla de la carne. Los demás cazadores se integran a la tarea hasta retirar, después de un buen rato, todo el pelaje, dedicándose luego a despostar la carne, apartando los trozos que dejarán como alimento para esos días y los destinados a los fogones para ahumarlos de inmediato.

Con este último fin, la ensartan en varas de luma, cuyos extremos afirman en grandes piedras sobre los tres fogones encendidos, echando al fuego hojas y trozos de leña verde de ulmo, luma y coigüe, a la espera de que el humo la envuelva e impregne, para preservarla durante mucho tiempo colgada en el toldo de Ayayama. En esta labor ocuparon el resto del día y parte también del anochecer. Participaron en ella los adultos y los niños, tanto hombres como mujeres.

Apo no pudo negarse a ayudar en algunas otras tareas, como la de vigilar el fuego e ir en busca de ramas y trozos de leña. De ese modo dejó a su padre más tranquilo, así como también al resto del clan. El muchacho tenía conciencia de que todos los jovencitos debían enfrentar un conjunto de desafíos para convertirse en hombres: aprender a hacer fuego, salir de caza, elegir y guardar los huesos y piedras útiles para fabricar distintas

herramientas, armar un toldo, descuerar un animal, cortar y apartar las presas, junto con memorizar las historias contadas por los mayores para narrarlas después a sus hijos.

—¡Con esta cacería tendremos comida para bastante tiempo! —comentó a sus amigos Gotem, el hombre más macizo del clan y encargado regularmente de asar las carnes.

Los hombres estaban satisfechos con lo realizado y, una vez concluida la faena, mientras se ahumaban los trozos de carne en los fogones, decidieron ir a asearse al arroyo. Debían recuperar fuerzas para celebrar el acontecimiento, comer, danzar y dar gracias por los dones recibidos.

Capítulo tres

Ya anochecía y poco a poco comenzaron a iluminarse los braseros familiares al interior del toldo alongado. Afuera, Ayayama, con la ayuda de dos jovencitas, encendió también los pequeños fogones que demarcaban cada un metro los límites de la plaza sagrada, tal como se identifican las constelaciones que unen a las estrellas por líneas invisibles. Luego, las tres mujeres, con un mortero de madera entre sus manos, se dirigieron al gran toldo para repartir a hombres, mujeres y niños las tinturas preparadas para la ocasión, echándoles una porción de ellas en sus cuencos de madera.

Inmediatamente comenzaron unos a otros a pintarse los rostros, brazos, torsos y piernas con ocre rojo, un mineral terroso rojizo intenso, que los hombres recolectaban en algunos sectores de la cordillera de la costa y alrededores del campamento. También lo usaban para pintar y proteger sus pieles, algunas zonas del piso y estacas de los toldos. El ocre rojo simbolizaba para ellos la sangre de la tierra, la vida misma y, por esa razón, lo ocupaban en todos sus ritos. Luego, utilizando una pasta de tierra de color mezclada con grasa animal,

estamparon manchas blancas y amarillas en sus pómulos, pechos y brazos, dejando sus ojos en medio de círculos de líneas negras teñidas de azul oscuro, trazadas con el fruto del maqui, cada uno de acuerdo a su imaginación.

Otros se encasquetaron gorros de diferentes formas, fabricados con pieles de coipo, esa especie de nutria roedora que vive en ambientes acuáticos y cuya piel es fina y muy bella. También alargaron sus brazos utilizando cañas de quila y tallos de totora* amarrados a sus cuerpos. A la totora, como no crecía en los alrededores, los hombres la traían de zonas costeras o de lagunas y pantanos de un poco más al norte. Unos cuantos se colgaron ramas de coigües de sus hombros y se amarraron estas a sus cinturas; otros se pusieron, como cintillos, tallos de juncos trenzados en sus cabezas, imitando a una serie de aves que conocían muy bien.

La noche llegó en la punta de las alas de un nuco, aquella especie de lechuza o búho que, volando silenciosamente, se posó sobre una rama de un avellano, a un costado de la plaza sagrada. Desde allí, con sus enormes ojos amarillentos enmarcados por su cara redonda, observaba impasible el campamento. Ayayama, que momentos antes había dejado caer un manojito de ramas aromáticas en cada fogón, detuvo su labor para observar el vuelo de la misteriosa ave nocturna.

—Esta noche nada debemos temer, el vuelo del Okau —así llamaban al nuco— ha sido silencioso, y su ulular me dice que tendremos paz y tranquilidad. Desde ese árbol, uno de los nuestros, de aquellos que se fueron físicamente de nuestro lado, nos protegerá mientras agradecemos a Tuyitama, nuestra Madre Tierra; a Olom, Padre Sol; y a Tumi, Hermana

Luna, junto a los espíritus de quienes nos precedieron desde el comienzo de los tiempos.

Después de casi dos horas de preparación todo estaba dispuesto. Afuera, en la explanada del estero, solo dos hombres daban vuelta a las varas con trozos de carne sobre el fuego. Unos metros más arriba se apreciaba la plaza sagrada iluminada no solo por los fogones, sino también por la luz de una bella noche de plenilunio.

Entonces Ayayama, acompañada de sus ayudantes, que golpeaban dos piedras cada una, avanzó hasta el centro de la plaza sagrada. Al instante comenzaron a salir del toldo grande los hombres, las mujeres y los niños encarnando a diversas aves, emitiendo sus cantos, graznidos y trinos de alegría. Entre otros, aparecieron una pareja de treiles, de bandurrias, de zorzales*, de tordos*... Dieron una vuelta, formando una ronda de pájaros, hasta ubicarse en un lugar preciso, sin dejar de moverse al son de gritos y golpes de piedras.

De pronto, hizo su aparición Olom, el Sol, con un traje de juncos y totora. Sus tallos de totora estaban dispuestos como si fueran rayos que le salían del pecho, además de lucir un gorro desde el que también se simulaban rayos. El Sol, entonces, dio una vuelta completa alrededor del círculo formado por los presentes, quienes a su paso lo saludaban alegres y con los brazos en alto, repitiendo una y otra vez su nombre: –¡Olom, Olom, Olom! –Por último, el personaje ocupó el sitio que señalaba la dirección donde el astro se había ocultado al caer la tarde, indicado por una piedra de medio metro de altura.

Luego, y tras un silencio, apareció la Luna, Tumi, vestida con largas ramas de enredaderas y hongos colgantes, amarrados a una cuerda de juncos enrollada al cuerpo de la intérprete. Con su traje etéreo y mágico avanzó en el mismo sentido en que lo hizo el

Sol. Este bajó de la piedra y comenzó a moverse a cierta distancia de la Luna, dando dos vueltas mientras el grupo marcaba sus pasos con un excitante ritmo producido por el canto de quienes encarnaban a las aves. De pronto, el Sol volvió a su lugar y la Luna se detuvo en el punto exacto donde aparecía por las noches, señalado también por una alta piedra dentro del círculo.

Entonces todos callaron. Volvieron sus miradas a la entrada del toldo alargado. Tras unos segundos de expectación, apareció el gonfoterio. Ante su presencia, los allí reunidos simulon huir, para luego regresar a sus posiciones, observando cómo el animal giraba al interior del redondel mágico.

Cada oficiante no dejaba de emitir sonidos propios del ser que representaba, balanceándose y girando en su propio lugar, hasta que el gonfoterio quedó inmóvil en el centro. Tres hombres hicieron entonces los gestos de atacarlo con sus lanzas y proyectiles de piedras, conformando una especie de coreografía. Entretanto, el resto de los presentes continuaba rodeándolo a saltos cortos. De súbito, el animal cayó inerte. Los oficiantes reaccionaron con una impresionante algarabía seguida de un abrupto silencio y el congelamiento de sus movimientos.

El hombre que personifica al animal rompe, entonces, la imagen inmóvil del gonfoterio y se levanta. Con parsimonia se desprende del cuero del animal, dejándolo extendido en el suelo. Camina al centro de éste, se pone en cuclillas y se deja caer de lado, tomando la posición fetal. Después de unos segundos comienza a ponerse de pie, hasta quedar erguido y con los brazos extendidos. En ese instante es saludado con euforia por las aves, que

saltan y danzan formando una ronda.

De improviso se crea otro silencio. La ronda se abre en dirección al toldo de Ayayama, quien sale con un mortero de madera entre sus manos, del que emerge humo blanco. Avanza en silencio, dando una vuelta completa alrededor de la piel del gonfoterio y del hombre que lo representaba. Se detiene, deja el mortero humeante junto a la cabeza del animal, en dirección a la salida del sol. Luego camina al extremo opuesto y mirando al poniente levanta los brazos al cielo y dice:

—¡Hermanas aves, espíritus mensajeros, cuya presencia junto a nosotros nos recuerda la belleza, lo mágico y efímero de nuestra existencia terrenal! ¡Les pedimos, les suplicamos que acompañen al espíritu de nuestro noble hermano Trompa Larga en su viaje hacia lo alto! ¡Agradecidos por su generoso sacrificio, invocamos a todas las criaturas aladas para guiarlo en su viaje, suplicándoles no equivocarse el camino!

Los hombres y mujeres, con sus atuendos de aves, se trasladan manteniendo el ruedo, abriendo y cerrando sus alas, iluminados por los numerosos fogones de la plaza sagrada.



Entonces Ayayama, cogiendo su pequeño tamboril construido con la misma base de uno de sus morteros y un trozo de piel de gonfoterio, lo afirma bajo el brazo izquierdo y con la palma de su mano derecha golpea sobre la membrana delicadamente. El leve sonido que se oye obliga a los demás a guardar absoluto silencio e inmovilidad. Así, con la actitud de su cuerpo y movimientos detalladamente estudiados, convoca al mundo invisible, al espíritu de sus antepasados:

–¡Gracias, padres, abuelos y seres cercanos que partieron antes de nosotros, gracias por habernos dado la vida y acompañarnos en este momento! ¡Gracias por enviarnos al gran animal! ¡Esta noche nos comunicamos con su ser invisible para agradecerle su sacrificio!

La mujer, entonces, da unos golpes fuertes en su tamboril. Los demás lo acompañan con golpes de piedras, que retumban en la noche, con leves ecos en la pared de árboles que delimita la terraza junto al arroyo, dando finalmente por concluido el ritual.

Ollapo, el padre de Apo, seguidamente se adelanta y grita:

–¡Ahora todos a comer!

Tal como están vestidos, se acercan contentos a los fogones grandes, donde les espera a punto la carne asada. Se sientan en las piedras y troncos dispuestos a su alrededor, corta cada uno su parte y espera. Katal muestra su trozo de carne y luego lo lanza lejos, exclamando:

–¡Este es para quienes están allá arriba!

Todos los demás repiten:

–¡Para quienes están allá arriba!

Con los brazos en alto y las manos extendidas, apuntan señalando a las tres grandes estrellas alineadas del Cinturón de Orión:

–¡Aquí, en nuestro campamento, hemos encendido estos tres fogones, dispuestos al igual que esas estrellas en lo alto, para sentirnos así unidos a ellos! ¡Con estos enormes fuegos les indicamos el lugar donde estamos ahora!

Después de unos segundos de silencio observando el firmamento, bajaron sus brazos sonriendo de satisfacción, e inmediatamente se dispusieron a comer la carne con papas silvestres* asadas, que cada uno retiró de entre las cenizas. Apo comió solo papas y para dejar tranquilo a su padre cortó un trozo de carne y simuló comerlo. Algunas mujeres repartieron en cuencos de madera jugo de cauchao, el fruto de la luma, bebiéndolo con deleite.

Luego, satisfechos y más tranquilos, comentan la cacería. Ayayama se acerca al hombre que encarnó al gonfoterio y le dice:

–Katal, has representado muy bien a Trompa Larga. La emoción que sentimos perdurará en cada uno de nosotros.

–¡Ayayama, sin tu ayuda no lo habría podido hacer, solo seguí tus instrucciones!

–No, Katal, todo lo debemos a ti, porque tienes esa especial habilidad de expresarte maravillosamente con el cuerpo. Nadie dudó de ver allí a Trompa Larga. Así como cada uno de ustedes –dirigiéndose a los demás– representó muy bien a las aves, a Olom y a Tumi.

En ese momento uno de los hombres comenzó a golpear dos piedras, otro un tamborcito idéntico al de Ayayama, seguido de un tercero que soplabá un hueso largo, como un flautón, produciendo en conjunto un ritmo que contagié a toda el clan, estimulándolos a danzar bajo la luz de la luna hasta quedar exhaustos.

Capítulo cuatro

Cuando Apo cumplió los diez años de edad, su padre decidió que debía comenzar el extenso entrenamiento que lo convertiría, de acuerdo a sus tradiciones, en un hombre. En ese entonces, estos primeros exploradores aún no habían descubierto Monte Verde. Pasaban una temporada en un lugar más al norte de las grandes montañas nevadas, a muchos soles y lunas de allí. La vida de quienes formaban el clan consistía en un incesante ir y venir tras la búsqueda de alimentos, seguridad y buen clima, alejándose y evitando las zonas de hielo, ya que estas representaban un grave peligro para sus vidas. Buscaban, por lo tanto, refugio en los valles centrales, donde a veces se establecían por más tiempo, a pesar de bullir en su sangre el espíritu de nómades desde tiempos inmemoriales.

Habían disfrutado en plenitud de un hermoso día de otoño. Al anoecer, Ollapo se acercó a Apo y colocando una mano sobre su hombro, lo condujo hasta uno de los fogones aún sin encender, hablándole con tranquilidad y cariño:

–Hijo, ya es tiempo de que aprendas a llamar al fuego.

–¿A llamar al fuego?

–Sí, a encender las fogatas.

–Ah, ¿y lo haré solo? ¡Qué maravilla! Ustedes me habían prohibido hacerlo hasta ahora. Me decían que podía quemarme o provocar, sin querer, un incendio y quemar pastos, bosques y animales.

–Así es, tal como lo dices, pero ahora ya estás en edad de aprenderlo.

–¡Yyyyyuuujiiii!

–Escúchame bien. El fuego duerme en las ramas secas y tú solo debes saber despertarlo.

El niño se quedó pensativo. Por su mirada dejó entrever que no había comprendido bien las palabras de su padre.

Enseñar a encender el fuego a un niño era un acontecimiento importante para esa pequeña comunidad de poco más de una veintena de personas: la abuela Ayayama, su hijo adoptivo Ollapo, sus hermanos, hijos e hijas de éstos y sus mujeres, tíos, primos, parientes lejanos y otros que, si bien no eran consanguíneos, habían sido aceptados como parte de la familia o clan.

–¡Explícame, padre, porque no entendí eso de que el fuego duerme en las ramas secas!

–Espera, ya lo entenderás cuando lo hagamos juntos, paso a paso.

Dio media vuelta y se dirigió en voz alta a su anciana madre sentada fuera de su toldo:

–¡Ayayama, enseñaré a tu nieto a llamar al fuego! ¿Puedes traerme lo necesario?

La anciana le contestó con una sonrisa, levantándose en el acto, aprobando con ello la decisión de su hijo y entró al toldo. El resto del clan, al enterarse, apuró sus quehaceres y

algunos simplemente los abandonaron. Niños y niñas corrieron a tomar las mejores ubicaciones alrededor del fogón, donde se encontraban padre e hijo.

Ayayama regresó sosteniendo en sus manos un atado de yesca* y unas ramitas del helecho llamado llanka-lawel*, que tiene la propiedad de apurar el encendido del fuego por su alta combustibilidad. Además, traía un trozo de rama gruesa de luma, otras más delgadas secadas por el sol durante largo tiempo y recolectadas por ella en las márgenes del arroyo. La anciana vestía una túnica larga de piel de huillín o “gato de río”, esa especie de nutria de cuerpo alargado, patas cortas y fino pelaje, que lo convierten en una apreciada presa de caza.

Ollapo cogió los implementos de las manos agrietadas, generosas y sabias de la anciana, ofrecidos con tanta delicadeza como si fueran el mayor de los tesoros. Y con un gesto cariñoso de su mano izquierda sobre la frente de ella, costumbre de tiempos inmemoriales, le agradeció su apoyo con hondo afecto.

A la clase no faltó nadie. Los espectadores se sentaron en torno al alumno y su maestro. Este dejó entonces la yesca sobre un tronco y se dispuso a enseñar al hijo. Estiró el brazo e indicó con la mano al sol, que en ese momento los alumbraba de manera oblicua, avanzado ya el día.

—¡Olom es nuestro venerable padre! Sin él, hijo, no podríamos vivir mucho tiempo: la oscuridad y el frío nos matarían. Olom envía sus rayos de fuego día a día, permitiendo la vida de nuestros bosques, animales y ríos. Muchos de sus rayos son acogidos por los leños y quedan guardados en su interior. Cuando están secos, como estos, mantienen una chispa

de fuego dentro. Nosotros solo debemos resguardarlos de la humedad y evitar que la lluvia se lleve su riqueza. Entonces, hijo, para recuperarla necesitamos hacer un pequeño hoyo en este madero con una de nuestras piedras puntiagudas y luego, usando esta varilla, a la que hemos sacado algo de punta, la afirmamos en el orificio y la hacemos girar con fuerza, para despertar la chispa de Olom.

Ollapo cogió la varilla de luma entre las palmas de sus manos y comenzó a hacerla girar con rapidez, con la punta apoyada en el hueco del madero, también de luma. Apo observaba atento, algo nervioso ante la presencia de los otros niños que cuchicheaban y reían con disimulo.

—¡Ahora hazlo tú!

El niño cogió la varilla y comenzó a hacerla girar, moviendo las manos con mayor intensidad cada vez, atento a cómo aquella daba vueltas. Después de unos minutos constató con los ojos brillantes de felicidad que desde el hueco del madero comenzaron a salir débiles hilillos de humo.

—¡Bien, hijo! ¡Ya estás llegando adonde se esconden los rayos del sol! ¡Solo debes llamarlos con más fuerza y agilidad —exclamó contento el padre.

Así lo hizo el muchacho; imprimió mayor rapidez e intensidad al movimiento de sus manos y, de pronto, comenzó a salir más y más humo. Cuando esto ocurrió, Ollapo le pasó la yesca, el menudo atado de ramitas de helecho y pasto seco. El chico las acercó al orificio de donde salía el humo, e imitando lo que varias veces había visto hacer a los adultos, se inclinó lo más cerca que pudo sobre el madero y sopló muy suave, consiguiendo finalmente

algunos simplemente los abandonaron. Niños y niñas corrieron a tomar las mejores ubicaciones alrededor del fogón, donde se encontraban padre e hijo.

Ayayama regresó sosteniendo en sus manos un atado de yesca* y unas ramitas del helecho llamado llanka-lawel*, que tiene la propiedad de apurar el encendido del fuego por su alta combustibilidad. Además, traía un trozo de rama gruesa de luma, otras más delgadas secadas por el sol durante largo tiempo y recolectadas por ella en las márgenes del arroyo. La anciana vestía una túnica larga de piel de huillín o “gato de río”, esa especie de nutria de cuerpo alargado, patas cortas y fino pelaje, que lo convierten en una apreciada presa de caza.

Ollapo cogió los implementos de las manos agrietadas, generosas y sabias de la anciana, ofrecidos con tanta delicadeza como si fueran el mayor de los tesoros. Y con un gesto cariñoso de su mano izquierda sobre la frente de ella, costumbre de tiempos inmemoriales, le agradeció su apoyo con hondo afecto.

A la clase no faltó nadie. Los espectadores se sentaron en torno al alumno y su maestro. Este dejó entonces la yesca sobre un tronco y se dispuso a enseñar al hijo. Estiró el brazo e indicó con la mano al sol, que en ese momento los alumbraba de manera oblicua, avanzado ya el día.

—¡Olom es nuestro venerable padre! Sin él, hijo, no podríamos vivir mucho tiempo: la oscuridad y el frío nos matarían. Olom envía sus rayos de fuego día a día, permitiendo la vida de nuestros bosques, animales y ríos. Muchos de sus rayos son acogidos por los leños y quedan guardados en su interior. Cuando están secos, como estos, mantienen una chispa

de fuego dentro. Nosotros solo debemos resguardarlos de la humedad y evitar que la lluvia se lleve su riqueza. Entonces, hijo, para recuperarla necesitamos hacer un pequeño hoyo en este madero con una de nuestras piedras puntiagudas y luego, usando esta varilla, a la que hemos sacado algo de punta, la afirmamos en el orificio y la hacemos girar con fuerza, para despertar la chispa de Olom.

Ollapo cogió la varilla de luma entre las palmas de sus manos y comenzó a hacerla girar con rapidez, con la punta apoyada en el hueco del madero, también de luma. Apo observaba atento, algo nervioso ante la presencia de los otros niños que cuchicheaban y reían con disimulo.

—¡Ahora hazlo tú!

El niño cogió la varilla y comenzó a hacerla girar, moviendo las manos con mayor intensidad cada vez, atento a cómo aquella daba vueltas. Después de unos minutos constató con los ojos brillantes de felicidad que desde el hueco del madero comenzaron a salir débiles hilillos de humo.

—¡Bien, hijo! ¡Ya estás llegando adonde se esconden los rayos del sol! ¡Solo debes llamarlos con más fuerza y agilidad —exclamó contento el padre.

Así lo hizo el muchacho; imprimió mayor rapidez e intensidad al movimiento de sus manos y, de pronto, comenzó a salir más y más humo. Cuando esto ocurrió, Ollapo le pasó la yesca, el menudo atado de ramitas de helecho y pasto seco. El chico las acercó al orificio de donde salía el humo, e imitando lo que varias veces había visto hacer a los adultos, se inclinó lo más cerca que pudo sobre el madero y sopló muy suave, consiguiendo finalmente

hacer emerger una diminuta llama. Esta fue creciendo sobre el manojito de hierba, a la que Ollapo agregó más yesca y la trasladó cuidadosamente al centro de la fogata, donde habían dispuesto ramas y hojas secas, las que rápidamente se encendieron, haciendo surgir varias llamas, sobre las que puso unas ramas de llanka-lawel, las que también ardieron al instante. Los espectadores estallaron en risas de alegría, murmurando:

–¡Apo llamó al fuego! ¡Apo llamó al fuego!

–¡El espíritu de Olom está con nosotros! –exclamó Ayayama.

Impulsados por el entusiasmo se pusieron todos de pie y comenzaron a girar alrededor de la fogata, repitiendo:

–¡Olom, Olom, Olom!

El fuego ya ardía en plenitud. Apo había logrado rescatar los rayos del sol ocultos en los leños. Uno de los hombres subió al niño sobre sus hombros y lo paseó alrededor del fogón, mientras el resto repetía una y otra vez el sagrado nombre del sol. Cuando lo dejaron en tierra, Ollapo se dirigió a su hijo, diciéndole:

–Desde hoy Apo es ya un jovencito que sabe llamar al fuego. Por lo tanto, ayudará en la tarea encargada a Ackito de llevarlo desde la gran fogata a las pequeñas de cada toldo y a los de la plaza sagrada.

Inmediatamente Apo tomó unos tizones encendidos y, acompañado de Ackito, fue de toldo en toldo, repartiéndolos en los braseros familiares que cada grupo mantenía prendidos durante las noches frías o días de lluvia. Gracias a ello se sentían acompañados y resguardados por el gran espíritu dorado.

Capítulo cinco

Al día siguiente de que Apo descubriera a la cría de gonfoterio, se levantó cuando aún todos dormían y el sol apenas comenzaba a escalar la ladera sur del volcán Osorno⁵, iluminando las altas copas de los bosques de alerces, un poco más allá del campamento. El muchacho sintió la frescura y el aroma puro de la vegetación y de la tierra que despertaba. Caminó arroyo arriba y dejó atrás los toldos. Cruzó la pampa abierta y llegó después de un buen rato a la linde del bosque donde el día anterior había dejado a su nuevo amigo. Se detuvo a cortar varios brotes de quila para llevarle de regalo. Pero, al acercarse, no lo encontró, y solo después de haberlo buscado durante unos minutos, lo divisó ramoneando hojas en los alrededores. Apo se fue acercando hasta detenerse a unos pasos del animal. Este lo miró con atención, inmóvil, al parecer reconociéndolo. Después de unos minutos, el muchacho se aproximó y extendió sus brazos, ofreciéndole los brotes tiernos, habiendo ya comprobado que los comía con fruición. El gonfoterio extendió su trompa y los cogió, llevándoselos al hocico y masticándolos sin apuro. El chico lo contempló unos instantes y

ante su asombro, el animal dio un paso, estiró la trompa y recorrió de arriba abajo su cuerpo, olfateándolo. Apo se mantuvo inmóvil, tieso, transpirando de miedo.

—¡Espero que no me comas! —exclamó, intentando una sonrisa.

El animal bajó su trompa y retrocedió levemente. Entonces Apo, venciendo su temor, acortó la distancia y dando unos pasos levantó el brazo y abrió la mano cariñosamente, hasta tocar la cabeza del gonfoterio. Este pareció acoger con agrado el delicado gesto. En ese momento, el muchacho, iluminado por una idea, corrió de manera impulsiva a cortar más brotes de quila, los que su amigo recibió y pareció comer con gusto, moviendo la cabeza de arriba abajo. Nadie podría

dudarlo: había nacido rápidamente entre ellos la confianza y una comunicación singular. Ninguno de los dos se temía y eso era algo nuevo para el niño en su relación con los animales. Daba la impresión de que lo mismo le ocurría al gonfoterio con respecto a los humanos.

Entonces Apo, ya más tranquilo y seguro, lo tomó delicadamente de su trompa y le indicó caminar en dirección al arroyo, hacia uno de sus recodos.

Adelantándose al animal, el muchacho fue seguido a paso lento por este. Al llegar a la orilla del estrecho caudal, Apo se puso en cuclillas, juntó las manos, cogió un poco de agua y la bebió con placer. Miró al gonfoterio y repitió el gesto. El animal se acercó, estiró su trompa y bebió ansiosamente el agua fresca y cristalina. Después absorbió unos buenos litros más, arqueó la trompa hacia su cuerpo y dirigió un potente chorro de agua sobre su espinazo. Apo rió de buenas ganas. Pareció que al gonfoterio le agradó la risa del chico,

pues repitió varias veces el lanzarse agua sobre el lomo, lo que hizo reír más al niño. Por último, dirigió la trompa directamente al cuerpo de Apo y le lanzó un potente chorro que, al no encontrarlo firme, lo hizo perder el equilibrio y caer sentado en medio del arroyo. Asustado primero, miró al animal, como pidiéndole una explicación, y luego explotó en carcajadas. El gonfoterio barritó suavemente y al niño le pareció haber escuchado: “¡kon-kon-kon!” Entonces, aún estilando agua, lo miró a los ojos y le dijo:

—¿Sabes? Yo no sé cómo te llamas. Pero quiero dirigirme a ti con un nombre. El mío es Apo. Acabas de expresarme alegría por lo que hiciste, repitiendo “kon-kon-kon”; por lo tanto, creo que te llamaré Kon. ¿Estás de acuerdo? Bien, entonces yo seré para ti Apo y tú serás para mi Kon. —Al muchacho le pareció que el animal había comprendido, porque movió varias veces su trompa hacia abajo.



Ambos salieron pronto del estero y comenzaron a caminar por la orilla de su cauce en dirección noreste. El niño le conversaba de una y otra cosa, pensando que por el hecho de que el animal guardaba silencio, le entendía sus palabras.

Se entretuvieron cruzando la arboleda, cuyas raíces sobresalían de la tierra en ciertos trechos, cayendo dentro del estero. Apo identificaba en especial los arrayanes*. Desde muy

pequeño, estos le gustaban por el color dorado y la suavidad de sus troncos, que se elevaban varios juntos a la vez, como manos y brazos, dándole la impresión de que sus ramas se abrazaban. También le encantaba contemplarlos cubiertos de sus menudas y perfumadas flores blancas, y degustar más tarde su dulce fruto de intenso color negro azulado, el cauchao*.

De tanto en tanto, la pequeña cría de gonfoterio se detenía a ramonear hojas de quila y frutos de maqui, los que también fascinaban al chico y atraían a los zorzales por la dulzura de su pulpa. Apo le comentó a su amigo que él y los niños del clan jugaban a pintarse la cara con esos frutos, y se lo demostró pintándose unos círculos alrededor de sus ojos y su boca. Se ubicó frente a él y, extendiendo sus brazos, los agitó como si fueran grandes alas, diciéndole mientras avanzaba con una voz misteriosa:

–Mira, Kon, yo soy un Okau, ese pájaro nocturno que observa todo lo que sucede a su alrededor con sus inmensos ojos.

El gonfoterio levantó su trompa y barritó fuerte, dando la impresión de estar molesto. Pero al ver que su amigo reía a carcajadas, bajó la trompa y barritó suave, contento al parecer por la alegría con que el muchacho imitaba al nuco. Así, entretenidos y sin darse cuenta, ambos caminaron hasta llegar a una laguna, un ojo de agua a unos pasos del riachuelo.

El muchacho observó que en sus orillas de fondo barroso crecía una extensa alfombra de juncos, ambiente preferido de aves y animales acuáticos. Lo que veía lo hacía feliz y manifestaba su emoción a su compañero de aventuras con abrazos a sus patas y palmaditas

en sus costados y en la cabeza. El animal, a su vez, le respondía con gestos que parecían de confianza, como si ya hubiera comprendido que ese cachorro de hombre no era de temer.

–¡Kon, mira allá! –gritó de pronto el niño, indicándole el lugar donde una bella garza cuca, la mayor de estas aves, se movía nerviosa, sintiendo la presencia de extraños. Entonces Apo agitó los brazos y gritó con todas sus fuerzas. La garza, al instante, extendió sus enormes alas y emprendió el vuelo hacia la orilla opuesta de la laguna.

Luego el niño se dispuso a cortar una gran cantidad de tallos de junquillos, utilizando un trozo de piedra de bordes filudos, que siempre llevaba en su morral junto a una cuerda. Hizo un atado y lo amarró. Sabía que sus padres los valorarían. Entretanto, el pequeño gonfoterio había entrado al agua y disfrutaba de la orilla barrosa, en la que se tendió y revolcó luego, quedando completamente cubierto de barro. Después, con la trompa se lanzó abundante agua sobre el cuerpo, recuperando el color natural de su pelaje. Apo, sentado a cierta distancia, reía alegremente de las ocupaciones de su amigo.

Inesperadamente, el muchacho le hizo gestos para que guardara silencio. Había divisado a solo unos metros, saltando de junquillo en junquillo, a un pajarito que le atrajo por su bello colorido.

Era un siete colores*, habitante de los juncuales de lagunas y ríos. Apo se levantó sigiloso y avanzó con la intención de atraparlo, pero la avecita, más ágil que él, huyó. No contento, la persiguió entrando al juncal. Sin embargo su entusiasmo y ansiedad le jugó una mala pasada; tropezó y cayó, quedando de pies a cabeza completamente cubierto de barro. Finalmente el chico salió del humedal, frustrado por su intento de cacería, y caminó hasta

donde su amigo lo esperaba barritando con su trompa hacia abajo.

—¡No me importa que te rías de mí! Yo, en tu lugar, haría lo mismo, pero, ¿lo viste, Kon? ¿Lo viste? ¡Era un pajarito de muchos colores! ¡Qué bello era! ¿Sabes? Se me ocurrió que cuando volvamos a hacer la ceremonia sagrada de las aves, pintaré mi cuerpo con los colores de sus plumas.

Entonces el chico cayó en la cuenta de que estaba cubierto de barro. Rió y sin dudarlo entró en el agua a darse un baño, lo que al gonfoterio pareció hacerle mucha gracia, pues movía su cabeza y emitía simpáticos berridos.

Considerando que ya era tiempo de regresar, Apo salió del agua, alistó sus cosas y se dispuso a caminar junto a su amigo Trompa Larga, siguiendo el mismo sendero ya recorrido. Pasado un rato, se sentó a descansar en un tronco caído. Fue entonces cuando se le ocurrió que podría subirse sobre el espinazo del animal. Se acercó y golpeó con suavidad su costado, expresándole con ese gesto amistoso su intención de pedirle permiso para montar sobre él. Esperó en silencio. Volvió junto al tronco y ya de pie sobre este, con su morral colgando del hombro, aguardó.

—¡Ven, acércate amigo! ¡No te haré daño!

El animal movió su trompa hacia abajo. Apo volvió a hablarle y a golpear con suavidad lo más alto que pudo de su costado, haciéndole también cariño en la cabeza. Cuando el muchacho creyó que el animal le había entendido, se impulsó suavemente sobre este y quedó recostado en su espinazo. Al sentir que era acogido sin temor, se sentó sobre su grupa y luego se fue trasladando poco a poco, hasta quedar casi en su cabeza. El

gonfoterio, tranquilamente, y comprendiendo quizás que su compañero estaba cansado, comenzó a moverse llevándolo sobre sí. Apo iba feliz y no dejaba de hablarle, dándole a su vez palmaditas cariñosas en la cabeza.

Una hora más tarde estaban ya en el lugar del encuentro. El muchacho bajó del animal, apoyándose en otro árbol caído, y ya en tierra le agradeció con un abrazo que el gonfoterio acogió en silencio. El chico, entonces, corrió a buscarle unas ramas nuevas de quila y se las dejó sobre el tronco, con la intención de que las comiera cuando él se hubiera ido. Le dio un último abrazo y se alejó en dirección al campamento. Poco antes de llegar, no olvidó detenerse ante el avellano que había visto en la mañana cubierto de sus frutos ya maduros, muchos de estos ya en el suelo, y llenó su morral, pensando que al llegar los pondría sobre las cenizas calientes y junto a su familia disfrutaría de su delicioso contenido.

Capítulo seis

Ulomi, la hija de once años de edad de Kiyana y Ocquel, había advertido que Apo se ausentaba algunas horas al día y se preguntaba adónde iba su amigo. Hasta que una mañana, intrigada por esas escapadas sin la compañía acostumbrada de sus compañeros de aventuras, tomó una decisión audaz: siguió sus pasos. Con sigilo, ocultándose a cierta distancia de arbusto en arbusto, no lo perdía de vista. El muchacho caminaba contento arroyo arriba, saltando a veces sobre las piedras y troncos de la orilla, apurando luego el tranco en una pradera cubierta de pasto y de chauras*, calafates y michayes*, continuando a través de un manchón de coigües, lumas, ñirres* y avellanos, hasta llegar a un sector despejado, una pampa. Allí se detuvo, rodeó con su mirada el entorno, pareciendo buscar algo. Luego subió una suave loma y desde allí observó la zona por donde se escurría el arroyo. De pronto bajó corriendo por el sendero que lo llevaba a la rivera de aquel, precisamente donde el cauce de agua daba una caprichosa vuelta, creando un mallín, un terreno pantanoso.

La niña, de hermosos ojos claros, rostro moreno y largo cabello color negro azulado como el fruto del calafate, que le caía en una trenza hasta su cintura, se detuvo paralizada al descubrir a su amigo frente a un gran animal. Este era como los que cazaba su padre, aunque más pequeño. Angustiada ante el peligro que suponía aquel encuentro, solo atinó a llamar a gritos a Apo:

–¡Apoooo...! ¡Apoooo...!

El muchacho dio media vuelta al oír su nombre, reconociendo la voz de quien le llamaba. Al inicio de la pampa divisó la figura de su amiga Ulomi haciéndole señas. Asustado, corrió hacia el lugar donde se encontraba la chica. Al llegar junto a ella, se dio cuenta que ocultaba el rostro con sus manos, aterrada, y no dejaba de llorar.

–¡Ulomi, dime!, ¿qué ocurre?

–¡Ese animal...! ¡Es muy peligroso!

–¿Kon peligroso? ¡No, no, no te preocupes. Él es solo un cachorro Trompa Larga y es mi amigo!

–¿Te burlas de Ulomi, Apo?

–¡No, no, te digo la verdad! Él es mi amigo y se llama Kon.

–¿Tu amigo? ¡No puedo creer que tengas amistad con ese animal tan fiero! He visto cuando los hombres han cazado a uno de ellos; claro, son mucho más grandes que ese. Tienen tanta fuerza que es imposible dominarlos. ¿No recuerdas lo que nos contó una vez Kitcko, nuestro contador de cuentos?

–No, no me acuerdo.

—¿Cómo, ya lo olvidaste? Bueno, yo te lo recordaré. Kitcko nos contó la historia verdadera de un grupo de cazadores que conoció en tierras lejanas. Ellos fueron atacados por uno de estos animales, el que solo con su trompa mató a tres hombres, escapando después al monte. ¡Fue terrible!

El chico tomó una de las manos de la niña y le habló con dulzura:

—Ulomi, tranquilízate, por favor. Tú eres mi mejor amiga y jamás te expondría a un peligro. Acompañame, te demostraré que digo la verdad.

El muchacho la guió sin soltarla de la mano hasta llegar a la orilla del arroyo, donde el gonfoterio disfrutaba jugando con sus patas y la trompa en el agua. La niña, aterrada, buscó protección tras su amigo. El animal giró la cabeza y se quedó observándolos.

—¡Ulomi, mi amigo se llama Kon! —y dirigiéndose al gonfoterio, le habló—: ¡Kon, ella es Ulomi, hija de un gran amigo de mi padre! Es una niña de buen corazón. No debes temerle —y la abrazó, para que comprendiera el aprecio que sentía por ella.

El animal respondió con un gruñido que pareció de aceptación. Apo se acercó al gonfoterio y con su mano izquierda le acarició la cabeza, como si fuera un antiguo y querido amigo. Enseguida, con su mano derecha cogió la mano de Ulomi y la acercó hasta la cabeza del animal, indicándole que le hiciera cariño. Ella accedió, pasó dos o tres veces su mano por la rugosa piel de la cabeza del gonfoterio, sin poder evitar la expresión intermitente de una cristalina risa nerviosa. Después, con señas, el joven propuso al paquidermo jugar en el arroyo. Aquel, como la vez anterior, bajó su trompa y absorbió bastante agua, luego la levantó y arqueándola lanzó un potente chorro sobre su lomo. La

chica rió y entonces el animal repitió la acción varias veces, haciéndola reír a carcajadas. Al parecer, su risa le había caído en gracia. Por último, girando la trompa en dirección a ella, le lanzó un chorro de agua, haciéndola caer sentada sobre la pampa, jugarreta que la niña tomó con humor.

Tras un rato de descanso, en el que Apo contó a Ulomi cómo lo había conocido, decidió mostrarle lo logrado hasta ahora con su amigo. Se acercó a él y le comunicó con palmaditas en el lomo su intención. El animal bajó a la cuenca del estero y se arrimó a la orilla de la terraza; el muchacho se acercó entonces a él y de un impulso se sentó sobre su lomo. Ulomi no podía creerlo: saltaba de contento siguiendo a su amigo montado sobre el animal. Sintió admiración y orgullo por él. Luego Apo guió a Kon fuera del arroyo, hasta un enorme tronco de coigüe, caído tal vez a causa de un temporal. Entonces bajó triunfante, pidiéndole con gestos y golpecitos en el lomo que llevara a su amiga. Como respuesta, el animal se acercó más al tronco, aceptando con ese movimiento la proposición del chico. La niña, estimulada por Apo, aceptó, y este la ayudó a montar, expresando en su rostro un claro terror al principio pero, muy pronto se tranquilizó, al ver la pasividad del gonfoterio y la confianza que le daba su amigo con sus palabras. Comenzaron lentamente a caminar, el muchacho tras el paquidermo, alejándose del arroyo en dirección al bosquecillo. Ulomi cabalgaba contenta. Se reía de nervios y felicidad, porque jamás imaginó montar un animal, ni menos a uno de esa especie.

—Desde ahora creo que mi amigo Kon solo querrá llevarte a pasear a ti.

—¿Por qué lo dices?

–Porque tú pesas menos que una pluma de llique–llique, el pajarito más pequeño del bosque.

A Ulomi le causó gracia que su amigo la comparara con una pluma de llique–llique y rió, con esa risa cantarina que había conquistado al gonfoterio. Este, a pesar de su gran peso, parecía avanzar como si apenas tocara la hierba.

Al llegar a su destino, Apo ayudó a Ulomi a desmontar. Se despidieron del animal con abrazos y cariños en su cabeza, agradecidos y contentos.

Camino de regreso, al cruzar la pampa, Apo descubrió unas matas de chupones*. Estas se distinguían por un abundante manchón de hojas largas, angostas y verde brillantes, con espinas en sus costados, que resguardaban una especie de capullo. El muchacho se acercó, arrancó con cuidado uno de estos y se lo regaló a Ulomi. Ambos sacaron uno a uno sus pequeños y alargados frutos. Apo se llevó uno a la boca y lo mordió, retirando luego el extremo blando, lo que le dejó la dulzura y aroma de la pulpa en su boca. Ambos se sentaron a disfrutarlos mientras conversaban.

–Quiero pedirte que hagas un pacto conmigo, Ulomi.

–¿Un pacto? ¿Por qué?

–¡No contarle a nadie del clan lo que has visto hoy!

–¿Y por qué?

–¡Es un secreto entre los dos!

–Sí, pero ¿por qué?

–Temo que los hombres, cuando sepan la existencia de mi amigo, lo maten. Nunca

alguien del clan ha hecho amistad con un animal.

–Sí, sí, tienes razón.

–¿Lo entiendes? Temo por la vida de Kon.

–Te prometo no contarle a nadie.

–¿Prometido?

–¡Palabra de amiga!

–Eso me basta. Además, tú sabes que mi padre está molesto conmigo.

–No entiendo por qué, Apo.

–Él quiere que yo sea como los otros, y como él mismo cuando tenía mi edad. Desea que aprenda a matar Trompas Largas, a descuerarlos y a comerlos. ¿Cómo voy a comer la carne de uno de ellos si ahora tengo un amigo Trompa Larga? El clan llama hermanos a los animales y, sin embargo, los comen. ¡No lo entiendo! ¡Solo imaginarlo me quita el hambre y se encoge mi corazón!

–Al oír tus razones, puedo comprenderte mejor.

–Uno no debe necesariamente alimentarse de carne. Tú sabes, los Trompas Largas solo comen hierbas y son enormes, igual que otros animales. Estoy convencido de que solo debiéramos comer, como dice Ayayama, frutos de los árboles, semillas y vegetales de la tierra y del mar.

–Lo difícil es que tu padre lo entienda. Recuerda que él lo aprendió de sus padres y estos de los suyos.

–¡Sí, pero él debe también aceptar que yo siento y pienso distinto!

–Debes darle tiempo para eso.

–¡Sí, sí, pero, mira, ya vamos llegando al campamento! ¡Acuérdate de nuestro pacto!

–No lo olvidaré. ¡Espera, no te muevas! Tienes una kikina en tu brazo. ¡Quédate tranquilo!

–¿Qué?

–¡Una kikina! ¡Mira qué linda es!

Apo observó que uno de esos diminutos insectos conocidos como “chinitas” subía por su brazo.

–¡Es una visita que da buena suerte!

En ese momento el insecto voló con sus ínfimas alas, dio una vuelta alrededor del muchacho y se fue. Ambos siguieron su zigzagueante vuelo, hasta que desapareció.

–¡Apo, la aparición de esa kikina no es casual!

–¡Tienes razón! Es un espíritu bueno que vino a darme tranquilidad y confianza en que todo saldrá bien respecto a Kon. ¡Gracias, Ulomi, por ayudarme a estar alerta a esos mensajes! ¡Mira, ya estamos cerca! ¿Quién llega primero al campamento?

El muchacho y su amiga se alejaron corriendo felices, sorteando arbustos y piedras en dirección a su hogar.

Capítulo siete

Amanecía en Monte Verde. Sobre el cordón montañoso llamado hoy cordillera de Los Andes, una intensa luminosidad se expandía como un tajo gigante en el cielo gris. Ayayama, la primera siempre en estar levantada, salió de su toldo, detuvo sus pasos unos instantes, fijó la vista en un punto al este y sin dejar de mirar el cielo dibujó una media luna con su cabeza. Detuvo sus movimientos, miró al oeste, y predijo:

–¡Lluvia, tendremos lluvia!

Luego atravesó la plaza sagrada, que se extendía desde su refugio hasta el toldo alongado, y dirigió sus pasos a uno de los tres grandes fogones. Allí, un grupo de hombres, entre ellos Ollapo, avivaba el fuego, calentando sus cuerpos del frío de esa mañana, que según ellos auguraba mejorar hacia el mediodía. Sin embargo, la sabiduría de Ayayama echó por tierra esa predicción.

–¡Hoy tendremos lluvia!

–¿Estás segura, Ayayama?

–¿Acaso no se han fijado en esa gran nubosidad gris y en las hojas de los yokish –se refería los canelos–, que han girado mostrando su cara blancuzca? No soy yo quien lo predice; yo solo observo las señales de la madre tierra. No hay duda, lloverá.

Ollapo, acercándose a la mujer, le dijo en voz alta:

–¡Que tengas un buen amanecer, madre!

Ella le respondió cariñosamente con solo un gesto respetuoso de inclinación de cabeza. Luego lo tomó de un brazo y lo alejó unos pasos del grupo. Entonces le habló con voz casi inaudible:

–Hijo, tienes algo en tu corazón que deseas compartir conmigo, ¿verdad?

–No te equivocas, madre.

–Te escucho.

–Tú ya sabes: se trata de Apo.

–¿Se trata de él o de ti?

–¿Qué quieres decir?

–Intuyo que se trata de ti.

–¿Cómo? No te entiendo.

–Hijo, no quieres aceptar que Apo es un niño diferente, con una sensibilidad especial. Él piensa e imagina cosas que a otro niño de su edad ni siquiera se le ocurrirían.

–Lo sé, madre. Mi único deseo es que él se prepare para sostener y guiar al clan cuando yo no esté.

–Sí, sí, hijo, de acuerdo, está bien. Pero debes darle la oportunidad de ser él mismo. No lo

fuerces: todo tiene su camino natural. Por eso, creo que eres tú el primero que debe cambiar. Estás convencido de que él ha de hacer lo que tú piensas y pasar por lo que tú pasaste. Recuerda las palabras de tu padre; él decía: “ningún amanecer ni atardecer es igual a otro, todos son distintos. Tuyitama, la Madre Tierra, va transformando día y noche a todos sus seres, incluyendo a nosotros”. Los adultos debemos aprender a descubrir esos cambios para ayudar a crecer a los hijos. Apo tiene muchas cualidades, únicas diría, por las que deberías sentirte orgulloso. No debes imponerle tu manera de ver el mundo; puedes apoyarlo y darle a conocer las experiencias vividas por ti, pero no obligarlo a pensar y a actuar como lo desees.

–Lo entiendo, Ayayama. Me esfuerzo y no me es fácil, pero comprendo lo que me dices. Te diré algo: he pensado ir en busca de alimentos adonde duerme Olom y sería bueno que él me acompañe.

–Estoy de acuerdo. Será una buena ocasión para que conozcas mejor a tu hijo, y él a ti, aparte de aprender lo que enseñan los viajes.

–Gracias, madre. Mi espíritu siempre encuentra paz hablando contigo.

–Me alegra que sea así, hijo. Fíjate que yo venía precisamente a hablar contigo de un asunto también importante.

–Te escucho, madrecita.

–Creo que ha llegado el momento de elegir a quien me reemplazará en mi tarea.

–¿Por qué lo dices, Ayayama?

–Lo sabes muy bien. Mi cuerpo está cansado. He caminado durante muchos soles por un

sinfín de lugares. Toda mi vida ha sido un ir venir y, ahora, siento que no podré continuar haciéndolo por más tiempo. Mis rodillas y caderas me duelen al caminar. Observa mis manos: tiemblan y ya no pueden hacer lo de antes. Este lugar me gusta para quedarme y vivir mis últimos días en él.

Ollapo se quedó en silencio. La miró y vio pasar casi toda su vida en segundos.

–Ayayama, madrecita –le dijo luego–, como tu oficio principal es el conocimiento de las hierbas y frutos que curan nuestros cuerpos, junto con descifrar los mensajes de los que están allá arriba y de quienes nos precedieron, no es, sin duda, una tarea fácil encontrar a quien te suceda, porque todo aquello nace con la persona. Debo decirte que yo no soy el más adecuado para nombrar a tu sucesora. Solo tú, Ayayama, dueña de ese don maravilloso de ver donde otros no vemos, puede elegir a quien seguirá tus pasos.

La anciana sonrió y mirándolo a los dos redondos pozos de su rostro, repuso:

–Gracias, hijo. Mi mente y mi corazón, de acuerdo también con las señales dadas por nuestros antepasados, ya eligieron. La niña que por su curiosidad, delicadeza y sensibilidad ha ganado mi alma, es Aylí, la hija de Otka y Aeqcu.

Ollapo no manifestó asombro. Solo sonrió satisfecho. Confiaba en Ayayama, la mujer que lo había criado desde su nacimiento al morir su progenitora en el parto, convirtiéndose en su madre.

–¡Nadie discutirá tu elección, Ayayama! Aeqcu y su mujer se pondrán felices cuando se enteren. Sobre todo por ser tú quien guíe y enseñe a su hija.

–Entonces debes comunicárselo a la niña, a sus padres y a los demás, para que desde hoy

ella se traslade a vivir al toldo sagrado.

Ollapo se acercó a la mujer y colocando su mano izquierda abierta sobre la misma mano de la mujer, en signo de aceptación, acuerdo y respeto, le dijo:

–Así se hará, Ayayama, tal como lo has dicho.

Los ojos de la anciana se inundaron de felicidad, dio media vuelta y volvió a su toldo, con un caminar más liviano y tarareando una melodía ancestral.

En ese momento Apo cruzaba el arroyo desde la rivera opuesta y desde lejos, al divisar a Ollapo, lo llamó en voz alta:

–¡Padre, padre, mira lo que encontré!

Ollapo se detuvo y dándose vuelta esperó a su hijo.

–¡Mira, mira!

El muchacho extendió sus brazos y, abriendo una de sus manos, dejó a la vista una piedra redonda y bien pulida.

Ollapo la tomó, y observándola detenidamente concluyó:

–¡Esta no es de las nuestras!

Varios hombres se habían acercado y observaron la piedra con curiosidad.

–No, no es de las nuestras. ¿Dónde la encontraste, Apo?

–Allá, al frente, al otro lado del estero.

–Eso significa que no somos los primeros en pisar estas tierras.

–Al parecer, esta fue usada hace muchos, muchos soles.

–¡Vamos, llévanos adonde la encontraste!

Los hombres siguieron al niño hasta el otro lado del arroyo y comenzaron a buscar. Sin embargo, después de mucho rastrear, no encontraron ningún otro vestigio. Los hombres se sintieron desalentados.



–Tal vez otro día, si removemos las piedras, tengamos mejor suerte. No hay duda de que esta piedra fue pulida por un hombre.

–Si hace muchos soles y lunas que estuvieron aquí, ¿quiénes eran y de dónde vendrían? ¿Qué fue de ellos?

Los hombres se miraron y guardaron silencio. No tenían respuestas.

–Regresemos, ya está oscureciendo.

Esa misma noche, reunidos alrededor de los fogones para compartir la cena, por la mente de cada uno de los presentes cruzó la idea de que algo especial ocurriría, al advertir asándose más carne de lo común.

–Hermanos –habló Ollapo–, esta noche, bajo la mirada de nuestros antepasados que brillan en lo alto, celebraremos a quien Ayayama ha elegido como la heredera de sus conocimientos. ¡Te escuchamos, madrecita!

–Creo que no será sorpresa para nadie –dijo Ayayama–. Somos una familia tan pequeña que ya todos deben saberlo. ¡La elegida es Aylí! ¡Por sus lindas cualidades se lo ha ganado!

La muchacha corrió donde estaban sus padres y los abrazó llorando de alegría y felicidad.

–Desde hoy –continuó Ayayama–, tal como lo hicieron también nuestros padres, daremos un nombre sagrado a Aylí. Propongo que al suyo, Ayli, que significa “luz”, agreguemos el de nuestra hermana Luna, Tumi; por lo tanto, desde hoy podríamos llamarla Aylitumi, Luz de Luna.

El grupo aceptó coreando el nombre de Aylitumi, acompañado de golpes de piedras y

exclamaciones de alegría. Repetían una y otra vez el sagrado nombre de la favorecida.

Entonces Ollapo los invitó a celebrar y a disfrutar los alimentos. Cada uno cortó, con una piedra-cuchillo, un trozo de carne de gonfoterio, manteniéndolo entre los dedos mientras se acercaban a Aylitumi y, en un gesto ritual, lo hacían chocar con el de la muchacha. Con ello expresaban la hermandad, la comunión y el amor existente entre los integrantes del clan. Luego Ollapo levantó una mano con el trozo de carne y exclamó:

–¡Este es para ti, Olom, y para ti, Tumi, que mantienen la vida en Tuyitama, nuestra Madre Tierra! –y lo lanzó lejos, hacia la playa de piedrecillas de la ribera del estero.

–¡Adorable Padre Olom y Hermana Tumi, reciban nuestro agradecimiento y acompáñennos siempre! –invocó Aylitumi, levantando sus brazos hacia lo alto.

Después de repetir una y otra vez el nombre de ambos astros, comenzaron a comer felices alrededor de los tres fogones encendidos; conversaron y rieron por largo rato, hasta ser interrumpidos abruptamente por unos fuertes truenos unidos de una seguidilla de rayos, los que resplandecieron sobre los volcanes.

–¡Nuestros antepasados nos manifiestan su aprobación a través del trueno y del rayo! – exclamó Ayayama.

–A propósito, madre, mira: tu nieto encontró hoy esta piedra al otro lado del estero.

–Alguno de los hombres la habrá dejado olvidada o llegó allí durante una cacería – respondió la anciana.

–No, madre, no es de las nuestras.

–¿Cómo?

–Mírala bien: esta parece muy antigua.

Tomándola en sus manos, la mujer la observó atentamente y luego, cerrando los ojos, se quedó unos momentos en silencio. Los demás la miraban atentos.

–¡Sí, sí, tienes razón, percibo la energía de hombres lejanos, que vivieron aquí hace incontables lunas y soles, más, mucho más. De un tiempo perdido en la memoria. No hay duda, otros visitaron antes que nosotros estas tierras. Todos miraron a la ribera opuesta del estero y quedaron en silencio, sintiendo que desde allí los espíritus de aquellos los observaban⁶.

Concluyeron pronto la cena, presionados además por las señales del mal tiempo que se avecinaba, envueltos en la noche que se volcó abruptamente. Sin embargo, se sentían complacidos de saber que la elección de Aylitumi era aprobada por los espíritus que regían sus vidas. La anciana curandera tomó entonces la mano de su ayudante y en medio de ritmos marcados por golpes de piedras y maderos de parte de los presentes, la condujo hacia el toldo sagrado, donde viviría a partir de esa noche. Una fina lluvia comenzó entonces a caer sobre Monte Verde. Los hombres y mujeres en silencio, pero contentos, cogieron algunos utensilios y se dirigieron al toldo alongado. Habiéndose recogido ya todos, se acomodaron en sus distintos hogares. La tranquilidad cubrió el entorno de la terraza. Se escuchaba débilmente el paso del agua en el arroyo, interrumpido solo por la imprevista algarabía de las bandurrias en los árboles del otro lado del estero, despertadas por el destello de los rayos y la estampida de los truenos. En la negrura del entorno se distinguía el parpadear del fuego en los braseros familiares, al interior de los toldos, y en lo

alto la esfumada luz centelleante de algunas estrellas.

Capítulo ocho

Había comenzado la época de continuas e intensas lluvias en los territorios de la norpatagonia, aquel trozo de tierra perteneciente a esa larga y angosta terraza, entre el alto cordón montañoso y el océano Pacífico, que miles de años después se conocería con el nombre de Chile.

El mal tiempo obligaba a los monteverdinos a permanecer muchas horas en sus refugios, observando atentos cómo subía el nivel de las aguas del Chinchihuapi. Entonces recurrían a la carne ahumada de gonfoterio, guardada en el toldo de las provisiones, o a las piezas de caza menor capturadas por los jóvenes en momentos en que la lluvia amainaba: ranas, patos, perdices, zorzales, peces, camarones de río, huillines y coipos. De estos dos últimos, además de la carne, aprovechaban su piel suave para la confección de prendas de vestir. Ayayama los proveía entonces de los frutos secos recolectados en los días de verano y otoño, como el maqui, las avellanas, el calafate y el cauchao, el fruto del arrayán, dándole a cada uno su parte, para que los prepararan o tostaran en los fogones familiares. Tanto los

hombres como las mujeres se ocupaban en tejer canastos con los tallos de una planta de hojas ovaladas y verdes que crece trepando el tronco de los árboles, conocida como voqui*. También hacían, en los toldos-talleres, cuerdas de juncos de variados grosores, utensilios y herramientas de piedra, de hueso y de madera. Enseñaban a los niños y jóvenes estos oficios, permitiéndoles descubrir sus habilidades y especializarse, hasta llegar a ser buenos maestros.

Transcurrían así las semanas invernales hasta que un día, al mejorar el clima, Ollapo llegó hasta uno de los talleres del gran toldo, donde su hijo y cuatro hombres seguían las instrucciones de Koolik, que les estaba enseñando a elaborar herramientas de piedra. Los observó un rato y luego les dijo:

–Ha llegado el momento de hacer un viaje en busca de alimentos, adonde duerme Olom.

–¡Bravo! –exclamó levantándose eufórico Gotem–. ¡Estoy ansioso de ir allá otra vez!

–¡Con gusto te acompañaremos!

–Siento no poder decir lo mismo –dijo con pesar Koolik–, mi pie aún no está sano del todo después de la caída que tuve.

–Lo sé. Debes recuperarte bien. Por ahora pienso que eres más útil aquí.

–Gracias, Ollapo.

Los convocados acordaron emprender el viaje en los próximos días. Sintieron nuevamente bullir en su sangre las ansias de aventura, y en sus rostros se marcó la alegría de aquella noticia. Regresaron felices a sus hogares del gran toldo, conversando y haciendo planes para el viaje. Solo Ollapo y su hijo permanecieron en el taller.

–Esta vez quiero que me acompañes, Apo. Debo iniciarte en el conocimiento de lo que tu mente y espíritu deben saber a tu edad.

–Pero, padre, ¿por qué no lo dejamos para una próxima vez?

–No, no, hijo, este es el momento. Desconocemos cuánto tiempo más estaremos aquí.

–Pero...

–Creo que lo has entendido bien, ¿verdad?

– Sí. Me quedó claro, padre.

Ambos guardaron silencio. El muchacho retomó la tarea de percutir la ranura del entorno de la piedra de granito que sostenía en sus manos, ya redondeada por golpes con otras piedras más duras. Aquel surco permitía amarrarla a una cuerda larga. Los hombres la usaban haciéndola girar como boleadora y luego la dejaban caer sobre la presa; la piedra no se soltaba de su amarre, por lo que se la podía utilizar muchas veces.

En ese instante, la madre de Apo apareció en la entrada del toldo y, dirigiéndose al padre del muchacho, le expresó con gestos su deseo de hablar con él. Ollapo salió y se acercó a la mujer:

–Mi corazón se ha recogido al enterarme por Ayayama de que piensas incluir en el viaje a Apo. ¡No quiero que él vaya!

–Pero Keloma, debes aceptar que él ya es un jovencito y tal como aprendió a encontrar los rayos de sol en los leños, mantener vivos los fuegos en los toldos, pescar y recolectar frutos, también debe aprender a explorar otros territorios y saber cómo regresar a su hogar.

–¡No, Ollapo, tu hijo es todavía un niño!

–Tú lo ves así, mujer. Deseas conservarlo siempre como un niño pequeño y no apartarlo nunca de tus ojos. ¡Eso no está bien, debes dejarlo crecer!

–¡Sí, sí, lo sé, pero no es fácil! Ese viaje es largo y se enfrentarán a peligros desconocidos. –La mujer, angustiada, se dejó caer en cuclillas a los pies de Ollapo y golpeó el suelo con los puños en su desesperación–. ¡No quiero que mi hijo corra esa aventura tan lejos y por tantos días! ¡No quiero, no quiero!

El hombre dio un paso y tomándola de sus manos la levantó.

–Yo estaré con él –aseguró– y debes quedarte tranquila porque lo cuidaré. ¡Te prometo no exponerlo a ningún peligro!

–¡Hasta su regreso mi corazón no estará tranquilo!

Con voz firme y segura, casi en un grito, Ollapo repuso:

–¡Debes confiar en mí, mujer!

Keloma se quedó mirándolo a los ojos, respiró hondo y más relajada dijo:

–Tienes razón, Ollapo, sé que nuestro hijo debe aprender y crecer. Comprendo, además, que no irá solo, que lo hará con su padre, quien cuidará de él. Sí, está bien, me quedaré tranquila, ansiando que vuelvan pronto.

Ollapo la abrazó y sin decirle nada, desprendiéndose de ella tomó rumbo al toldo de Ayayama.

Apo, que había continuado su trabajo de ahondar el surco de la piedra redonda, detuvo su labor, se puso en pie y dejó el taller, encontrándose con su madre cerca de los fogones apagados. Ella, al verlo, abrió sus brazos y cobijó a su hijo, deseando protegerlo contra

algo, sin saber qué.

–Madre –le dijo el muchacho, tocando la frente y el pecho de la mujer–, tú y yo estamos unidos de aquí. No te preocupes, tu hijo ya está dejando de ser niño. No temas, madrecita, en cada instante estarás conmigo y sabré cuidarme.

Keloma, entonces, se sentó en uno de los troncos que rodeaban los fogones y le habló con dulzura:

–Hijo, quiero regalarte un valioso saber de nuestro clan, una enseñanza transmitida de generación en generación. Los antiguos nos decían que debemos tener cuidado con las palabras que salen de nuestra boca, porque con ellas construimos el mundo que nos rodea. Si tus palabras están teñidas de rabia, enojo, maldiciones o violencia, el mundo que formarás en tu entorno no será diferente. Sin embargo, si tus palabras expresan buenos sentimientos, respeto, comprensión, dulzura, amabilidad y amor, tendrás entonces de regalo un mundo maravilloso, el que será reflejo del que tienes en tu interior. ¿Lo has comprendido?.

–He guardado tus palabras una a una en mi corazón, madrecita, y te aseguro que no las olvidaré.

Keloma, con lágrimas en su rostro anguloso, asintió moviendo levemente la cabeza. Luego lo abrazó, intentando traspasarle todo su amor y protección para el camino. Apo se levantó y le dio un beso en la frente. Ella bajó la cabeza y regresó en silencio a su toldo.

El muchacho volvió al taller pero no se detuvo allí, caminó por el interior del toldo grande hasta encontrar a Ulomi alimentando de leña el fogón familiar. El joven se

aproximó y le habló en voz baja, para no ser escuchado por los otros:

–Ulomi, mi espíritu está angustiado.

–¿Por qué razón?

–Mi padre me ha pedido que lo acompañe en su viaje a las tierras donde duerme Olom.

–¡Qué bien! ¡Un buen motivo para estar contento, entonces!

–Pero no lo estoy.

–¿Por qué no?

–¿Te olvidas de Kon? Lo dejaré solo varios días y eso me preocupa. ¡No sé qué hacer!

–Entonces, pídele a tu padre no ir esta vez.

–Ya lo hice y fue inútil. Debo acompañarlo porque dice que es importante para mi preparación de hombre. ¡No sé qué hacer: si dejo a Kon, tal vez nunca lo vuelva a ver!

–¿Y por qué no?

–¡Tú sabes, si lo encuentran los hombres, seguro que lo matarán!

–¡Yo podría cuidarlo en tu ausencia!

–Sé que lo harías, pero si llegan a descubrirte, mi amigo tendrá el mismo fin.

–Tienes razón.

–Quizás, Ulomi, debemos romper el secreto.

–¿Cómo?

–Si mañana vamos a buscar a Kon y lo traemos aquí para que todos lo conozcan, contándoles quién y cómo es, tal vez comprendan y lo protejan mientras yo no esté.

–¡Es una buena idea, Apo!

—¡Entonces, ya está dicho! Juntémonos en el lugar de siempre antes de la salida de Olom
—concluyó el muchacho y, despidiéndose con una seña de su mano, regresó donde su madre, que se ocupaba en sacar de las cenizas unas papas silvestres, para acompañar dos ranas capturadas esa tarde por su padre en uno de los posones del estero. Cuando hacía mal tiempo, cada grupo familiar se las ingeniaba para cocinar en su toldo.

Capítulo nueve

Después de esa noche de relámpagos, largos y estruendosos truenos y lluvia intensa, amaneció un día esplendoroso, sol radiante y cielo azul, como si lo ocurrido hacía unas horas hubiera sido solo una ilusión. Apo se levantó al alba y salió con mucha cautela del toldo. Al poco rato llegó Ulomi al punto de encuentro junto al longevo coigüe, cuyas raíces colgaban sobre el estero.

—¿Alguien te vio salir?

—No. Todos dormían aún.

—¡Bien, vamos entonces!

Comenzaron a caminar por la ribera del arroyo, hasta llegar a la pampa abierta y desde ahí, después de un buen rato, avanzaron hasta donde solo los dos amigos sabían del escondite de Kon. Este, al parecer, los estaba esperando. Seguramente eran ellos los únicos seres que habían mitigado el sentimiento de orfandad que debió haber sentido desde el momento de perder a su madre, el que es posible que aumentara al no haber encontrado a

ningún otro ser de su especie en el valle, compartiendo su soledad únicamente con las aves, coipos, zorros y, muy de vez en cuando, con algún caballo americano* o con una paleolama*, la antigua antecesora del guanaco.

Ulomi y Apo lo saludaron con palmaditas cariñosas en la cabeza y en la trompa. El animal los dejaba hacer, sintiendo, al parecer, el sincero afecto de esos cachorros de hombres. Apo le explicó entonces que lo llevarían a conocer a su familia y donde ellos vivían, cosa que el gonfoterio indudablemente no comprendió, pero sí entendió cuando el niño le indicó con señas que ambos deseaban subir sobre él e ir de paseo.

El camino lo hicieron bordeando el arroyo. Ulomi iba feliz y mostraba a Apo las nubes que se habían apoderado del cielo. Enormes cúmulos lo adornaban formando las más caprichosas formas.

—¡Nunca en mi vida he visto nubes tan grandes y hermosas como aquí! —exclamó la niña.

Después de un buen rato y ante la vista del campamento, el corazón de los jóvenes se aceleró. Más aún cuando se detuvieron en el extremo del toldo grande. Al verlos, las mujeres y los niños huyeron a esconderse, asomándose de tanto en tanto con temor. Los hombres cogieron rápidamente sus lanzas, parapetándose tras unos troncos. Quedaron paralizados al descubrir sobre el animal a Ulomi y a Apo.

—¡Padre, madrecita, hermanos, no tengan miedo! —les gritó Apo.

—¡Él no les hará daño, es nuestro amigo! —exclamó la niña.

Nadie atinaba a moverse ni a decir palabra al ver a dos de los suyos sin miedo, tranquilos y felices montados sobre aquel temible animal. No podían creerlo; jamás ninguno de ellos

había hecho tal cosa, ni tampoco tenían antecedentes de que lo hubiera hecho algún antepasado. No conocían cuentos, historias ni leyendas que hablaran de algo así. Los animales, según pensaban, estaban allí como presas de caza para su sustento, pero lo que veían ahora superaba sus costumbres y conocimientos ancestrales. Apo pasaba su mano sobre la cabeza del cachorro Trompa Larga, como ellos le llamaban, y este parecía responder a esos cariños. La escena impresionó a todo el clan, dejándolo mudo.

El animal se detuvo en la ribera del arroyo frente al gran toldo. Rápidamente, los hombres y las mujeres se congregaron en la plaza sagrada a una prudente distancia del gonfoterio. El muchacho, entonces, se descolgó de su lomo y de un salto estuvo en tierra.



Luego ayudó a bajar a Ulomi, y ambos agradecieron al animal con palmaditas en su cabeza. Este, acogiendo al parecer las caricias, dio media vuelta y se dirigió a beber agua al estero. Los niños, más confiados que los adultos, caminaron tranquilos hasta el grupo de hombres ocultos tras los troncos que, con los ojos desorbitados, sostenían sus armas, nerviosos y alertas.

–Padre, él es Kon, nuestro amigo.

–¿Amigo?

–¡Así es! Ya te contaré cómo nos conocimos.

–Él está solo y no tiene a nadie más en el mundo aparte de nosotros –agregó la niña.

–¿Solo? –preguntó Ketco, el constructor de toldos.

–¿Recuerdan que hace varias lunas ustedes capturaron y mataron a un gran Trompa Larga?

–¡Sí, lo recuerdo! –contestó Gotem.

–¡Sí, sí! –respondieron a coro algunos. Para ellos era natural cazar animales con el fin de alimentarse.

–Recuerdo que ese animal que cazamos –agregó Koolik– andaba con un cachorro que huyó a los bosques.

–¡Y ese es el que ahora está allí! –Apo, con su mano, indicó al gonfoterio, que caminaba por la orilla del estero.

Un breve silencio inundó el campamento, interrumpido por la intervención de Ollapo:

–Bueno, ¿y qué vamos hacer con él?

–¡Matarlo! –afirmó tajante Ocquel–. ¡Es comida para todos!

–¡Sí! –asintió otro.

–¡No! –gritó con fuerza Apo–. ¡No permitiré que lo hagan!

–¿Y por qué no? –insistió Ocquel.

–¡Porque él es un animal pequeño!

–¡Y nosotros lo queremos! –exclamó Ulomi.

–Sí, pero cuando crezca será diferente –agregó, Katal.

–¿Por qué diferente?

–Porque son animales fuertes y violentos. ¡Él solo podría destruir nuestro campamento y matarnos a todos! –concluyó Ocquel.

–¡Él no hará eso! ¡Es nuestro amigo! ¡Salvo que ustedes –agregó Apo– lo consideren un enemigo y lo miren solo como un trozo de carne sobre el fogón!

Ayayama, habiendo escuchado a los niños y a los hombres, se acercó a su nieto y le preguntó:

–¿Y tú, hijito, qué es lo que quieres?

Apo, con lágrimas en los ojos, guardó unos segundos de silencio. Observó a su amigo, que ausente de la conversación disfrutaba del agua en el arroyo. Luego, ya repuesto, miró a todo el clan y dijo:

–¡Quiero que se quede a vivir con nosotros! ¡Ulomi y yo lo cuidaremos!

Hombres y mujeres se miraron sorprendidos; intercambiaban opiniones y discutían todos

al mismo tiempo. Parecía que una bandada de choroyes estuviera volando sobre el campamento.

—¡Silencio! —exclamó Ollapo y continuó—: Hijo, nuestra gente nunca ha tenido un animal a su cuidado, y menos a uno de estos que nos han dado el sustento para nuestra existencia. ¿Qué piensas tú, Ayayama?

La anciana, con la tranquilidad que la distinguía, esperó que terminaran de hablar los otros.

—Es cierto —dijo— que desde tiempos inmemoriales hemos valorado mucho a estos animales. Nos han dado alimento y abrigo y los consideramos nuestros hermanos por vivir bajo el mismo cielo. Olom y Tumi nos los regalaron para ese fin, lo que les agradecemos en cada cacería, pero jamás hemos convivido con ellos. Sin embargo, los tiempos han ido cambiando y ya quedan pocos de estos animales. ¿Se han ido? ¿Los hemos matado casi a todos? ¿Qué está ocurriendo? ¿Es una señal de algo que no comprendemos? Ellos, como nosotros, han caminado en todas direcciones durante incontables lunas y soles. ¿Será que no se acostumbraron a vivir en estas tierras? No lo sé. Entonces, pienso y pienso. Apo y Ulomi —agregó la anciana— están dejando de ser niños y un día serán quienes guíen a nuestro clan. Estos chicos son distintos a como éramos nosotros a su edad, tal vez las generaciones van cambiando con el tiempo. Ellos y este animal, no tengo dudas, son una señal de lo alto para indicarnos una nueva manera de ver las cosas. Ambos son buenos jovencitos, nos hablan de su amistad con el espíritu de este animal, el que les responde de la misma manera. Entonces, ¿quiénes somos nosotros para impedir la voluntad de los que

están en lo alto? Aceptemos al amigo de Ulomi y de Apo en nuestro campamento. Tal vez ese cachorro de Trompa Larga sea una bendición para el clan.

La mujer terminó de hablar y el grupo guardó silencio, interiorizando cada una de las palabras de la anciana. Keloma se adelantó:

—Comparto el pensar de Ayayama —dijo—. El animal debe quedarse con nosotros.

La mayoría de los presentes movió la cabeza confirmando las palabras de la madre de Apo, aunque a algunos, los menos, no se les movió un solo músculo, quizás dudando de la decisión.

—Mujer, como siempre has hablado con sabiduría. Aceptamos tu opinión. Ese cachorro se quedará al cuidado de estos muchachos —concluyó Ollapo.

Apo y Ulomi corrieron donde su amigo y abrazándolo le explicaron con gestos la buena noticia. En seguida lo guiaron, seguido por los niños, a un rincón detrás del gran toldo, a la entrada del bosque de coigües y junto a un manchón de matas de quila, intentando darle a entender que desde ese momento aquel sería su nuevo hogar. Luego corrieron hacia Ayayama y abrazándola le dieron las gracias una y otra vez.

Los hombres no dejaban de observar al paquidermo, atentos a todos sus movimientos, y no soltaban sus lanzas y piedras redondeadas.

Al atardecer, con el cielo ya cubierto de nubes grises y oscuras en su zona más baja, Ollapo pidió a las mujeres y a los niños encender uno de los fogones principales. Cuando ya los leños ardían, reuniéndolos a todos, dijo:

—Ha llegado el momento de ir en busca de alimentos donde se oculta Olom. La temporada

de mal tiempo es larga y debemos estar preparados hasta que nuevamente el padre Olom haga madurar los frutos de nuestros bosques. Esta vez iremos Gotem, Ocquel, Aequu, Baqyel y Apo.

Los nombrados sonrieron satisfechos. Sus espíritus aventureros estaban ya inquietos de permanecer tanto tiempo en un mismo lugar. Por último, Ollapo agregó:

–¿Les parece que salgamos mañana, apenas comience a clarear el día?

Los hombres aprobaron con exclamaciones y gestos.

–Volveremos en unos días más –concluyó Ollapo–. Ockala, nuestra madre Ayayama y cada uno de ustedes quedarán al cuidado del campamento. Esta tarde celebraremos la partida del viaje, porque hoy estamos juntos, pero mañana, no lo sabemos.

–Padre –intervino Apo, poniéndose de pie y frente a todo el grupo–, ¿podré llevar a Kon?

Al instante se oyó un desordenado murmullo entre los presentes, comentando la insólita propuesta del joven. Ollapo, percibiendo el desconcierto, respondió:

–Tal vez no sea lo mejor.

–¡Es que aquí no puede quedarse solo! No estaré tranquilo.

–Ese animal será un estorbo para el viaje. ¿Qué seguridad hay de que no se enfurezca por cualquier causa y nos ataque?

–¡Me opongo a que vaya con nosotros! –exclamó con enojo Ocquel.

–Si no lo molestan, él no hará nada malo –intervino Apo.

Ketco, el constructor de toldos, acercándose al grupo, expresó su opinión:

–Quizás el animal les pueda ser útil durante el viaje y, a lo mejor, encuentran a alguno de

su familia en el camino. Si eso ocurriera, podrán dejar que él decida, seguir con ustedes o quedarse con sus hermanos Trompas Largas.

–Gracias, Ketco. Tienes razón, tal vez Apo comprenda que ese cachorro de animal no puede vivir siempre con nosotros y que será mejor para él quedarse con los suyos.

–¡Sí, sí! –exclamaron varios al unísono.

Entonces Ollapo, volviéndose hacia Apo, le dijo:

–Está bien, puedes llevarlo, hijo. Pero comparto lo que dice Ketco. ¿Estarías dispuesto a dejarlo ir si se encuentra con alguno de su familia?

–Si él lo decide y así lo quiere, lo aceptaré.

–¡De acuerdo, entonces puede ir con nosotros!

–¡Gracias, gracias! –exclamó feliz el chico y corrió seguido de Ulomi a darle un cariñoso abrazo al pequeño gonfoterio.

–Ayayama –le habló Ollapo con dulzura a su madre–, ¿podrías organizar nuestra despedida? Y ustedes –dirigiéndose a dos de los hombres– acompañenla a traer lo necesario para que lo compartamos esta noche.

A pesar de que el viaje significaba peligro para los que partían e incertidumbre para quienes quedaban, todos se pusieron en acción dispuestos a disfrutar de esos últimos momentos juntos. Con rapidez encendieron fuego, avivándolo pronto con gruesos troncos para que durara muchas horas. Una vez listo, ensartaron grandes trozos de carne en varas de luma, la madera más resistente y dura de la zona, la afirmaron sobre piedras en los bordes de los fogones y, de tanto en tanto, los hombres le daban vueltas.

Cuando ya todos estuvieron alrededor del fuego, Ayayama se acercó a uno de los fogones y esparció un manojo de hojas siempre verdes del canelo, las que desprendieron una gran humareda mientras levantaba sus manos al cielo, pleno en ese instante de estrellas. Llamó entonces con un gesto a los hombres que emprenderían el viaje. Gotem, Aeqcu, Ocquel, Ollapo, Baqyel y Apo se acercaron, ubicándose a unos pasos de la anciana. Esta cogió una rama del mismo árbol y colocándola un instante sobre las llamas, la encendió; luego, acompañada de un canto suave, armonioso y dulce, se acercó a cada uno de los viajeros y los envolvió en humo. Apo sabía que aquello era para darles protección en la aventura que emprenderían y se dejó envolver también por la humareda, mientras observaba a Kon descansando entre los árboles del fondo.

Después, Ollapo se acercó al hombre que le seguía en edad y colocando su mano izquierda sobre el hombro de este, le dijo:

—Ockala, tú eres mi amigo y el hermano que nunca tuve, por eso, como otras veces, cuidarás del clan durante nuestra ausencia.

—Así lo haré, Ollapo. Esta lanza que hace unos días hice para mí, quiero que la lleves y conserves. No había fabricado una igual hasta ahora.

Ollapo recibió la lanza de madera de luma, quemada cuidadosamente para darle mayor resistencia. Palpó su aguda punta y su lisa superficie, comprobando la perfección de su hechura. Miró a Ockala y le agradeció con un abrazo emocionado.

Luego, Ayayama cortó con una piedra afilada un trozo de la carne puesta al fuego y la ofreció como ofrenda al Sol, a la Tierra y a la Luna, rogándoles que no les faltara la comida

ni las energías a los viajeros. Después repartió carne a cada uno de los seis hombres, quienes la comieron gustosos.

Enseguida, Ockala invitó a todos a acercarse y a comer cuanto quisieran. Mientras lo hacían, conversaron y rieron hasta que el fuego se hubo consumido. Las mujeres, entonces, tomando tizones encendidos, los llevaron al interior del gran toldo para dar vida a los braseros interiores, seguidas por los niños y adultos en vista de lo avanzado de la noche. A la mañana siguiente los viajeros se levantarían al alba y, sin despertar a nadie, iniciarían su aventura.

Capítulo diez

La noche aún dormía en el valle de Monte Verde y una espesa neblina cubría el cauce del riachuelo, esparciéndose con lentitud y haciendo invisible lo que encontraba a su paso. Era un amanecer fantasmal de fines de julio, aún con mucho frío y helada. Los viajeros salieron en puntillas del gran toldo llevando un morral en sus manos. Se comunicaban solo con gestos para no despertar al resto, aunque nadie del clan ignoraba la partida de esa mañana. Algunos, estando ya despiertos, simulaban dormir. De acuerdo a la costumbre, no debían verlos dejar el campamento, solo podían acompañarlos con el pensamiento. Entonces, quienes partían caminaron en total silencio en dirección al toldo con forma de fúrcula, donde se sentaron formando una media luna en su entrada. Calzaron sus pies con unos botines de cuero de gonfoterio y los amarraron a sus pantorrillas por medio de cordones trenzados hechos de la misma piel del animal.

Enseguida, Ayayama y su ayudante, Aylitumi, aparecieron a la entrada del toldo; eran las únicas que podían presenciar su partida. Ellas les entregarían las provisiones para el viaje.

Apo corrió a despertar a Kon, guiándolo al extremo del campamento, donde esperaba la orden de salida. En los morrales guardaron trozos de carne ahumada, avellanas tostadas, hongos secos y manojos de una variedad de hierbas que la anciana agregó, indicándoles su uso en el caso de alguna dolencia, picada de insectos o heridas accidentales; también guardaron unas cuantas lascas filosas y otras piedras esféricas, además de cueros enrollados y amarrados para cada viajero. Así, ataviados y con una lanza en sus manos, dibujaron un respetuoso gesto de agradecimiento a ambas mujeres y dando media vuelta enfilaron por el sendero en dirección oeste. A la cabeza iba Ollapo, seguido por Aecqcu, Ocquel, Baqyel y Gotem. El gonfoterio, después de recibir unas palmaditas de parte de Apo, comenzó a caminar tras él. Ayayama y Aylitumi se quedaron observándolos hasta que la espesa neblina del incipiente amanecer absorbió la figura del niño y de su amigo Trompa Larga.

Los primeros tramos del viaje eran conocidos por los hombres, pues muchas veces se habían aventurado a explorarlos en breves salidas de reconocimiento y de caza. A su paso, gran número de aves despertó abruptamente, arrastrando en su alboroto a otras con su vuelo. Los viajeros salieron de la arboleda, alejándose del arroyo cada vez más, hasta llegar a unos terrenos abiertos, donde percibieron la claridad del día proveniente de las altas montañas a sus espaldas, inundando el valle que en ese momento cruzaban.

Tras unas horas de caminar en dirección oeste, arribaron a la orilla del río Maullín.⁷

El grupo quedó unos instantes en silencio frente al enorme río, contemplando cómo la neblina a ras de la superficie del agua se elevaba con lentitud, iluminada tangencialmente por los primeros rayos del sol.

Dejaron el cargamento sobre la hierba, bajo las gigantescas frondas* verde claro de los helechos ampe. Después dieron unos pasos hasta la ribera y en cuclillas recogieron agua del río y la bebieron con placer, junto con refrescarse la cara y la cabeza. Apo condujo a su amigo cerca de los hombres y el animal sació también su sed con largos sorbos. El chico disfrutaba cada descubrimiento que hacía, expresando libre y espontáneamente su emoción e impresiones ante la vista de un ave, una flor o un fruto que no conocía, preguntando una y otra vez.

–¡Jamás había visto hojas de aecqu* tan grandes! –exclamó el muchacho, refiriéndose a las hojas de las matas de pangué*, sostenidas por sus tallos comestibles, conocidos como nalcas– ¡Bajo sus hojas uno puede guarecerse de la lluvia! ¡Pero, miren, miren allá, aquel pájaro de colores en esa rama sobre el agua! ¿Cómo se llama? ¿Qué hace allí?

–¡Es un akitokito! –contestó su padre, refiriéndose al martín pescador. Este lucía una cabeza grande azul grisácea con plumas negras y erizadas en su corona, que le daban un aire divertido. Su cuello blanco y el pecho naranja oscuro, convertían su cuerpo tornasolado en una atracción para los peces y para quienes lo observaban.

–¡Ah, cuánto debiéramos aprender de él! –concluyó Ollapo.

–¿Por qué?

–Es un ave con una paciencia infinita. Obsérvalo: allí está tranquilo, aguardando a un pez para hipnotizarlo con sus colores. Cuando lo logra, baja y lo atrapa. Por eso, lo verás así, siempre en una rama sobre el agua, dando la impresión de que está descansando; sin embargo está alerta, esperando la aparición de su presa.

–¡Qué hermosos colores tiene su plumaje! ¡Míralo, Kon! –El animal levantó su trompa y emitió un fuerte barrido, espantando al pájaro, que voló a instalarse en una rama de la orilla opuesta.

–Parece que a tu amigo le molestaron tantas alabanzas para ese pájaro y se puso celoso.

Los hombres estallaron en risas. Apo, sin afectarse, se acercó al animal y le dijo:

–Tranquilo, tranquilo. Tú eres mi amigo y no actuaré como los peces que se dejan atrapar mirando los colores de ese pájaro. Tú eres de un solo color, pero tienes lo más importante para mí: tu nobleza de corazón.

El gonfoterio movió su trompa hacia abajo varias veces; parecía acoger los sentimientos y expresiones de cariño del muchacho.

Momentos después, Apo dio unos pasos por la enmarañada orilla y exclamó:

–¡Miren allá, qué cantidad de matas de maqui! Aunque su fruto no lo tendremos hasta el verano, cortaré unas cuantas de sus hojas y las masticaré. Ayayama me dijo que debía hacerlo para mantener en buen estado mis dientes. Kon, toma, para que cuides los tuyos –le dijo sonriendo al animal, mientras observó a la pasada un arrayán que, como una mano, se abría al cielo. El muchacho se acercó a su tronco color canela y pasó la mano sobre éste, sintiendo la suavidad de su corteza.

Se quedó unos minutos en silencio, recorriendo con la vista la corriente del río en toda su amplitud, hasta donde la arboleda de la ribera se lo permitía. El curso de agua era inmenso comparado con el riachuelo que tenían a los pies de los toldos donde vivían.

–Padre, ¿por qué no nos trasladamos a vivir a orillas de este gran río?

–Por seguridad, hijo.

–¿Cómo...? No te entiendo.

–¿Recuerdas los enormes hielos que divisamos en torno a la gran laguna antes de encontrar nuestro campamento de Monte Verde?

–Sí.

–Bueno, este río nace allí, en esa laguna cubierta de hielos que se están derritiendo por los rayos de Olom y el fuego de las montañas blancas. Esa cantidad de agua crece y desborda lagunas y ríos, devastando todo a su paso. En cambio allá, en nuestro campamento, el estero es pequeño y nuestros toldos los construimos en una terraza distante de su cauce. Estamos resguardados por ahora de esos peligros y, además, lejos del sendero de los animales grandes.

–Un día, entonces, ¿todos esos hielos se derretirán?

–Sí. Eso ya está ocurriendo. Pienso que una nueva época comienza para quienes vivimos en estas tierras.

Apo asintió moviendo la cabeza y se quedó pensando en las palabras de su padre. Gotem, el hombre más corpulento y macizo de todos, anchas espaldas, rostro anguloso y gruesas cejas, se dirigió a sus compañeros de viaje para expresarles que ya sentía hambre y que sería bueno detenerse a comer. Pero estos le respondieron con un gesto de sus manos, dándole a entender que era mejor seguir caminando y comer más tarde. Entonces, los hombres levantaron sus morrales y rollos de cuero, dieron media vuelta y retomaron su caminar. Ayudados por sus lanzas apartaban las ramas de matorrales y espesos manchones

de quilas que obstaculizaban el paso. A ratos cruzaban sinuosas pampas, que se abrían a la ribera del río. Este serpenteaba y se ocultaba bajo extensos techos de tupida vegetación, de modo que a veces los caminantes se alejaban de su cauce, para volver a encontrarlo más adelante, ganando así tiempo en su trayecto.

A mediodía, y después de haber avanzado aparentemente tanto como el sol, se detuvieron al llegar a la cima de una loma. Desde allí pudieron apreciar el trazo del río en el valle, comparándolo a una larga serpiente que desenrollaba su cuerpo de manera caprichosa, escondiéndolo a tramos en la tupida arboleda y emergiendo, en otros, como láminas de espejos que reflejaban el cielo y la vegetación en el agua. A la distancia, vislumbraron la silueta de otra gran serpiente de montañas extendida, la cordillera de la costa, la que debían cruzar para continuar caminando a través de una vasta explanada, hasta llegar a un punto elevado de otra loma, desde donde podrían contemplar el horizonte y el avance del sol a su ocaso.

Decidieron detenerse a descansar junto a un conjunto de grandes rocas. Dejaron la carga a resguardo entre unas piedras y Gotem, encargado de las provisiones, sacó casi con desesperación de su morral de cuero un trozo de carne ahumada. Se sentó, lo afirmó sobre las piernas y con una afilada piedra–cuchillo cortó seis porciones, que distribuyó entre sus compañeros, quienes las devoraron rápidamente. Luego Aecqu, habiendo cortado varias nalcas a la subida del monte, tomó una de estas y la quebró en trozos pequeños, repartiéndolos al grupo. Los hombres tiraron de las hilachas verde–rojizas de los tallos, hasta dejar solo la pulpa a la vista, y la masticaron con gusto, disfrutando de su jugosidad y

frescura.

Los amigos de Aecqcu lo identificaban con las nalcas porque eran su debilidad. En sus caminatas siempre andaba pendiente si estas estaban aptas para consumirlas, ni muy nuevas ni pasadas. Sabía distinguir su madurez a ojo y las cortaba sin vacilar; las amarraba por sus extremos y las colgaba de uno de sus hombros, trasladándolas al campamento, donde las compartía con todos. Por ello es que desde niño, aludiendo además a su delgada contextura, le llamaron Aecqcu, nombre que en su desaparecida lengua significaba “nalca”.

Entretanto, Apo había cortado unos brotes de quila, que ofreció a su amigo Kon, quien se las comió de un solo bocado. Pronto retomaron el viaje. Bajaron de la loma a una explanada cubierta de hualves, donde el río había extendido su cauce de manera impresionante; tanto, que la ribera opuesta apenas era distinguible. El muchacho sentía fascinación por los hualves. Creía que un mundo misterioso los envolvía. Efectivamente, según lo contado por los más ancianos del clan, estos son lugares sagrados donde las aguas se juntan, penetran en la tierra y emergen purificadas, resguardadas por espíritus generosos. Debían cruzar uno de ellos y, al entrar, Ollapo los detuvo:

–¡Esperen!

Los hombres obedecieron y Ollapo, adelantando unos pasos, extendió los brazos:

–¡Espíritu dueño del agua que habitas este lugar sagrado, te pedimos permiso para entrar!

–dijo–. Solo vamos de paso y nada tomaremos de ti. Te damos gracias por el agua que alivia nuestra sed junto con alimentar la vida a tu alrededor.

Entonces, y luego de la seña que hizo a sus compañeros, estos entraron en el hualve uno

tras otro en silencio.

Un delgado y mínimo brazo del río se abría paso en aquel bosquecillo cruzado por varios cauces menudos de agua en medio de la espesa vegetación, donde resaltaba gran cantidad de raíces que caían en aquellos. El ambiente era frío y oscuro, pues los rayos del sol no penetraban en el apretado follaje. Apo disfrutaba observando cada rincón, identificando árboles de arrayán, canelos, pitra* y temu*. De pronto, un animalito salió huyendo, estero arriba.

–¡Miren: un ukimo, allá, por ese lado!

Era un huillín*, un animal acuático más menudo, delgado y fino que un coipo. Los hombres, conscientes de que en ese lugar no podían cazarlo, lo siguieron con sus miradas, sorprendidos de su asombrosa agilidad para nadar y escabullirse en un dos por tres.

Al salir del hualve, bandadas de garzas, cuervos de pantano, triles, gorriones y algunas gaviotas que remontaban el río desde el mar, emprendieron un súbito vuelo, graznando y piando asustados. Apo gozó con el inesperado aleteo de las garzas y el despegue de los patos silvestres, que se toman un largo trecho para levantar el vuelo. En esto, Aecqu se acercó al muchacho y le dijo:

–¡Mira allí, un cuek!

–¿Un cuek?

–Sí, ese de allí, ¿lo ves? –le indicó un pájaro que caminaba rápido, huyendo por la pampa mientras repetía–: cuek–cuek–cuek.

El chico se quedó quieto escuchándolo y luego intentó imitar su canto. Era una

becacina*, un avecita parecida a una perdiz, pero más pequeña. Aecqu, colocándose en cuclillas, emitió el llamado que hace esa ave: piwa–piwa–piwa–, obteniendo una respuesta inmediata del pájaro, a la que el hombre replicó, repitiéndolo varias veces. Apo sonreía encantado con el diálogo. Luego, Aecqu agitó los brazos y el ave emprendió un vuelo apresurado, elevándose hasta cierta altura, para después bajar zigzagueando con su característico zumbido.

Ocquel se había apartado del grupo atraído por un pato que nadaba a orillas de una pequeña laguna. Se agachó y en cuatro patas comenzó a arrastrarse hasta llegar muy cerca del ave. De pronto dio un salto con el fin de atraparla, pero esta huyó y el hombre cayó al agua, hundiéndose en el barro. Los gritos de Ocquel produjeron ecos en el entorno. Al oírlos, sus compañeros dejaron rápidamente los bultos sobre la hierba y fueron en su ayuda. El hombre se hundía cada vez más en el agua barrosa. Ya solo le quedaban descubiertos los brazos y la cabeza. Baqyel, desde la orilla y casi sin pensarlo, desenrolló ágilmente una de las cuerdas que llevaba en sus hombros y se la lanzó a su compañero repetidas veces sin éxito, hasta que, finalmente, este la agarró. Los demás, acercándose a Baqyel, cogieron la cuerda y entre todos comenzaron a tirar para zafarlo del pantano.

–¡No podemos sacarlo!

–¡Tiren con más fuerza! –gritó Ocquel.

Los hombres lo intentaron otra vez sin éxito.

–Apo –le dijo su padre–, amarra la cuerda al cuello de Kon y convéncelo de que camine en esa dirección.

El muchacho se sintió feliz de la oportunidad que se le presentaba. “Kon les demostraré que puede serles útil”, se dijo a sí mismo el chico. “Haré lo que mi padre me indicó”.

Habló a su amigo Kon solo como él sabía hacerlo, para que comenzara a caminar lento, tirando de la cuerda. De esta manera, el macizo hombre comenzó a salir del pantano, arrastrado con lentitud por el animal, hasta quedar en tierra firme ante la alegría de todos. Apo corrió donde Kon y le acarició la cabeza y la trompa en señal de agradecimiento. Los viajeros se mostraron satisfechos, aunque no lo expresaron con palabras, pero el muchacho lo advirtió en sus rostros. El cuerpo entero de Ocquel estaba cubierto de barro, provocando carcajadas en sus amigos, quienes no tardaron en llamarlo “el hombre de barro”, lo que sería motivo de permanente recuerdo y regocijo.

Después de un rato, Ocquel se acercó al muchacho y le dijo:

–Gracias, Apo.

–Al contrario, Ocquel, yo soy el agradecido por permitirme demostrarles que era verdad lo que les dije de Kon. Pero, si quieres, agrádecécelo a él.

–Te pido disculpas porque me opuse a que tuvieras a Kon en el campamento. No sé qué decirte, perdóname.

Apo solo le respondió con un gesto afirmativo de su cabeza.

El hombre, entonces, se aproximó al gonfoterio, levantó su mano para darle unas palmaditas en la cabeza, como había visto hacerlo al chico, y enseguida se acercó a la oreja del animal, diciéndole algo que únicamente este pareció escucharle. El gonfoterio movió la trompa hacia abajo, aparentemente en señal de amistad.

Una vez que Ocquel se hubo repuesto del susto y ya con su cuerpo limpio de barro, el grupo reinició el viaje. Habían caminado durante más de medio día y los hombres, sin demostrar cansancio, disfrutaban de todo lo que descubrían a su paso. Tampoco Apo estaba cansado; por el contrario, se sentía, como le comentó más tarde a su padre, pleno de energía por estar viviendo la gran aventura de su vida.

Los viajeros observaban que en algunos trechos el cauce del río a veces se angostaba y, en otras, se extendía, reflejando en su superficie los rayos del sol. Tras un rato de camino, los hombres perdieron de vista el río; la tupida vegetación lo hizo desaparecer y lo cubrió de tal modo que les era imposible llegar a su ribera. Se alejaron subiendo un pequeño monte y al arribar a la cima apreciaron el enorme grosor de la serpiente verde. Allí, en alguna parte del interior de la arboleda, corrían sus aguas cristalinas. Ollapo miró en lontananza, hablándoles a sus compañeros de viaje al tiempo que les indicaba con su mano:

—¡Acortaremos camino dirigiéndonos en línea recta, al evitar toda esa vuelta del río, para llegar adonde disminuye el verdor!

Así lo hicieron siguiendo la dirección indicada, y siempre con Apo y el cachorro de gonfoterio tras ellos. Caminaron durante un par de horas más, atravesando bosques y pampas, hasta acercarse nuevamente a la ribera del Maullín. Un fuerte ruido de agua los hizo apurar el paso; de improviso apareció una cascada de lado a lado del cauce y de una altura aproximada de un metro y medio.

Dejaron los bultos en tierra. Unos se sentaron a contemplar el sonoro salto de agua y otros intentaron bajar hasta la orilla del río a refrescarse. Baqyel se apartó unos pasos en

dirección a un remanso del cauce y entrando en el agua levantó su lanza y la hundió en ella, retirándola al instante. En su punta traía un pez gato o bagre*, que mostró triunfante a sus amigos, quienes celebraron su habilidad. Apo corrió donde él y observó cómo retiraba el pez de su lanza, dejándolo sobre la hierba, donde aún daba coletazos.

Baqyel volvió al remanso, donde nuevamente capturó otra presa, todavía más grande que la anterior. Luego continuó en su tarea, logrando pescar cinco peces, entre estos tres grandes pejerreyes de río. En eso Apo, conmocionado, gritó a sus compañeros:

—¡Miren, miren allá, al otro lado del río!

Todos dirigieron las miradas al punto indicado por el chico, descubriendo un magnífico caballo americano. Este, de color bayo, corpulento, patas cortas, tuza y cola negra muy abundantes, los observaba tranquilo. Los viajeros, petrificados, creyeron que era una aparición fantasmal. El caballo seguía allí, igual que ellos, inmóvil como una estatua.

—¡Es idéntico al que cazamos una vez en la falda de las montañas de fuego! —exclamó en voz baja Aecqcu.

—¡Un hueso que guardamos en el campamento es de uno de ellos! —comentó Ollapo a su hijo.

—¡Vamos, vamos tras él! —Propuso Gotem.

—¡Sí, sí, vamos!

—No, no podremos cruzar el río, es muy hondo. Además, no necesitamos cazarlo, tenemos comida —afirmó Baqyel, mostrando sus pescados—. ¡Creo que no debemos desviarnos de lo planeado!

–Es mejor que continuemos la marcha –comentó Aecqu, con la aprobación de un movimiento de cabeza de Ollapo.

En ese momento, el gonfoterio, que observaba también al caballo, levantó su trompa y comenzó a barritar con fuerza. El caballo le respondió, y su relincho se escuchó claramente a pesar del sonido de la cascada. Kon, después de la respuesta del equino, se quedó tranquilo. Solo ellos sabían lo que se comunicaron.

Los hombres, en silencio, y de no muy buena gana, aceptaron la opinión de sus dos compañeros de continuar caminando; interiormente sabían que tenían razón. Baqyel recogió sus pescados, los guardó en su morral y siguió al grupo. Los monteverdinos giraron sus cabezas para observar al caballo una vez más, mientras el ruido de la cascada se hacía poco a poco inaudible.

La tarde avanzaba con rapidez y el sol parecía desplomarse envuelto en llamas, tiñendo de intensos arreboles el horizonte. El padre de Apo instó a los viajeros a que avanzaran rápido, antes de que la oscuridad invadiera cada rincón del valle.

Después de aproximadamente dos horas de subir y bajar lomas, abriéndose paso entre gigantes helechos ampe y costilla de vaca*, enormes hojas de pangue, tupidos quilantos, árboles caídos, arroyos e impenetrables bosques que hacían más lenta la marcha, Apo le propuso a Ollapo:

–Padre, ¿por qué no ubicamos a Kon a la cabeza del grupo? Él puede ir abriéndonos camino con su ancho cuerpo y sus patas gruesas.

Ollapo detuvo el paso, miró a su hijo y a los demás. Luego de un momento de silencio,

dijo:

–¿Y por qué no? Probemos.

Así lo hicieron. El gonfoterio pasó a primer lugar. Caminaron solo un trecho y se dieron cuenta de lo acertado de la idea. Sonrieron satisfechos: el animal iba aplastando las ramas, dejando abierta la senda, permitiéndoles avanzar con más facilidad. Miraron al muchacho sorprendidos y admirados de su inteligencia; se daban cuenta de que a él se le ocurrían más ideas que a ellos que eran adultos.

Tras una hora de caminar, encontraron un lugar protegido cerca de la orilla del río y decidieron pasar allí la noche. Aecqu y Baqyel cortaron unas cuantas varillas de coligue* y las clavaron en tierra, equidistantes unas de otras, amarrando sus extremos con cuerdas de juncos a otras varillas que formaron el esqueleto de dos toldos. Luego extendieron, como techo, unos cueros, así también sobre el piso interior. Ocquel y Gotem recolectaron leña mientras Apo ya había comenzado a hacer fuego delante del toldo. Entretanto, la oscuridad había cabalgado sobre grandes cúmulos de nubes que no tardarían en reventar, por lo que Apo se adelantó a hacer un pequeño fogón dentro del toldo, el que encendería al momento de irse a dormir.

Baqyel sacó del morral sus pescados, los ensartó en su lanza y los puso sobre el fuego. Apo enterró en las cenizas unas cuantas papas silvestres y todos se sentaron alrededor a esperar y a compartir comentarios sobre el viaje. Reían a carcajadas recordando el episodio del “hombre de barro”.

Kon se echó un poco alejado del grupo. Los cantos de las aves se escuchaban desde todas

las direcciones, ya preparadas para dormir entre los matorrales y en las ramas de los árboles. Un rato después, Baqyel retiró los pescados del fuego y los dejó sobre una hoja de pangue, para que cada uno comiera lo que quisiera. Apo recogió también las papas, dejándolas sobre otra hoja. Baqyel, entonces, se puso en pie, y extendiendo sus brazos hacia lo alto, agradeció por todos a Olom y al espíritu del río por los alimentos. Solo entonces se dispusieron a disfrutar de la comida.

Capítulo once

Sobre el cordón montañoso y los dos imponentes volcanes, una larga faja de colores cálidos señalaba el arribo de las primeras horas del alba. Las grandes y siempre verdes hojas de los canelos y las menudas de los coigües, brillaron como cristales en el instante en que una bandada de choroyes pasaba volando en una desordenada y loca algarabía, seguidos por una pareja de triles*, que revolotearon emitiendo sus estridentes graznidos. El gonfoterio, ya despierto, recorría el entorno ramoneando gramíneas y brotes diversos. Las ranas callaron y se durmieron. En las ramas bajas se oyó el delicado llamado de los lliqui-lliqui y el canto de los chucaos*, uniéndose al de cientos de otras aves en un concierto polifónico que confirmaba la enorme variedad de estas a lo largo del cauce del río.

Apo fue el primero en abrir los ojos. Se incorporó con presteza al oír el canto de los pájaros. Una espesa neblina cubría los alrededores del improvisado campamento. Se puso en pie con cuidado, intentando no despertar a sus compañeros de ruta, y al salir del toldo, se detuvo, miró alrededor y exclamó:

–¡Gracias por este nuevo día, espíritus de Tuyitama, nuestra Madre Tierra! ¡Gracias, Tumi, por acompañarnos de noche y a ti, Olom, por no abandonarnos de día!

Respiró hondo y se dirigió directamente a saludar a su amigo Kon. Luego, regresó y buscó en su morral el atado de yesca y las ramitas de llanka-lawel recolectadas el día anterior. El muchacho, a estas alturas, era un experto en hacer fuego. No tardó mucho en conseguir unas diminutas llamas, que avivó con ramas y trozos más gruesos. Los demás viajeros despertaron cuando Apo ya tenía el fuego en pleno y se calentaba junto al fogón, sentado en una de las piedras que había dispuesto en su entorno. Ateridos, pero sonriendo, los hombres se acercaron también a espantar el frío de la mañana. Gotem apareció con media docena de huevos de pato que Aecqcu había recogido de un nido encontrado entre unos arbustos. Los dejó cuidadosamente alrededor de las brasas, tapándolos con ceniza. Ollapo extrajo de su morral unos puñados de avellanas tostadas y hongos secos, que repartió a cada uno de los compañeros de ruta.

Despacio, la luz del sol comenzó a empujar la neblina, diluyéndola, dejando a la vista el intenso verdor que los rodeaba. No pasó mucho rato para que Gotem retirara los huevos, soplara la ceniza que los cubría y los ofreciera a sus amigos. Después disfrutaron de unos cuantos hongos asados, changles*, recolectados en el suelo de los húmedos bosques de robles, y gargales*, una especie con hojas crespas que crecen en los tocones y árboles muertos. Ensartaron los hongos en un par de varillas de coligüe que pusieron sobre el fuego. Por último, el muchacho pasó de mano en mano un cuenco de madera con agua fría, de la que cada uno bebió, entretanto Ollapo les hablaba de la ruta que seguirían.

Una vez satisfechos, se dispusieron a guardar sus enseres y equipaje. Apo derramó sobre los tizones un cuenco de agua y cubrió las cenizas con tierra. Después, cada uno cogió los implementos de viaje, tomó su lugar en la fila e iniciaron la nueva jornada.

Avanzaron un par de horas abriéndose paso entre las enormes hojas de helechos ampe, pangues, quilas, ramas de calafate e imponentes coigües, hasta divisar nuevamente la ribera del gran río. De pronto detuvieron la marcha. A pesar de que la mayoría había hecho aquel camino antes, no dejaron de maravillarse ante lo que contemplaban.

El cauce del río se abría inmenso, aumentado con las aguas de los ríos y riachuelos que lo alimentaban a lo largo de su paso y que en su momento debieron vadear, buscando los lugares más bajos para cruzarlos. Apo nunca imaginó que el río pudiera llegar a tener tal anchura. Intentó distinguir la vegetación de la ribera opuesta, pero no lo logró. Apareció entonces frente a ellos un territorio plano, cuyos límites se perdían a lo lejos y del que llegaba un débil ruido, sordo y monótono. Se apresuraron a llegar a la orilla del río y cada uno tomó distintas sendas, confusos ante tanta inmensidad. Ollapo los reunió luego e instó a continuar la marcha, acompañados por aquel sonido cada vez más intenso. Entonces, al arribar a una suave loma, el muchacho y su amigo gonfoterio se detuvieron, petrificados ante lo que veían. En una amplia desembocadura del río, las aguas de este se juntaban con las del océano Pacífico, en permanente movimiento, produciendo el sonido que invadía todo el ambiente.

—¡Allí está el mar, donde duerme Olom! —le dijo Ollapo a su hijo.

—¿Ese lago inmenso es el mar?

—Sí, y agradezcamos a Olom y a los espíritus de nuestros antepasados habernos protegido hasta aquí. ¡Vamos, no esperemos más!

Los seis hombres corrieron loma abajo, seguidos del gonfoterio. Después de recuperar el aliento, caminaron sigilosos por la arena, cruzando algunas dunas, hasta llegar donde se tienden las olas. Durante unos minutos observaron en silencio la inmensidad del mar, escuchando el romper de las olas a solo unos pasos de ellos. Apo se inclinó a recoger una larga mata de cintas redondeadas, arrastrada por el agua en incesante movimiento. La levantó y mostró a sus compañeros. Gotem dijo, con aire de experto:

—¡Eso es kolloki, muchacho! —el hombre indicó el alga conocida como cochayuyo*, distinguida por sus largas hojas carnosas de color pardo verdosas. Cogió una de estas y le dio un mordisco, agregando—: ¡Bueno, muy bueno!

Apo lo imitó, y el sabor le agradó. Los otros hicieron lo mismo. Entonces Ocquel, el “hombre de barro”, que también pisaba por primera vez la costa, se quedó pensando, dio media vuelta y caminó hacia las olas seguido de Apo y Kon. Se inclinó y cogió en su mano ahuecada un poco de agua, bebiéndola de un sorbo. Al instante, con una mueca de desagrado, la escupió, haciéndolo un par de veces. Apo hizo lo mismo, pero con cautela después de haber visto a Ocquel. Apenas probó el agua se dio cuenta de su gusto salobre, pero no alcanzó a advertir a Kon. Este había sorbido varios litros de agua, la que expulsaba levantando su apéndice amenazante, al tiempo que barritaba con todas sus fuerzas. El resto del grupo, conocedor del mar, se dejó caer sobre la arena de tanto reír. Apo, acercándose a Kon, lo calmó, acariciándole la cabeza y la trompa y explicándole que esa agua no era para

beberla.

Gotem cogió entonces una mata de cochayuyo, la enrolló y amarró, guardándola en su morral. Hizo lo mismo con unos manojos de pelillo* que flotaban en la orilla. Aecqcu se acercó a unas rocas golpeadas por las olas, donde encontró un manchón de luce*, esas algas verdes con forma de hojas de lechugas crespas. Se llevó igualmente una de sus hojas a la boca, degustándola. Entonces llamó a los otros dándoles a probar y, como les gustó, las recolectaron en abundancia.

—¡Estoy seguro de que son estas las que me encargó Ayayama para la comida y sus pócimas sanadoras! —dijo Aecqcu—. Las dejaré sobre aquellas rocas para que Olom las seque.

Entretenidos en esto y sin darse cuenta, los sorprendió una gran ola que los mojó enteros e, inesperadamente, arrolló a Aecqcu. Este, desesperado, gritaba que lo ayudaran, lo que hicieron sus compañeros riendo. Aecqcu, molesto con el mar, se dirigió luego corriendo hacia donde había dejado su morral, sin dejar de refunfuñar en contra de las olas.

En la orilla, Apo caminaba recogiendo caracolas, piedras transparentes y de colores, que le encantaron por su suavidad y belleza. De trecho en trecho reía al ver a su amigo gonfoterio que arrancaba asustado cada vez que reventaba una ola.

De este modo, el muchacho, disfrutando del aire marino, del ruido de las olas, del canto y vuelo de las aves, junto con el placentero contacto de sus pies sobre la arena, llegó, sin darse cuenta, a pasos de la desembocadura del gigantesco río. Luego caminó un breve trecho hasta donde comenzaba la arena seca y se sentó a contemplar el mar. De pronto,

llamaron su atención unas aves blancas de alas negras, conocidas hoy como gaviotas dominicanas, las que descendían al sector del encuentro de las aguas dulces y saladas. Inclínaban su cuerpo, cogían ágilmente con su pico una almeja* y levantaban el vuelo en dirección a un conjunto rocoso adyacente a la playa. Desde la altura, las aves dejaban caer sus presas, cuyas conchas se rompían al impactar sobre las rocas. Entonces, con avidez, descendían y comían sus contenidos. Apo se levantó y caminó hasta muy cerca del lugar donde las gaviotas cogían las almejas, descubriendo que se veía una gran cantidad de ellas bajo el agua. Se agachó y recogió una, contemplándola por ambas caras.

—¡Se parecen a las que encuentro en el arroyo, pero estas son blancas y de concha muy dura! —exclamó el joven. Buscó una piedra y golpeó una almeja sobre otra piedra más grande, rompiendo sus gruesas valvas. Sacó el cuerpo blando del molusco y lo masticó con placer. Una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro y en el acto recolectó varias, llevándolas ansioso a enseñárselas a sus compañeros de viaje.

Estos, al reconocerlas, simulaban sorprenderse ante el hallazgo de Apo. Sin embargo, le pidieron que los condujera rápido adonde las había encontrado. El muchacho, siempre seguido de Kon, los guió al lugar, indicándoles cómo recogerlas. Luego Ollapo tomó en sus manos una de las almejas que Apo le ofreció, la observó acuciosamente por todos sus lados y, con decisión sacó de su morral una lasca de bordes afilados e intentó abrirla; forcejeó hasta que lo logró sin romper las valvas, y sacando íntegro su contenido se lo llevó a la boca sonriendo.



Los hombres llenaron sus morrales de almejas y, cuando ya no les cabían más, regresaron adonde habían levantado un improvisado campamento. Allí, entre risas y exclamaciones, comenzaron a abrir los moluscos y a degustarlos hasta quedar satisfechos. Apo, al comprobar que le habían quedado algunas en su morral, hizo lo que acostumbraba con los

choritos del arroyo en el campamento: cogió varias y las puso sobre las brasas del fuego que habían encendido un rato antes. Después de un tiempo, estas se abrieron; tomó una y, mostrándosela a los demás, la saboreó feliz. Los otros siguieron su ejemplo y pusieron al fuego todas las que aún les quedaban. Entonces, Gotem dijo:

–Iré a buscar más para cocerlas y llevarlas a nuestros hermanos cuando regresemos.

Echaron más leña al fuego y se dirigieron a recolectar más almejas. Las pusieron sobre las brasas y estas prontamente se abrieron. Sacaron fácilmente los cuerpos de los moluscos y los ensartaron en varillas de juncos. Después expusieron las cuelgas al humo, como lo hacían con los choritos de río para que se conservaran largo tiempo. Tras el arduo trabajo se tendieron a descansar, quedándose dormidos casi todos. Apo se mantuvo despierto. Sentía demasiada curiosidad y no deseaba perder detalle de ese lugar.

–Padre, si duermo un rato –dijo a Ollapo–, me quedaré sin contemplar el mar y a esas avecitas que al recogerse las olas, entran rápido a buscar alimento y luego, cuando estas vuelven, huyen con tanta rapidez que apenas se les distinguen las patitas.

El muchacho se refería a los pollitos de mar o chorlos chilenos*.

–¿Sabes qué buscan en la arena mojada?

–No, padre.

–¡Les encantan las kiki de mar!

El hombre se refería a las pulgas de mar*.

–Gotem me dio a probar una kiki esta mañana y me gustó mucho.

Ollapo sonrió, orgulloso de su hijo.

–Ahora –le dijo–, tú cuidarás de nuestro sueño, porque debemos recuperar energías para continuar con las tareas que nos faltan.

Sin embargo Apo, al poco rato, también se durmió.

Horas más tarde, y ya recuperados, los viajeros continuaron su reconocimiento de la playa y del río que desaparecía en las aguas del mar. Recogieron más algas, hojas, tallos y raíces de plantas medicinales, que serían muy apreciadas por Ayayama. Cruzando un roquedal encontraron pequeños posos secos, donde descubrieron cristales de sal, uno de los propósitos más importantes del viaje.

–¡Gracias, gracias, Olom, por este tesoro! –exclamó Aecqcu, con la vista fija en la esfera naranja que ya declinaba en su órbita diaria.

Gotem se sentó sobre una de las rocas y estirando su brazo recogió un puñado de pequeños cristales de sal, guardándolos en su morral.

–Es idéntica a la que guarda Ayayama en su toldo –comentó Apo– y que tú, padre, conseguiste por trueque con esa banda de hombres que, según dijeron, la traían desde donde el sol se tendía a descansar. ¿Recuerdas?

–Sí, pero ellos la trajeron desde muy lejos, a muchos amaneceres de aquí.

Ollapo y sus hombres habían encontrado una fuente de sal. Con esta daban sabor a los alimentos y la aplicaban en la conservación de los cueros animales, protegiéndolos de la humedad. Por ello daban incansablemente gracias al sol y al espíritu del mar, mientras buscaban entre las rocas cualquier vestigio de ella.

Desde una gran piedra, donde se sentó a descansar, Apo observó cómo las olas rompían

contra las rocas, estallando en miles de finísimas gotas embellecidas por fugaces arcoiris. De pronto vio a una avecita gris de patas largas y pico curvo. Se divirtió largo rato contemplándola correr sobre la arena húmeda.⁸

Los hombres estaban contentos. Ya habían recorrido toda el área costera en torno al delta del Maullín y, al atardecer, solo se preocuparon de buscar un lugar protegido cerca de un arroyuelo de agua dulce donde instalar su campamento y pasar la noche.

–Kon, ahora sí que puedes beber agua. Esta no es salada, es dulce, como la de nuestro estero, ¿lo recuerdas? Vamos, no tengas miedo, mira, yo la bebo y es muy buena.

El animal, seguramente al ver que su amigo la bebía y disfrutaba al hacerlo, se acercó, extendió su trompa hasta el arroyo y, tras un corto sorbo, emitió un breve gemido, al parecer aprobándola. Enseguida la bebió con ansias. Por último, caminó en derredor, donde encontró hierbas y pastos que sin duda le agradaron. Los hombres, habiendo ya instalado ambos toldos y ordenado sus bártulos, se sentaron junto al fuego, disponiéndose a comer y a conversar.

–Ahora, muchacho –dijo Baqyel, dirigiéndose a Apo–, podrás contemplar lo que jamás tus ojos han visto: el momento en que Olom se despide, dejando abierta la puerta a la noche.

Impertérritos, los monteverdinos contemplaron cómo la esfera brillante del sol bajaba hasta la línea del horizonte y comenzaba a cambiar de forma, achatándose en el polo superior e inferior, semejando un caldero. En su entorno el cielo se cubría de arboles que se extendían al infinito. Entretanto, cientos de aves pasaban volando sobre las olas, en

dirección a sus nidos o escondrijos, donde se acomodarían a dormir.

Illuminados por los últimos destellos, los viajeros iniciaron en conjunto una especie de letanía, agradeciendo la compañía del sol durante el día y todos los bienes otorgados: el fuego, la sal, los frutos de la tierra y del mar.

Tras guardar un buen rato de silencio, Ollapo comentó a su hijo:

–Allá está el gran arroyo del cielo.

–¿Lo ves? –intervino Gotem, indicando con su mano la bóveda celeste–. ¡Allá viven nuestros antepasados y todos los seres que han dejado de caminar sobre la tierra, convertidos ahora en luces brillantes!

–¿Luces?

–Sí –agregó Ollapo, retomando la afirmación de Gotem–, cuando tu cuerpo deje de respirar, esa luz brillante de tus ojos, como el fuego guardado por Olom en los leños, saldrá de ti y viajará a ese gran arroyo brillante, quedándose allí para decirnos que estará siempre con nosotros. Ese resplandor no muere jamás. Somos, hijo, seres de luz.

El muchacho se quedó pensando un instante; luego preguntó:

–Si dejo de respirar, como dices, y mi luz puede viajar a las estrellas, ¿nuestros primeros antepasados no habrán venido a la Madre Tierra, desde arriba?

–Tal vez –repuso Ollapo.

–Mi padre me contaba –dijo Aeqcu– que sus abuelos le hablaban de una época en la que Tuyitama, dividida en dos, estaba separada por las aguas del mar. Un día de ese tiempo muy remoto, según decían, las aguas bajaron de nivel, dejando a la vista un sendero entre

ambas. Entonces los hombres cruzaron a esta nueva tierra y, en pequeños grupos, comenzaron a caminar siguiendo la huella de los grandes animales en busca de alimentos. Después de mucho caminar, algunos se quedaron en distintos lugares por un tiempo, pero pronto retomaron su peregrinaje. Sin embargo, los que continuaron fueron sus hijos y los hijos de estos, pues habían pasado muchas lunas desde entonces.

–Junto a esa historia –intervino Gotem–, los abuelos también contaban que nuestros antepasados llegaron a esta tierra desde otro lado. Miren hacia el mar: pareciera que todo concluye en esa línea del horizonte, pero no es así. Más allá hay otras tierras y, al parecer, según las historias narradas por ellos, nuestros antepasados vinieron de allá.

–¿Pero cómo cruzaron ese mar? –preguntó Apo.

–¿Has visto flotar a un tronco de árbol en el río? –le respondió con otra pregunta Gotem.

–Sí, los he visto.

–Bueno, creo que ellos juntaron muchos troncos, los amarraron y sobre ellos viajaron hasta aquí.

Los hombres permanecieron en silencio, escuchando los golpes de las olas en la oscuridad. Luego, uno a uno, se dirigieron a los dos toldos provisorios, disponiéndose a descansar y a dormir. Solo se oía el sonido lejano de la rompiente sobre la playa, música nocturna a la que Apo no estaba acostumbrado.

Ollapo y su hijo se quedaron junto al fuego.

–Padre, mirando el cielo comprendo lo que de niño ustedes me contaron. Aprendí que nuestros antepasados nos acompañan, pero ahora, de verdad, no solo lo sé, sino que los

siento en mi interior. No estamos solos y no tengo miedo.

–Eso me parece muy bien, hijo. Parte de tu crecimiento consiste en conocerte a ti mismo, saber que dentro de ti hay algo de aquellos que te antecedieron y que, sin darte cuenta, siguen viviendo en ti. Somos el resultado de muchos otros, como si una interminable cuerda de juncos nos uniera. Ahora no solo tu mente lo comprende, también lo siente tu corazón. Y si miras atentamente a tu alrededor, te darás cuenta de que nada muere definitivamente, que todo se transforma y sigue viviendo. Ese saber te hace fuerte y dejas de tener miedo.

–¿El abuelo era como tú?

–¿Cómo?

–Quiero decir que si él te hablaba como tú a mí.

–Sí, también él me hablaba así. Mi padre era un hombre muy curioso, siempre dispuesto a aprender. El toldo grande es obra suya. Una vez pensó que sería mejor para todos que los toldos pequeños se unieran en uno solo, pero conservando sus divisiones. Lo pensó mucho, hasta que encontró la forma de unirlos en sus bases y en la cúspide. Desde entonces, hace muchas lunas, los construimos de esa manera, y cada vez que nos trasladamos a otro lugar, al levantar el gran toldo lo recuerdo agradecido.

–¿Crees que él aprueba que yo tenga como amigo a Kon?

–¡Sí, él está encantado!

–¿Cómo lo sabes?

–Lo siento aquí –repuso Ollapo, indicando su pecho—. Escucho su risa cuando tú andas

montado sobre Kon.

Tras una pausa, en la que el muchacho sonrió por la respuesta de su padre, aquel le preguntó:

–¿Y qué le ocurrió a mi abuelo?

–Un día, a muchos soles de aquí, salió de cacería y al poco rato cayó en un hoyo, quebrándose una pierna. Ayayama lo curó, pero él no pudo seguir caminando con facilidad. Entonces decidió quedarse en el lugar donde se hallaba con algunos de los nuestros, para que el resto siguiéramos nuestra peregrinación.

–¿Y tú lo dejaste?

–Esa fue su voluntad y la costumbre del clan. Me dijo: “Ollapo, solo me harás feliz si continúas adelante con los nuestros; ahora tú eres el guía”. Le prometí que volveríamos por él. Así lo hicimos después de un invierno y un verano, pero cuando llegamos él se había ido a una de esas estrellas. Sus compañeros me contaron que se fue feliz, porque sabía que nosotros estábamos bien.

–¡Pobre abuelo!

–No, hijo, no sientas pena por él. Mi padre vivió su vida feliz. Ya te lo dije: escucho su voz y veo sus ojos brillar de alegría al saber que su nieto se ha convertido en un hombrecito.

–¿Verdad?

–Sí. Él nos acompaña siempre.

El niño rompió intempestivamente en un llanto desconsolado, y entre lágrimas le expresó

a su padre:

–Quiero que me perdones por los malos ratos que te he hecho pasar. No me gusta que me obligues a hacer algunas cosas solo porque son parte de la costumbre de nuestro clan.

–Hijito, no, no, tranquilo. Soy yo quien debe pedirte perdón. He querido que seas como yo y no me daba cuenta de que tú eres otra persona.

El hombre dejó caer también unas lágrimas. Se levantó y abrazó a su hijo:

–Creo que este viaje –agregó– no solo te ha servido a ti, sino principalmente a tu padre. Mi mente se ha abierto y he comprendido que las cosas de los hombres no son absolutas. Que debo estar dispuesto a aprender, a cambiar mis ideas fijas, a expandir los límites y maneras de pensar, si es necesario. Bueno, bueno, ya es tarde y debes descansar. Vamos, mañana nos espera mucho por hacer. Que duermas bien, hijo.

–Igual tú.

Acomodado ya en el toldo, Apo cerró los ojos y se durmió sin darse cuenta. Al otro día le contó a su padre que su abuelo lo había visitado en sueños, y que él lo invitó a pasear montado sobre Kon. El abuelo reía tan contento que, entre sueños, escuchaba su risa mezclada con los golpes permanentes de las olas.

Capítulo doce

Tras la partida de los viajeros, la vida en Monte Verde transcurría sin sobresaltos. No era la primera vez que un grupo de sus habitantes se ausentaba para ir de cacería a los alrededores o, a veces, más lejos. En una anterior salida en dirección a los volcanes, habían regresado sanos y salvos, cargados de hierbas, de frutos, presas de caza y piedras preciosas.

Sin embargo para Keloma, este viaje en que participaba Apo era distinto a todos los anteriores. Sentía el dolor de la ausencia del hijo que por primera vez se alejaba unos días de su lado. Echaba de menos su risa y sus andanzas por el riachuelo recolectando almejas de agua dulce, piedras de variados colores y formas, entre otras sorpresas que sacaba de su morral a su llegada, y que se las mostraba en primer lugar a ella, su madrecita, como él la llamaba. Entretanto, los demás, ocupados en sus tareas diarias, no hablaban de los ausentes, aunque estos permanecían en sus pensamientos. Sin darse cuenta, dirigían a hurtadillas las miradas hacia el oeste, esperando verlos aparecer de regreso.

Tres mujeres, rodeadas de sus hijas e hijos sentados sobre un largo tronco tendido en

tierra, unían los tallos de junquillos y los trenzaban formando largas tiras de cordel. Las chicas y chicos imitaban a sus madres entre juegos y risas. Otras mujeres tejían canastillos y morrales de voqui, mientras las horas se les pasaban casi sin que se dieran cuenta de ello. Algunos jovencitos, un poco más allá del gran toldo y al linde del bosque, se ocupaban en recoger ramas y trozos de troncos de árboles, apilándolos para trasladarlos después al sector de la leña, detrás del toldo de Ayayama. Allí estarían siempre a mano para alimentar los fuegos interiores de los toldos y el de los tres grandes fogones de la explanada.

Koolik, a quien identificaban como el “hombre de las piedras”, por su conocimiento y habilidad para construir herramientas líticas, se había ganado el respeto de los demás enseñándoles a percutir y pulir las piedras, para convertirlas en boleadoras destinadas a la caza de animales mayores, y a preparar las que usarían como cuchillos. Koolik era ayudado también por los niños quienes, sentados en círculo, junto con aprender a percutirlas, desarrollaban su concentración y la paciencia.

Un día, al llegar los niños al toldo-taller, Koolik les tenía una sorpresa.

–Tomen –les dijo–, estas piedras son para que jueguen –y les pasó unas pequeñas piedras esféricas con un surco en derredor–. A estas les amarran una cuerda y practican a lanzarlas para que afinen su puntería.

–¡Unas boleadoras de juguete⁹! ¡Gracias, Koolik, gracias!– exclamaron los niños y salieron corriendo en busca de cuerdas con el propósito jugar con ellas.

Ayayama apareció caminando con Aylitumi por el sendero del bosque, hasta llegar al centro de la plaza sagrada. Allí, sobre unas piedras dispuestas en círculo, la mujer dejó

parsimoniosamente diversas hojas y ramas mientras hablaba:

–Estas, hijita –indicándole con su mano las hojas ovaladas siempre verdes y aserradas del radal*–, te serán útiles cuando alguien sufra de tos y dolencias al pecho.

–¿Y cómo deberé aplicarlas, Ayayama?

–En un mortero machacarás unas cuantas hojas, moliéndolas bien. Luego agregas un poco de agua y revuelves, dejándolas macerar un buen rato. Después la das a beber al enfermo.

La muchacha asintió con la cabeza, tomó las hojas y, al olerlas, no les encontró ningún aroma especial.

–Estas –agregó la anciana, mostrándole unas raíces de maqui– puedes usarlas para aliviar el ardor de estómago. Machacas bien las raíces en la piedra de moler y las dejas unos días al aire libre en el mortero con un poco de agua. Los rayos de Olom, la humedad de la noche y la luz de Tumi, harán su trabajo. Entonces se la das a beber al enfermo varias veces al día. La raíz del wiki –así llamaban los monteverdinos al maqui– cura las heridas internas. ¡Ah, lo olvidaba: mascar hojas de wiki mantiene los dientes sanos, no lo olvides!

–Llevaré siempre tus enseñanzas aquí, Ayayama –dijo Aylitumi, indicando su cabeza y su pecho.

–Pronto madurarán los frutos del maqui, esos que tanto nos gustan y que hacen tan bien a la salud. Además los usamos para pintarnos el cuerpo en la ceremonia de las aves. Los árboles, nuestros silenciosos hermanos, deben ser para ti, niña querida, como lo son para mí: un símbolo de la vida. Ellos representan el interminable círculo de la existencia. Nacen

de una semilla, que habiendo sido cubierta por tierra, brota y crece buscando la luz. Rompe la oscuridad subterránea elevándose y creciendo en ramas, hojas, frutos y semillas, que nuevamente caen a la tierra y así se repite el ciclo. Su vida abarca los tres mundos. Las raíces se alimentan de las riquezas de la tierra y del agua, el Mundo de Abajo. El tronco se fortalece y crece en el nivel habitado por los humanos, el Mundo Intermedio. Por último, sus flores, frutos y ramas más altas se conectan con el Mundo Superior, aquel que aspira a lo alto. Ningún otro ser abarca esos tres mundos.

–Nunca lo había pensado así, Ayayama. ¡Me maravilla saberlo! –dijo la muchacha, sonriendo con una honda felicidad.

–Por esta razón, hijita, no debemos mirar en menos a ningún hermano, sea este una planta, un árbol, un animal o un ave, desde el más pequeño al más grande, porque ellos, en humildad y otras cualidades, nos aventajan en mucho. Cada vez que arranques una hoja de un árbol, solo porque la necesites, deberás pedirle permiso al espíritu que habita en él.

El cielo estaba despejado a media mañana y se escuchó a dos chirigües* piar bellamente saltando de rama en rama, interrumpidos de vez en cuando por el inconfundible bocinazo de una pareja de bandurrias.

De pronto sobrevino un extraño silencio. Los pájaros callaron. Hombres y mujeres dejaron de trabajar. Se miraron con temor unos a otros y enseguida auscultaron el entorno, percibiendo una extraña vibración en el ambiente. Quienes estaban sentados se pusieron en pie y las mujeres llamaron apresuradas a los niños que jugaban en la ribera del estero.

Por el extremo noreste apareció un grupo de hombres desconocidos, deteniéndose ante la

vista del campamento. Los residentes continuaron en silencio en las afueras de sus toldos. Ayayama, seguida de Aylitumi, se unieron rápidamente a los suyos.

Los recién llegados escudriñaron con detención el lugar y a quienes permanecían inmóviles frente a ellos. Ockala y su clan mantuvieron un aire de recelo en sus miradas y esperaron. Largos minutos permanecieron así, inmutables. Los afuerinos, tres hombres y dos mujeres, lucían descuidados. Cargaban unos cuantos morrales y rollos de cueros sobre los hombros, y se afirmaban en sus lanzas. Se les veía desastrados, como si fueran unos viajeros fantasmales.

Ayayama los observó con minuciosidad y luego fijó la mirada en Ockala, sin decirle una palabra. Este entendió. Avanzó unos pasos hacia el grupo de los aparecidos. La anciana – según le comentó después a su hijo Ollapo– pensó en ese momento en él, imaginándolo en tierras desconocidas y, entonces, en su ser íntimo deseó que fuera bien acogido por quienes pudiera encontrar en el camino, como ella lo iba a hacer en ese momento con los recién llegados.

Ockala se acercó entonces a los visitantes. Los miró de frente y extendió cordialmente el brazo izquierdo, indicándoles un lugar alrededor del fogón, donde un trozo de carne se asaba al fuego.

Estos aceptaron la invitación en silencio. Dejaron con rapidez sus cosas en el suelo y se sentaron en los troncos del lugar. Ayayama hizo una seña a su gente para que también se acercara. Le obedecieron en silencio, colocándose frente a las visitas, sin quitarles la vista de encima. La anciana curandera, entonces, cortó trozos de carne y se los fue pasando a

Aylitumi, indicándole que se los ofreciera primero a una de las recién llegadas y luego a la otra, y después, a cada uno de los hombres, quienes los devoraron con avidez. Al final repartió carne también a su gente, expresándoles con gestos que podían tomarla ellos mismos, así como también podían hacerlo los invitados. Bastó solo esa señal para que los hambrientos caminantes se levantaran y cayeran como jotes sobre la carne. Al instante, quien lideraba el grupo los detuvo indignado. Enfrentándolos les gritó y empujó, molesto por su comportamiento, ordenándoles volver a sus puestos junto al fogón.

Entonces los anfitriones se acercaron a los fogones, cogió cada uno un trozo de carne y compartió el resto con los allegados. Nadie hablaba. Únicamente se miraban y comían. Hasta que después de un rato, una de las dos mujeres, la de más edad, se levantó y, acercándose a Ayayama, extrajo de su morral un pequeño atado de hojas que extendió entre sus manos.

–Estas son para ti –le dijo en su misma lengua.

En ese momento todos comprendieron que tenían algo en común. Aunque ni unos ni otros entendían algunas palabras, las aclaraban con ayuda de gestos. La mujer le señaló con su mano estirada que esas hojas las traían de un lugar muy lejano.

–¡Son hojas de aykito! –refiriéndose al boldo*–. ¡Un árbol que crece a varias lunas de aquí!

–Gracias –repuso la anciana.

–Si masticas estas hojas –continuó la mujer– te aliviará los dolores de estómago y también te quitará el malestar de muelas. Pero, te diré algo más: estas hojas mágicas podrán

conectarte con lo alto.

Ayayama las recibió agradecida e inmediatamente uno de los hombres recién llegados, a quien sus compañeros llamaban Hácqcher, sacó de su morral unas piedras de cuarzo y se las ofreció a Ockala. Este las examinó por todos sus lados. Agradeció con una sonrisa y las hizo pasar de mano en mano entre los suyos, provocando expresiones de admiración ante su transparencia. Con estos gestos de amistad de las visitas se rompió el hielo en ambos grupos, aminorando la tensión de los primeros momentos.

Ockala, entonces, se acercó a los afuerinos y les indicó un sector a continuación del toldo grande, donde podrían instalarse, entendiendo que sería una estadía pasajera. Los recién llegados armaron sus toldos, ordenaron sus enseres y, agotados y satisfechos por la abundante comida, se tendieron a descansar.

Los dueños de casa continuaron con sus labores diarias, pendientes, sin embargo, de los visitantes y de sus movimientos. Al atardecer, estos despertaron de su siesta y al sentir nuevamente el aroma a carne asada, se acercaron a uno de los fogones, donde un gran trozo ahumado colgaba de un asador de madera de luma. A pesar de haber logrado un acercamiento inicial, los forasteros no eran muy afables; sus rostros reflejaban hosquedad, sus miradas eran huidizas y sus actitudes los hacían parecer como a la defensiva, originando desconfianza en Ayayama y su gente.

A las visitantes les llamaron poderosamente la atención los toldos de sus anfitriones y poco a poco fueron acercándose para observarlos más de cerca. Ockala, dándose cuenta de sus intereses, los invitó a conocerlos, lo que aceptaron gustosos. Primero los guió al toldo

de Ayayama.

Los recién llegados rodearon el toldo, sorprendidos. Era distinto a los conocidos por ellos. Tenían la forma de una horquilla y la base del toldo, desde donde se levantaba el armazón de varillas que sostenían el techo y los cueros de los costados, había sido construida con una mezcla de materiales, que la dejó sólida, como si en ella se hubiera utilizado cemento.

–¿Cómo hicieron esto?

–Es simple: piedrecillas, arena del arroyo y grasa animal. Con el tiempo se endurece y queda como piedra.

Los forasteros se acercaron y palparon maravillados la base, comprobando su dureza.

–¡Nunca habíamos visto algo así! –murmuró uno de ellos.

–Etacko, nuestro constructor –dijo, Ockala–, pensó que el toldo donde guardaríamos nuestros alimentos debía estar bien protegido de la lluvia, de los insectos y de los animales. Por ello, y después de mucho pensar, se le ocurrió esto.

–¡Qué buen trabajo!

–No puedo mostrarles el interior porque, como les dije, es el toldo de Ayayama. Solo ella y su ayudante pueden entrar en él.

Los visitantes afirmaron comprenderlo con un movimiento de cabeza y caminaron por el entorno, descubriendo en el suelo, detrás del toldo, un hoyo grande.

–¿Y esto para qué es?

–Ahí arrojamos la ceniza de los fogones y los desperdicios.

Los forasteros intercambiaron miradas sorprendidas. Les asombraba la limpieza y el orden que observaban en todo el campamento.

—Aquí cada uno es responsable de mantener limpio su hogar. Lo aprendemos desde niños —agregó Etacko.

Los extraños estaban aún perplejos. Después atravesaron la plaza sagrada demarcada con piedras y fogones pequeños.

—En este lugar nos reunimos —señaló Ockala— para celebrar y agradecer a Olom, a Tuyitama, a Tumi, a las fuerzas invisibles y a nuestros antepasados.

Nuevamente los recién llegados afirmaron solo con movimientos de sus cabezas, sin preguntar nada. Dieron unos pasos más y llegaron al gran toldo. Contemplaron la enorme carpa formada por doce módulos o toldos pequeños.

—Cada toldo tiene su propio brasero para calentar y hacer en él la comida cuando el frío, la lluvia y el viento nos impiden estar afuera —agregó Ackito, el joven encargado de llevar, junto con Apo, el fuego a los fogones familiares.

—¿Y cada toldo se comunica con el otro?

—Sí, solo en caso necesario. También se puede entrar a cada toldo desde fuera.

—La estructura de estos está formada por cuatro vigas de troncos afirmadas al suelo con estacas de luma. Y a estas, ¿las ven?, las amarramos con cuerdas para sostener el armazón —concluyó Etacko, mostrando la sólida amarra.

—¡Miren! —dijo Akitala, la mujer más joven de los recién llegados—. ¡El piso de los toldos está cubierto por cueros!

—Sí —contestó Otka, la madre de Aylitumi—, ellos nos protegen del frío y la humedad.

—Y allí —agregó Ackato, mostrando uno de los toldos familiares destinados a taller— hacemos las herramientas para cazar, los utensilios de piedra y de madera, además de preparar los cueros de los animales que cazamos.

—¡Y también ahí tejemos las cuerdas!

—Tenemos aquí cuatro lugares como este para utilizar en el invierno, porque cuando hay buen tiempo trabajamos al aire libre.

Los visitantes continuaban mudos a estas alturas del recorrido.

De pronto se oyó la voz de Kakorro, el encargado de los asados en ausencia de Gotem, llamándolos a acercarse al gran fogón. Los forasteros no se hicieron de rogar. Carecían de alimentos y no habían hecho esfuerzo alguno durante el día para aprovisionarse, detalle que advirtieron los dueños de casa, aún cuando comprendían su cansancio producto del largo viaje.

Ayayama, antes de dar comienzo a la cena, se colocó en uno de los costados del fogón comunitario. Levantó los brazos y agradeció al Sol y a la Madre Tierra; siempre a ambos, pues en su visión del mundo veía el principio de la dualidad en todos los aspectos de su vida y en la de los suyos. El grupo repitió el nombre de Olom y el de la Madre Tierra, como un eco. Los visitantes hombres sonrieron disimuladamente, mirándose y murmurando algo por lo bajo, pero fueron rápidamente silenciados por una de las dos mujeres del grupo. Al no participar del ritual, Ayayama pensó que vendrían de un lugar donde no acostumbraban a agradecer a quienes les daban la vida.

–¡Ya podemos disfrutar de lo que Olom y Tuyitama nos han regalado! Lo compartiremos felices con ustedes. Nuestros padres y antepasados, que siempre nos acompañan, se sentirán agradados de que sigamos su ejemplo –concluyó Ayayama.

Los visitantes se abalanzaron entonces a cortar un buen trozo de carne asada. Daba la impresión de que no habían comido en días. Volvieron a tomar carne abundantemente. Ya más relajados y riendo por cualquier motivo, tuvieron el cuidado de dejar los huesos ordenados junto al fogón, para después, al igual que sus anfitriones, llevarlos al basurero.

Así, en torno al fuego, satisfecha el hambre, dieron rienda suelta a la conversación. Ayayama, que había conocido a numerosa gente errante en su larga vida de nómada, preguntó a los visitantes quiénes eran y de dónde venían.

–Somos –dijo Topkoc, el más joven de los tres hombres– del clan Koyilapu. Hemos recorrido por generaciones los territorios que están a gran distancia de aquí, a este y al otro lado de esas montañas.

El de más edad, Háqcher, indicó las montañas lejanas y luego dibujó una línea en el aire, moviendo su brazo hacia un punto del noreste:

–Venimos de allá –dijo–, bordeando las altas montañas. Hemos caminado muchos soles y lunas. Éramos un clan numeroso, pero la mayoría decidió quedarse un tiempo más largo en esos parajes. Algunos murieron en el camino y otros, los menos, seguimos rumbo hacia acá.

–Nuestro deseo es llegar donde duerme Kichén.

–¿Kichén...? –preguntó Otka, la madre de Aylitumi.

–¿Quién es Kichén?

–¡El que brilla de día en el cielo!

–¡Ah, Olom! ¡Para nosotros es Olom!

–¡Es el mismo, solo que con otro nombre! –concluyó Topkoc.

–Nos dijeron que allí, donde él duerme, hay abundancia de comida –explicó Háqcher.

–Así dicen –se limitó a comentar Ockala.

En ese preciso momento se oyó el canto de un chucao.

–Nada bueno me pareció el canto de ese chudek! –se dijo a sí misma Ayayema–. Es un mal augurio. Su canto indica que algo malo ocurrirá.

Katal, entusiasmado con la conversación y sin haber percibido el canto del chucao, dijo:

–Antes había muchas aves y animales para cazar. ¡Ahora los Trompas Largas casi han desaparecido!

–No sabemos qué les ha ocurrido –dijo otro–; quizás les dimos caza a todos.

–Tal vez ha sido el calor. Este último tiempo ha aumentado y derretido la nieve de los montes.

–A nosotros no nos falta nada aquí. Tenemos agua, aves y animales para cazar. En los bosques, ríos y lagunas encontramos alimentos en abundancia. Esta es una tierra generosa, a pesar de las lluvias y fríos.

Los hombres y las mujeres de la tribu Koyilapu sonrieron. Sus ojos brillaban alegres, como si hubiera cruzado por sus mentes la idea de haber llegado a las puertas del lugar que andaban buscando.

En ese instante, una de las mujeres del campamento salió corriendo del gran toldo con el rostro transfigurado, gesticulando y haciendo señas de que adentro había un olor insoportable.

Varios se pusieron rápidamente en pie y siguieron a la mujer. Ulomi, la amiga de Apo, fue la primera en entrar y recorrer el interior. Después de unos breves instantes salió muy tranquila, expresando con un gesto de sus manos no haber encontrado nada.

Ayayama, incrédula, se asomó a la entrada del toldo, arriscó su nariz y regresó diciendo:

–Creo saber de dónde proviene ese olor. ¡Sí, sí, es la presencia inconfundible de un tupik–tupik!

Los monteverdinos se referían con ese nombre al chingue*.

–¿Un tupik–tupik?

–Sí, ese animalito que para defenderse lanza un líquido terriblemente hediondo. ¡Pobre del que lo recibe!

Solo entonces unos pocos se acercaron a oler el interior del toldo, confirmando la razón del mal olor.

–Seguro que entró mientras conversábamos junto al fogón.

–Ummm. –refunfuñó Ayayama–. Esto tampoco me gusta. ¡Una segunda mala señal!

–¡Lo buscaremos con más empeño! ¡Acompañenme algunos de ustedes! –dijo Ockala a los presentes.

–Nosotros preferimos esperar aquí a ese animal. Si sale por este lado, ¡le daremos de palos con todas nuestras fuerzas! – exclamó Hákcher, tomando ubicación a la entrada del

gran toldo, seguido de los otros dos hombres del clan Koyilapu.

–¡Sí, acá lo esperaremos! ¡Ya verá como se arrepentirá de haberse encontrado con nosotros! –repuso Topkoc, el más joven de los forasteros, empuñando su lanza junto a Ayacqo, el tercero de ellos.

Los niños y las mujeres se alejaron a observar desde una distancia mayor, cerca del gran fogón.

Algunos de los dueños de casa, provistos de lanzas, piedras redondas y cuerdas en sus manos, entraron en fila india. Muy pronto se oyeron gritos al interior, como si los hombres hubiesen encontrado al animal y lo azuzaran a salir. Pero luego sobrevino un silencio, señal de que quizás no habían dado con él. Minutos después volvieron a escucharse voces y gritos, que desembocaron en un gran alboroto.

Los tres voluntarios de Koyilapu se asomaron a la entrada del toldo alongado y, en ese preciso momento, saltó sobre ellos un animalito de un poco más de medio metro de largo, de color negro y dos franjas blancas desde la frente a la cola. El intruso se agarró a uno de los hombres con sus cortas patas y fuertes uñas, resistiendo el intento del hombre de desprenderlo de su cuerpo. Al fin lo logró, lanzándolo, sin querer, sobre su compañero, que estaba a sus espaldas. Este, aterrado al no poder deshacerse del zorrillo, tropezó, arrastrando al tercero de los forasteros. Ambos cayeron al suelo, revolcándose con el animal, hasta que, finalmente, este se liberó. Se detuvo, levantó la cola y les soltó del trasero una rociada abundante de fétido líquido defensivo. Finalmente corrió en dirección contraria al arroyo y entrando en la maleza se perdió en el bosque.

Los tres forasteros se irguieron sintiendo el fuerte olor impregnado en sus cuerpos. Advirtieron que todos los demás les rehuían, alejándose lo más posible, sin poder ocultar la risa ni las carcajadas. Los afectados refunfuñaron molestos por las burlas y, entonces, Ayayama, adelantándose unos pasos les dijo:

–No se enojen. Ahora solo deben pensar en cómo se quitarán ese mal olor.

–¡Qué fácil es decir que no nos enojemos!

–Para empezar –continuó la anciana– irán al arroyo lo más lejos de aquí, allá abajo. Dejarán sus prendas en el agua, afirmadas con piedras, y luego deberán remojarlas por un par de horas. Yo iré en busca de algunas yerbas para que las refrieguen en sus cuerpos. Así se les irá esa hediondez. ¡Y ni se acerquen por acá hasta estar bien limpios!

Los dueños de casa, más las dos mujeres koyilapu, para no aumentar su enfado reían dando vuelta la cabeza. Entre tanto, los tres forasteros exclamaban entre dientes palabras y frases de indignación. Por último, comprendieron que debían acatar las instrucciones de Ayayama. Caminaron estero abajo, seguidos a cierta distancia por algunos niños, que curiosos cuchicheaban entre sí. Luego de dejar sus escasas prendas de cuero afirmadas con piedras bajo la corriente del arroyo, entraron desnudos al agua y se tendieron para que esta los cubriera totalmente, ya que ni ellos mismos soportaban el mal olor que desprendían.

–¡Apenas me libre de esta pestilencia iré en busca de ese animal y sabrá quién es Ayacqo!

–¡Olvídate de ese zorrillo! ¡No lo encontrarás tan fácilmente en el bosque!

–¡Mejor trata de que se te vaya ese olor a podrido!

–¡Tú no hueles menos!

Enfurecidos, dos de los hombres habían comenzado a darse empujones y golpes de puños.

–¡Ya, ya, tranquilos! –los separó Háqcher–. ¡Será mejor que sigan las indicaciones de la anciana!

Ambos, malhumorados, obedecieron y entonces los tres se tendieron en el arroyo, dejando solo sus cabezas fuera del agua.

Ayayama y Aylitumi regresaron con unos grandes atados de diversas hierbas recién cortadas. Desde cierta distancia, la anciana les dijo alzando la voz:

–¡Aquí les dejamos estas hierbas! ¡Deben refregarlas entre sus manos y luego hacer lo mismo por todo el cuerpo! ¡Así, miren!

Ayayama puso unos ramitas de hojas verdes entre las palmas de sus manos y las frotó con fuerza, amasándolas y restregándolas. Después, aprovechando las mismas hojas, las aplicó haciendo lo mismo en ambos brazos.

–¿Lo entendieron?

Los hombres, con el agua hasta el cuello, afirmaron con movimientos de sus cabezas. Las mujeres dejaron sobre unas piedras los atados de poleo*, matico* y paico*, y se fueron dejando el aire perfumado con esas hierbas silvestres.

De pronto la venerada curandera se detuvo, dio media vuelta y les gritó:

–¡Me olvidaba! ¡Los cueros de sus atuendos déjenlos en el agua hasta mañana! ¡Solo entonces los pondrán a secar sobre las piedras! ¡En un rato más les enviaré otras prendas!

Ambas mujeres se alejaron, dejando a los forasteros en su quehacer. La anciana y su

ayudante regresaron al gran toldo y al llegar, aquella aconsejó a quienes encontró allí, que levantaran los cueros de los toldos con el fin de ventilarlos, además de encender los braseros interiores y quemar hierbas y semillas aromáticas que ella les entregaría.

Anocheía cuando los tres malolientes visitantes regresaron a los fogones, pero ahora con sus cuerpos limpios, oliendo a aromas naturales del bosque y las praderas, además de lucir atavíos nuevos. Fueron recibidos respetuosamente, salvo por los niños, que reían evitando ser escuchados, pues intuían que eso volvería a enfurecerlos. En el fogón los esperaban unas apetitosas presas asadas de pato, acompañadas de papas silvestres cocidas en las cenizas. Forasteros y anfitriones comieron tranquilos, haciendo algunos comentarios y riendo a ratos al recordar las peripecias vividas con el chingue.

Esta inusual experiencia los hizo compartir y aumentar su mutua confianza. Charlaron intercambiando información y vivencias de los lugares recorridos, hasta que el frío de la noche los obligó a buscar refugio en sus toldos.

Capítulo trece

Cuando aún no aclaraba plenamente, cuatro de los hombres monteverdinos preparados con sus armas de caza salieron del gran toldo. Cruzaron delante de los improvisados refugios de los koyilapu y vieron que estos dormían. Sin detenerse, tomaron rumbo al valle resguardado por los dos volcanes.

Una leve claridad rosada asomó sobre el contorno oscuro del volcán Calbuco¹⁰, el que en esa época lucía un perfecto cono blanco en su cima.

Al poco rato, Ayayama, seguida de su discípula, salió de su toldo y se dirigió a la plaza sagrada. Allí levantó los brazos y con la vista fija en dirección a las montañas, habló afable y dulcemente:



–¡Bienvenida tu luz y calor, Olom! ¡No desmayes ante el afán de los vientos y las nubes!
¡Acompáñanos con todo tu esplendor desde el principio hasta el fin del día!

Miró de reojo a Aylitumi. Esta permanecía abstraída, con la vista fija en un punto lejano sobre el cordón montañoso, como si todavía no hubiera espantado del todo el sueño. Ayayama se acercó y le dijo:

–¡Niñita, despierte!

La chica reaccionó:

–¡Madrecita, madrecita, estoy despierta! Es que la belleza del amanecer me dejó sin habla, me transportó lejos y sentí tener alas, como si yo fuera un pajarito volando en dirección a Olom.

La muchacha extendió los brazos y con su rostro vuelto hacia las montañas, ya coloreadas por los primeros rayos del sol, exclamó:

–¡Bienvenida tu luz, Olom!

Ayayama, sin agregar palabra, cogió la mano de su discípula y la condujo caminando en círculo por la plaza, manteniendo el otro brazo alzado.

–Escucha, hijita. Vamos, respira hondo varias veces y siente cómo el aire y el aroma de estos primeros instantes del día inunda todo tu ser. Ahora, disponte a oír la mañana. No digas nada y camina como si no tocaras la tierra.

Después de un rato, la anciana se detuvo:

–Pequeña, ¿qué escuchaste? –le preguntó.

–Oí, Ayayama, el canto de las aves, y me pareció que ellas también agradecían a Olom por este nuevo día.

–No tengas duda de eso. Ellas son más agradecidas que nosotros y no se cansan de cantarle. ¿Qué más oíste?

–La melodía del agua saltando entre las piedras del arroyo.

–¿Y qué más?

–El murmullo de las hojas de los árboles, movidas sin cesar por el viento de la mañana. También oí sus pasos sobre la hierba, Ayayama. ¡Y mi propia respiración y el golpeteo de mi corazón!

–¡Muy bien, hijita! Pero aún debes aprender a oír más. Llegará el día en que podrás oír el latido de Tuyitama, nuestra Madre Tierra, lo que dicen los árboles y las plantas. También el sabio murmullo de nuestros antepasados y el sonido de los astros. Escuchar, escuchar y escuchar es lo más importante que debes aprender. Comprenderás mejor los pensamientos, los sentimientos, tus palabras y las de los otros.

–¡Gracias, Ayayama! –exclamó la niña, abrazándola–. ¡Mi corazón parece estallar de felicidad, como Olom en el cielo!

Ambas mujeres caminaron hacia el fogón central, donde ya ardía una fogata y en su entorno algunos niños se entretenían echándole leños para mantenerla y tomar calor.

Era ya mediodía cuando el grupo que había salido al amanecer, regresaba cargando una magnífica presa de caza. Dos de los hombres transportaban una lanza apoyada en sus hombros, de la que colgaba, amarrada de sus cuatro patas, el cuerpo de una paleolama o

schat–schat, como llamaban los monteverdinos a esos antepasados de los guanacos, los primeros camélidos americanos. El animal atrajo la atención de todos y corrieron a recibirlo, congregándose en la plaza sagrada.

No era una presa de caza común, por lo que expresaron su alegría a los cazadores. Curiosos, rodearon al animal, lo que también hicieron los forasteros. Ayayama se inclinó sobre el cuerpo de la paleolama y, pasando tierna y cariñosamente su mano por la cabeza y el largo cogote, murmuró:

–¡Gracias, hermanita schat–schat, por darnos tu cuerpo, que será alimento para nosotros! Tendrás un lugar en nuestras vidas, como la tienen todos tus hermanos animales que hoy permanecen en las alturas estrelladas. ¡Gracias te damos, padre Olom y madre Tuyitama, por haber alimentado a esta criatura para nosotros!

Los allí reunidos repitieron al unísono los agradecimientos y abrazaron a los cazadores. Después se dispusieron a quitar cuidadosamente la piel del animal y guardaron los tendones para sus amarras y herramientas de caza. Por último, cortaron y separaron las presas de carne, trasladándolas a uno de los grandes fogones. Ya todos sentados, se dispusieron a escuchar el relato de la cacería que les haría Kitcko, el contador de cuentos, quien fue uno de sus protagonistas.

–Caminábamos en dirección a la montaña de fuego –indicó con el brazo extendido el volcán de más al norte– y al llegar a una laguna cubierta de hielo, divisamos de pronto en sus orillas a dos schat–schats ramoneando la escasa hierba. Entonces ¡pongan atención! mis compañeros y el que habla nos echamos al suelo. Luego –empezó a indicar como un mimo

las acciones que relataba– nos arrastramos como lagartijas. Tres por allá y dos por acá, avanzamos rodeándolos en silencio. Cuando estuvimos a solo unos pasos, ocultos detrás de unas matas, nos levantamos con lentitud, ¿no es cierto?

–¡Sí, Kitcko, así fue!

–Entonces –prosiguió el cazador– preparamos las boleadoras y nuestras lanzas. Los schat–schats seguían allí, pastando y pastando. Solo sus orejas, erguidas, se movían de uno a otro lado. De súbito, parece que sintieron algo. ¡En ese instante doy orden de atacar! Rápidamente, y con mucho cuidado, salimos del escondite y avanzamos hasta llegar a casi unos pasos de los dos animales. Uno de estos, más ágil que el otro, huyó bordeando el lago. El que quedó, con sus patas ya enredadas en las cuerdas de la boleadora, cayó a tierra sin poder levantarse. Katal, aquí presente, lo puede atestiguar, porque fue él quien con su boleadora tumbó al animal. ¿No es cierto, amigo?

–¡Sí, sí, ocurrió tal como lo cuentas, Kitcko!

–¡Bueno, yo, entonces, que me había quedado oculto tras un matorral, corrí donde el animal y con mis puños le di tales golpes que lo noqueé!

Los espectadores estallaron en risas, imaginando al narrador dándole de puñetes al animal. En sus rostros se asomó la duda ante lo escuchado, pensando que quizás el relato era solo parte de la fecunda fantasía del cuentacuentos. Cuando los cazadores habían llegado con su presa, Ockala se dio cuenta de que seguramente el animal había sido herido en una pelea reciente con otro animal y sus hermanos monteverdinos lo habrían encontrado ya casi muerto. Ockala había guardado silencio para no frustrarles la celebración y oír qué

historia iban a contar.

Una hora más tarde se dispusieron a comer junto con los forasteros, quienes habían dedicado el día a descansar y a observar el movimiento de los dueños de casa. Saciaron otra vez su hambre, recibiendo las generosas atenciones de sus anfitriones. Comieron y disfrutaron hasta bien avanzada la noche, retirándose a sus toldos a descansar presionados solo por las oleadas de viento helado que habían comenzado a golpearlos cada vez con mayor intensidad.

Capítulo catorce

En esa segunda noche en que pernoctarían en el campamento, los hombres de Koyilapu, después de recogerse en sus improvisados toldos, simulaban disponerse a dormir. Esperaron un par de horas, atentos a los movimientos en el gran toldo, y cuando comprobaron que ya todos dormían, pues apenas percibían unas débiles llamas en algunos braseros interiores, se pusieron en pie y recogieron silenciosamente sus escasos enseres. Desarmaron luego sus toldos y, en puntillas, cruzaron delante de los tres grandes fogones apagados, tomando la senda del toldo de Ayayama. El líder de los forasteros, Háqcher, indicó a las dos mujeres que continuaran hasta el punto acordado y a los dos hombres, que esperaran. Enseguida entró al toldo.

Decoraba la noche una luna llena, que esclarecía las ramas altas de los árboles, entraba en los claros de los tupidos bosques y cubría con una alfombra de pálida luz las pampas, los volcanes y el cauce del arroyo Chinchihuapi.

A los pocos minutos, Háqcher salió del toldo de Ayamama con un buen trozo de carne

ahumada y lo pasó a sus compañeros, advirtiéndoles nuevamente con gestos que guardaran silencio; luego, volvió a entrar. Entretanto, Topkoc, cargando la carne, caminó hasta el inicio de la salida oeste del campamento, donde esperaban las dos mujeres.

Volvió a salir Háqcher con un trozo más grande de carne. Lo pasó a Ayacqo, el segundo hombre, y regresó otra vez al interior del toldo. Entonces Topkoc, ya de vuelta e impaciente ante la demora de su jefe, entró al toldo. Háqcher, al verlo, se enfureció, pero se contuvo para no despertar a la anciana y la joven ayudante. Topkoc intentó acercarse al rincón donde había divisado unos rollos de cueros pero, sin quererlo, pasó a llevar un pie de la anciana, despertándola. Háqcher, al darse cuenta de ello, se apresuró a hacerla callar, tapándole primero la boca con la mano y luego, utilizando una tira de cuero que encontró colgada, se la tapó nuevamente, anudando la tira a la nuca de la mujer. Después la ayudó a ponerse en pie, le amarró las manos a la espalda y, empujándola fuera, la llevó donde esperaba el otro hombre. Volvió rápidamente al interior del toldo y al darse cuenta de que la otra mujer comenzaba a despertar, decidió llevarse a ambas, para que no alertaran a su gente. Puso otra tira de cuero en la boca de Aylitumi, la amarró y salió tras Topkoc, que cargaba un buen atado de cueros, además de unos morrales con frutos.

Ya todos juntos y habiendo reunido lo más que pudieron cargar, tomaron el sendero del bosque y desaparecieron pronto en la oscuridad.

Ackitala, la más joven de las forasteras, le preguntó a Háqcher, indicando a la anciana:

—¿Por qué la trajiste si apenas puede caminar?

—¿Qué querías? Topkoc, con su torpeza, despertó a la anciana. ¿Qué iba a hacer? ¿Esperar

a que llamara a su gente y se nos vinieran todos encima?

–No podremos avanzar mucho con ella.

–Tranquila, Ackitala. No le haremos daño. Te lo prometo. La dejaremos abandonada por ahí, en cuanto estemos lo suficientemente lejos para que nos sigan.

La joven se calmó y siguieron caminando iluminados por la claridad lunar. Tras avanzar cerca de una hora, Ayayama dio señales de agotamiento. Entonces Ockata, la mujer mayor del clan Koyilapu, exclamó:

–Descansemos un rato: la anciana ya no se sostiene en pie.

–¡Sigamos! –insistió Háqcher.

–¡Le prometiste a Ackitala no hacer daño a la anciana! Ella no puede seguir así –le replicó la mujer.

El hombre, sin escucharla, tomó a Ayayama de un brazo y la instó a seguir. Pero la anciana, luego de unos pasos tambaleantes, cayó al suelo. Entonces Háqcher, reprimiendo su rabia, comprendió refunfuñando que debían detenerse y descansar.

Dejaron los bultos en un claro rodeado de árboles grandes y secos. Parecía un lugar fantasmal. Con las cuerdas que habían sustraído, Tokpoc amarró a las dos cautivas al tronco de un árbol hua–huan. Ackitala y Ockata se acercaron a ellas y en un cuenco de madera les dieron agua con delicadeza y cariño. Ayacqo hizo fuego, mientras los otros dos hombres sonreían burlándose de las rehenes. El humo de la fogata comenzó a subir y a sobrepasar la copa de los árboles en momentos en que el sol ascendía entre los dos volcanes, despertando a todos los seres vivientes del valle.

Capítulo quince

Apo, montado a horcajadas sobre el espinazo del gonfoterio, camino ya de regreso al hogar, iba seguido en fila india por los hombres de la expedición. Arribaron a la cima de un monte, donde se detuvieron a descansar, contemplando desde la altura el extenso valle verde del río Maullín, rematado por sus dos majestuosos volcanes. De pronto, a la distancia, repararon en una débil columna de humo que se elevaba sobre las copas de una arboleda.

—¡Miren, allá está nuestro campamento! —exclamó Aecqcu, masticando como siempre un trozo de nalca.

—¡No, esperen! ¡Ese no es el humo de nuestros fogones! Fíjense bien: se eleva desde otro lugar. Nuestro campamento está más allá, en dirección a la montaña de fuego de la derecha —argumentó Ollapo.

—Tienes razón —afirmó Gotem—; aquel humo surge cerca del gran río.

—¡Vamos a ver! Si seguimos el mismo sendero que ya recorrimos, llegaremos allá.

Así lo hicieron. Los hombres ahora caminaban rápido al no llevar peso sobre sus hombros: la carga iba repartida sobre los costados del gonfoterio. Pasado un buen rato, la columna de humo había casi desaparecido, pero Gotem tenía en su memoria el punto exacto donde la había visto: un pequeño claro rodeado de un grupo de árboles de ulmo, en el extremo de una pronunciada vuelta del río. Detuvieron entonces la marcha y Aecqcu propuso que formaran un grupo de avanzada, para acercarse lo más posible sin ser descubiertos, pues ignoraban a quiénes podrían encontrar. Los hombres estuvieron de acuerdo.

—Ocquel, Apo y Kon nos esperarán aquí —ordenó Ollapo—. Los demás iremos a explorar.

Sigilosamente, el grupo avanzó ocultándose en la espesa vegetación, hasta llegar muy cerca del origen del humo. Aecqcu, sorprendido y controlándose para no ser descubierto, exclamó en voz baja:

—¡Ayayama y Aylitumi amarradas a un árbol!

—¿Qué dices...? —preguntó asombrado Ollapo.

—Mira allí. Ayayama y Aylitumi están cautivas de esos hombres.

—Sí, sí, son ellas.

—¡Silencio! Los extraños parecen ser tres hombres y dos mujeres.

—¡Vamos a rescatarlas! —exclamó en sordina Gotem.

—¡No, no! ¡Esperen! Pensemos un momento —interrumpió Ollapo.

—No hay nada que pensar —insistió Gotem.

—Propongo regresar donde Apo y Ocquel para que planifiquemos juntos el rescate.

–Estoy de acuerdo, es lo mejor –opinó Baqyel.

Aecqcu y Gotem refunfuñaron molestos. No deseaban esperar, pero terminaron aceptando la idea de Ollapo y regresaron donde sus compañeros de viaje. En el breve tiempo que les significó desandar el camino, Ollapo pensaba en algún plan seguro para rescatar a las dos mujeres. Cuando llegaron, Apo se adelantó preguntando ansioso de qué se trataba.

–¡Unos desconocidos han raptado a Ayayama y Aylitumi!

–¿Qué?

–Tranquilo. Ellas, al parecer, están bien, pero no sabemos más. Solo tenemos claro que debemos rescatarlas. Escuchen, se me ha ocurrido un plan. ¡Pongan atención!

Los hombres se sentaron sobre la hierba rodeando al padre del muchacho.

–Todos participarán en esta misión –señaló Ollapo–, incluso Trompa Larga.

–¿Pero cómo lo haremos? –interrumpió Apo.

El padre del muchacho explicó su plan, permitiendo que los demás lo discutieran o aportaran ideas. Al concluir, se levantó:

–¿Están todos de acuerdo –preguntó.

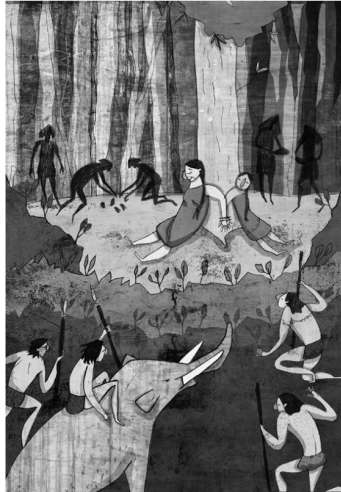
Los hombres movieron afirmativamente sus cabezas.

–¡Entonces vamos y no perdamos tiempo!

Apo se acercó a Kon y dándole unos golpecitos suaves en el lomo, hasta donde alcanzaba con su brazo, le indicó que él subiría sobre su espinazo. Dos de los hombres lo alzaron sobre el animal e inmediatamente este comenzó a avanzar seguido de los demás,

preparados con sus lanzas, boleadoras y piedras esféricas.

Los hombres de Koyilapu estaban comiendo alrededor del fuego y lo hacían con tanta concentración y ansiedad, que no se dieron cuenta del instante en que apareció a sus espaldas un jovencito montado sobre un gonfoterio. A Aylitumi, al reconocer a Apo, se le iluminó el rostro, pero su amigo le hizo un rápido gesto para que guardara silencio. La muchacha asintió con la cabeza y en voz baja tranquilizó a la anciana, diciéndole al oído que no desmayara porque habían venido a salvarlas.



Ollapo y sus hombres ya no estaban detrás del animal. Se habían esparcido rodeando silenciosamente el lugar. Entonces, a una seña de Apo, el animal levantó su trompa y barritó tan fuerte que paralizó a los raptores. Estos giraron el cuerpo y sus ojos desorbitados expresaron espanto e incredulidad ante lo que veían. Se levantaron tiesos, dejando caer los trozos de carne que sostenían en sus manos, sin atinar a nada. El chico incitó a Kon para que avanzara, aterrorizándolos. En ese segundo apareció Ollapo y sus compañeros por diversos lados, agarrando a los de Koyilapu por la espalda y el cuello, empujándolos al suelo y amarrando sus manos. Como aún se resistían, recibieron contundentes golpes de palos, hasta quedar totalmente neutralizados. Las dos mujeres koyilapu no opusieron resistencia y se quedaron quietas, sin intentar huir ni hablar. Ollapo y Aecqcu corrieron donde Ayayama y Aylitumi, las que sonreían complacidas y orgullosas de sus salvadores. Aecqcu soltó las amarras de su hija y la muchacha abrazó alegremente a su padre. Ollapo liberó y ayudó a levantarse a Ayayama, que con mucha dificultad logró ponerse en pie.

Gotem, haciendo uso de su enorme fuerza, colocó a los prisioneros de espaldas, uno junto a otro, y Ocquel los amarró en un solo atado, dejándolos inmovilizados como un manojo de juncos.

Bacyel, acercándose a Ollapo, extendió los brazos y le mostró un cuero de gonfoterio encontrado entre los bártulos de los prisioneros.

—¡Mira, mira bien, Ollapo!

Este tomó el cuero entre sus manos y concluyó:

–¡Es de los nuestros! Lo reconozco porque así de bien curtidos los dejamos nosotros! Obsérvalo, Ocquel.

El experto en la preparación de cueros lo examinó y fue tajante:

–¡Sí, es de los nuestros, no hay duda!

Gotem, revisando los bultos de los recién capturados, encontró un gran trozo de carne ahumada, junto a hierbas, cuerdas y frutos secos:

–¡Miren lo que guardaban en sus morrales!

Los monterverdinos se indignaron y en actitud desafiante y decidida quisieron vengarse en el acto, pero Ollapo los detuvo:

–¡Tranquilos, hermanos! ¡No nos dejemos llevar por la ira o la venganza! Ya pensaremos en el castigo que recibirán. Por ahora necesitamos saber de nuestra gente en el campamento. Cuéntanos, querida Aylitumi, qué ocurrió; pero, en primer lugar, cómo están todos.

Los seis hombres se dispusieron a escuchar a la muchacha.

–Nuestros hermanos están todos bien. Estos hombres y esas dos mujeres aparecieron en el campamento al día siguiente de la partida de ustedes. Los acogimos como siempre hemos tratado a los viajeros, pero ellos, después de recibir las atenciones acostumbradas, aprovechando la oscuridad de la noche y mientras dormíamos, entraron al toldo sagrado a robar nuestras provisiones. Pero uno de ellos, al pasar a llevar a Ayayama, la despertó, y el hombre la amordazó y amarró. Lo mismo hizo conmigo, obligándonos a venir con ellos.

¡Abusaron de nuestra hospitalidad y confianza!

–Si ustedes –balbució Ayayama– no nos encuentran, nuestro destino habría sido muy distinto en manos de estos salvajes. ¡El espíritu de nuestros antepasados guió sus pasos hasta nosotras!

Ollapo se acercó a los hombres de Koyilapu y los observó de arriba abajo, sin dejar de percibir sus hoscas miradas.

–¡Ustedes no merecen vivir después de haber hecho esto! –exclamó Baqyel.

–¡Serán castigados con nuestras propias manos! –aseguró Aecqu.

–¡Ni un animal actuaría de esa manera! ¡Y allí tienen la prueba –habló Ocquel, señalando al gonfoterio–, porque él es un ejemplo para muchos de nosotros!

–Por su aspecto y manera de actuar –intervino Ollapo– estos seguramente fueron expulsados de su clan a causa de sus malas acciones. –Y dirigiéndose a los cautivos, los enfrentó–: ¡Lo que hicieron a nuestra gente no tiene nombre! ¡No se paga así la generosidad y la hospitalidad! ¡Ustedes son unos salvajes y unos zánganos, viven del trabajo de otros!

–¡Déjamelos a mí, Ollapo! ¡Gustoso les daré su merecido! –exclamó Gotem, dirigiéndose a los cautivos.

–Espera, hijo –habló con voz suave Ayayama–, debo informarte que esas dos mujeres no son de la calaña de estos. Ellas se preocuparon de nosotras y nos atendieron. Te ruego que no las castigues.

–Acogeré en mi corazón tus justas palabras, madrecita.

Los demás entonces gritaron:

–¡Que mueran todos! ¡Merecen el peor de los castigos!

Ollapo, acompañando sus palabras con un gesto, los llamó a la calma:

–No está en nuestras manos quitar la vida a unos hermanos, aunque estos sean unos descarriados y no merezcan vivir por lo que han hecho. Creo que el peor castigo para ellos será dejarlos ir sin nada, con las manos vacías. ¡No se atreverán a volver por estos lados!

–¡Pero Ollapo, eso es un premio!

–¡No, Ockata, para ellos será un castigo! Tú sabes bien que en estas tierras no es fácil sobrevivir si no te esfuerzas. Lo que hicieron con los nuestros no fue por necesidad, sino porque están acostumbrados a vivir del trabajo de otros. Seguramente ya han robado muchas veces, por eso deambulan y nadie los acoge. Caminan a la deriva, aprovechándose y hurtando los frutos del esfuerzo ajeno –y dirigiéndose a los cautivos les gritó–: ¡Ustedes merecen el peor castigo, sin embargo, los dejaremos ir! ¡Pero lo harán con las manos vacías y por aquella ruta, sin volver jamás a pisar estas tierras!

Ockata, la mujer de más edad de los Koyilapu, con una voz casi inaudible le habló a Ollapo:

–Te ruego que no nos envíes con ellos.

–¿Por qué no?

–Nos tratan mal. Nos golpean, son irrespetuosos con nosotras y debemos servirles en todo. Jamás hemos sido tratadas como ustedes lo hacen con sus mujeres, con respeto y consideración. ¡Por favor, no queremos ir con ellos!

–Y entonces, ¿qué van a hacer?

–Nosotras somos fuertes y trabajadoras –agregó Akitala, la más joven–. Quizás podamos regresar a nuestro clan, aunque esté muy lejos.

Ayayama, dirigiéndose entonces a Ollapo y demás monteverdinos, les dijo:

–Ellas podrían quedarse un tiempo con nosotros. Cuando continuemos nuestro interminable caminar, tal vez encuentren a su gente y se queden con esta.

Ollapo guardó silencio unos segundos. Luego miró a sus hombres y estos, adivinando su pregunta, le respondieron con un movimiento afirmativo de cabeza. Entonces, dirigiéndose a las dos mujeres, les dijo:

–Está decidido: vuelven con nosotros a nuestro campamento.

A las cautivas se les iluminó el rostro de felicidad. Sonrieron y bajaron la cabeza, demostrando humildad y agradecimiento.

Ollapo centró su mirada en los tres hombres kiyalapu amarrados e inmóviles, se acercó y les habló:

–¡Está decidido! No les quitaremos la vida porque ello no sería un castigo. Y si lo hiciéramos, nos mataríamos a nosotros mismos, pues esa acción nos perseguiría siempre. Vamos a soltar sus amarras y los dejaremos ir solo con lo puesto. Tengan presente que somos generosos. Podríamos liberarlos desnudos, sin nada, pero mañana el frío ya los habría hecho morir. ¡Vamos, comiencen a caminar sin detenerse!

Los hombres, libres de las amarras y despojados de todos sus enseres y armas, comenzaron a correr desordenadamente, hasta desaparecer en el bosque, acompañados por

las carcajadas de sus captores.

–¡Bien, retomemos el camino a nuestro campamento! Apo, hijo, ¿puedes pedirle a Kon que lleve sobre su lomo a Ayayama, porque a ella se le hace muy difícil caminar?

–Sí, padre. ¡Kon lo hará con gusto!

–Entonces no nos demoremos más, pues los nuestros estarán angustiados por la desaparición de Ayayama y de Aylitumi. ¡Vamos, apuremos el tranco!

La caravana se puso en movimiento. En el rostro de los hombres se reflejaba la alegría de haber salvado a dos de sus queridas mujeres, junto con la tranquilidad y plenitud de sus espíritus por haber hecho justicia sin manchar sus manos con sangre de hermanos.

Capítulo dieciséis

Ya atardecía cuando la caravana apareció en la senda oeste que conducía al campamento de Monte Verde. Ockala se adelantó a las mujeres, hombres y niños que salían a su encuentro, manifestándoles su alegría al identificar entre ellos a Ayayama y Aylitumi.

–¡Bienvenidos! –exclamaba Ockala–. ¡Damos gracias a Olom y a nuestros antepasados por su regreso, así como también por ver a Ayayama y a Aylitumi sanas y salvas! No esperábamos tener la dicha de tenerlas nuevamente con nosotros.

Ulomi, con el alma rebotante y su corazón acelerado de emoción, corrió al encuentro de su amigo Apo, quien se acercaba caminando junto a Kon. El muchacho, al divisarla, apuró el paso y cuando estuvo junto a ella la abrazó emocionado. Después sacó de su morral algo que mantuvo en su puño cerrado unos instantes y le dijo:

–Ulomi, esto es para ti. Lo encontré en la playa de un gran lago salado llamado mar –abrió su mano y le entregó unas pequeñas caracolas y algunas piedras de variados tonos.

–¡Apo, gracias, gracias, son muy hermosas!

La niña examinó una a una las piedras y caracolas, maravillándose de su suavidad y belleza. Entonces, sorprendentemente, dio un beso en la mejilla al muchacho, despertando en él una sonrisa de satisfacción y cariño.

Los demás rodearon al gonfoterio, que traía sentada sobre el espinazo a Ayayama. La saludaban y le expresaban su cariño repitiendo su nombre una y otra vez.

Otká, la madre de Aylitumi, fuera de sí y con el rostro transformado en dos cascadas de lágrimas, abrazó a su hija repetidas veces, cubriendo de besos sus manos y rostro. Luego palpó sus brazos para convencerse de que era su hija quien estaba frente a ella.

–Y a mí, ¿no me bajarán? –gritó Ayayama, sentada aún sobre el gonfoterio.

Unos cuantos hombres se apresuraron a ayudar a Ayayama. Levantándola con cuidado, la dejaron sentada en un gran cuero extendido rápidamente por Etacko junto a uno de los fogones.

–Ayayama, madrecita, mi corazón se inunda de colores al verte –le dijo Ulomi, con lágrimas en los ojos.

–Nosotros te seguiremos cuidando, viejita linda, como si fueras una piedra preciosa –agregó sonriendo el contador de cuentos.

–¡Ya, ya, déjense de zalamerías y atiendan a esos hombres que vienen cansados! –replicó la anciana.

Estos ya habían descolgado los morrales amarrados a ambos costados del animal y los abrieron presurosos. Fueron sacando de uno en uno el apreciado contenido, nombrándolo y haciéndolo pasar de mano en mano, pues estaba destinado a todo el clan. Cochayuyo,

luche, pelillo, sargazo*, chupones, almejas, choritos, caracoles, sal, hierbas y frutos silvestres, que dejaban sobre el cuero junto a Ayayama.

–Todo esto para que tú, Ayayama, lo guardes en el toldo sagrado y lo repartas después, como siempre lo has hecho.

La anciana sonrió dulcemente, agradeciendo en silencio.

Ockala, dirigiéndose entonces a los recién llegados, les dijo:

–No imaginan nuestra angustia cuando nos dimos cuenta de la desaparición de Ayayama y de Aylitumi.

–Al descubrir la ausencia de los extraños –agregó Koolik–, comprendimos que solo ellos podían ser los causantes de todo.

Ollapo narró a continuación cómo encontraron y liberaron a Aylitumi y a Ayayama. Los oyentes quedaron impresionados por el relato, el que finalizó con estas palabras:

–Debo reconocer que el héroe de este peligroso rescate fue el cachorro Trompa Larga. A él le debemos que todo resultara más sencillo y tuviera un final feliz.

Los presentes irrumpieron en exclamaciones y golpes de piedras, acercándose al gonfoterio para manifestarle su agradecimiento con gestos cariñosos sobre su trompa y sus costados. Algunos corrieron a cortar un buen atado de brotes de quila y otras gramíneas que agradaban al animal, para hacerlo sentir parte de su clan.

Más tarde todos se trasladaron a la plaza sagrada, donde agradecieron a Olom y a los espíritus ancestrales el haberles permitido reencontrarse. Después dedicaron el resto de la tarde a disfrutar de las exquisiteces traídas del viaje y la bendición de estar vivos,

olvidando los pasados momentos difíciles. A unos pasos, Kon degustaba los brotes de quila.

Ayayama fue recuperándose poco a poco gracias a los atentos cuidados de su discípula. Esta, al mismo tiempo y en todo momento, aprovechaba de aprender de la experiencia de su maestra.

De este modo, durante los siguientes meses la existencia del clan transcurrió sin sobresaltos. De los malhechores del clan Koyilapu no volvieron a tener noticias. Sus dos mujeres fueron bien acogidas por todos, aprendieron rápido las tareas y responsabilidades que les asignaron y se adaptaron contentas a su nueva vida.

Con la llegada de la primavera, florecieron los grandes árboles de luma, cubriéndose de sus pequeñas, aromáticas y delicadas flores blancas. También los ciruelillos o notros* encendieron sus intensas flores ígneas; coloreando el entorno; los michay, de flores anaranjadas; los ulmos iluminados de flores albas reventaron pronto en frutos muy apreciados por los monteverdinos, haciendo del verano una estación muy benigna y provechosa para sus vidas. Recolectaron papas, frutillas silvestres, dihueñes* y maqui en abundancia, así también como avellanas, cauchao y chupones para consumir y guardar.

Una tarde, Ayayama se acercó a Ollapo y le habló con la naturalidad y ternura de siempre:

–Hijo, he recibido en sueños una señal de mis queridos antepasados. Todo indica que tendremos un invierno muy crudo. Interminables lluvias nos depararán los cielos. Ríos y arroyos aumentarán peligrosamente su caudal. Soplarán vientos tan fuertes que nos

impedirán sostenernos en pie. Caerán rayos sobre la tierra y las montañas expulsarán fuego, cenizas y rocas que harán peligrar nuestras vidas.

–¡Qué malas noticias, madrecita! Tendremos que abandonar nuestro refugio y buscar otro más allá –indicó hacia el norte–. Si nuestros antepasados te lo han comunicado a través del sueño, no hay duda de que así será.

El inicio del otoño fue muy frío. Fuertes ventoleras y cielos cubiertos vaticinaron efectivamente un invierno de intensas lluvias, que inquietaron a Ollapo. Entonces, unos días más tarde y aprovechando que todos estaban reunidos en torno a uno de los fogones, dijo:

–Hermanos, el espíritu de nuestros antepasados advirtió a Ayayama que tendremos un invierno demasiado crudo; vientos y lluvias interminables pondrán en peligro nuestras vidas. Debemos abandonar este lugar.

–Pero, padre, ¿por qué? ¡Aquí tenemos todo lo que necesitamos para vivir!

–Eso es cierto, hijo, pero el sueño de Ayayama es claro y no podemos ignorarlo. Nuestros antepasados nos han advertido y ellos, más sabios que nosotros, nos indican que debemos partir, como lo hemos hecho toda la vida.

–Llevaremos a Kon, ¿verdad?

–Él ya es parte del clan ¿o no?

–¡Sí! –exclamó el chico, dando un salto de alegría.

–Ollapo, hijo –le habló Ayayama–, debo comunicarte algo que he decidido en estos días.

–Te escucho, madrecita.

–Esta vez no iré con ustedes. Me quedaré aquí y aguardaré a que vuelvan. ¡Estoy cansada de ir de un lugar a otro!

–¡Pero te necesitamos, Ayayama! –exclamó Aeqcu.

–No, no, ya no me necesitan. Tu hijita ahora está preparada para reemplazarme. Sabe todo acerca de las hierbas, los frutos, los cantos y formas de comunicarse con los espíritus de Tuyitami, nuestra Madre Tierra, los de más arriba y los de más abajo.

–Pero, abuela, ¿cómo te vas a quedar aquí, sola? –intervino Apo, sin comprender la decisión de la anciana.

–No me quedaré sola, hijito. Mis padres y nuestros antepasados me acompañarán. Ellos están en todo lo que nos rodea. Están aquí, ¿no los sientes? Sí, sí, no me moveré de este lugar, y un día o una noche nos volveremos a encontrar, aquí o en el cielo estrellado.

–Lo que pide Ayayama, hermanos, es costumbre del clan desde el principio de los tiempos –agregó Ollapo y continuó–: Siento mi corazón encogido, pero, aunque mi espíritu se resista, debo respetar su voluntad y aceptar que así ha ocurrido con nuestros padres y abuelos. Ellos, al hacerlo, se sintieron felices, porque con su sacrificio permitieron a sus descendientes continuar su camino. Es algo que debemos aprender. Algún día habremos de tomar la misma decisión.

Ollapo se acercó a la anciana y la abrazó, diciéndole al oído:

–¡Te quiero, madrecita!

Y esta le replicó, también en un susurro:

–Aunque no eres hijo de mi carne, lo eres de mi espíritu. La carne se fundirá con la tierra

y el agua, en cambio la luz de tu espíritu permanecerá. Tú y yo estamos unidos como la tierra al cielo, como Olom a Tumi. Yo también te quiero, hijo.

Los integrantes del clan, de uno en uno, se acercaron y la abrazaron. Después, dirigiéndose en silencio a sus toldos, se acomodaron e hicieron esfuerzos por dormir.

Temprano, al día siguiente, ya estaban preparados para partir, llevando lo esencial para el camino. Algunos alimentos, herramientas y objetos útiles para su vida errante. Ayayama los despidió en una breve ceremonia sagrada. Sin tristeza ni dolor, por el contrario, plena de paz y plenitud, los observaba alejándose de ella en dirección a las montañas.

Permaneció sentada junto a uno de los grandes fogones encendidos. Desde allí, contempló alejarse la caravana. Ya sola, puso atención al canto de las aguas del estero y al susurro de las hojas de los árboles, que le pareció que deseaban hablarle. En segundos pasaron por su mente imágenes felices de su clan en el campamento, escuchó sus risas y cantos. Cuando creyó que ellos habían desaparecido y estaba totalmente sola, giró la cabeza en dirección a la senda por donde habían partido y, de pronto, reparó en que Apo regresaba montado sobre Trompa Larga. Creyó que era solo su imaginación. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, vio nuevamente al muchacho, ahora solo a unos pasos del gran fogón. Lo sintió bajar del animal y escuchó su voz:

–¡Abuela Ayayama, no puedo irme sin ti! Mientras caminaba sentí como si mi corazón se cayera a pedazos –el jovencito no soportó más y se echó a llorar en el regazo de la anciana.

– Pero, hijito, yo estaré bien.

–¡No, no! ¿Cómo vas a estar bien si te quedarás sola, sin nadie que se preocupe de ti si

necesitas algo? ¡Nadie con quien conversar! ¡No, no, abuela, no te dejaré aquí!

–Mi pequeñito, no me hagas llorar a mí también. Tú ya me ves: cada día se me hace más difícil caminar.

–Abuela, mi amigo Kon se negaba también a partir, se detenía una y otra vez dando vuelta la cabeza para mirarte. ¡Yo creo que él tampoco desea que te quedes!

–¡Qué amiguito tan especial tiene mi niño!

–Ya no tendrás que caminar, Ayayama. Él te llevará con nosotros.

–Pero ya lo decidí, mi pequeño.

–¡Mi vida no será la misma, abuela! Piensa: llevaré durante toda mi existencia el dolor de haberte dejado sola, sabiendo que podías venir con nosotros. Olom y nuestros antepasados por algo pusieron en mi camino a Kon, y ahora comprendo que fue por razones buenas. ¡Y una de esas razones eres tú!

La anciana no soportó más y dejó correr sus lágrimas de emoción; las palabras de su nieto habían tocado su corazón.

–¡Quiero seguir creciendo y aprendiendo contigo a mi lado, Ayayama! Tienes tanto que enseñarnos aún y nosotros tantas alegrías que darte. Si lo han hecho siempre así en el clan, es tiempo de romper esa costumbre. Por favor, abuela, ven con nosotros. Kon te llevará feliz, ¿verdad, amigo?

El animal, como si comprendiera cada palabra del muchacho, asintió moviendo su trompa, barritando con dulzura.

–¿Lo viste y escuchaste, Ayayama?

La mujer tomó las manos de Apo y mirándolo a los ojos, le dijo:
–¡Tú has ganado, chiquillo! ¡Tú has ganado! Me has hecho sentir que soy importante para ti. ¡Estoy dispuesta a romper con la costumbre e iré montada sobre Kon!
–¡Bravo, abuela! ¡Te quiero!
–¡Yo también te quiero, mi niño!
–Acompáñame a buscar mis pocas cosas al toldo.

Así lo hicieron. En unos morrales que Apo unió con una cuerda de juncos, la anciana puso sus pertenencias, especialmente hierbas medicinales, que las valoraba como un tesoro. Atravesaron la plaza sagrada y llegaron donde el gonfoterio esperaba junto a uno de los tres fogones grandes, en cuya cercanía estaba el tronco usado como asiento. Apo cargó los morrales de Ayayama, colgándolos uno a cada costado del animal. Y enseguida ayudó subir al tronco a la anciana y de allí al espinazo de Kon. Cuando ya estaba cómodamente sentada, el muchacho bajó del tronco, cayendo en una zona del suelo donde se había formado abundante barro. Con dificultad sacó sus pies y observó que sus huellas habían quedado claramente marcadas. Miró a la abuela y riendo le comentó:

–¡Mira, mis huellas quedaron aquí! Tal vez algún día alguien las encuentre, si es que el agua no las borra.

–No te preocupes, hijito, tu paso por aquí y el de todos nosotros, ya lo conocen los nuestros que habitan las estrellas.

–Tienes razón, abuela. Pero vamos ya, que los demás estarán impacientes.

Se adelantó para guiar al gonfoterio. Los viajeros se habían detenido para esperarlo.

Cuando divisaron a Ayayama sentada sobre Kon y a Apo caminando junto a él, comenzaron a gritar de alegría y los hombres a blandir sus lanzas. Corrieron a encontrar a Ayayama para manifestarle su cariño. Ulomi, sin que nadie se diera cuenta, se acercó a Apo y tomándolo de la mano, se sintió orgullosa a su lado. Después todos se pusieron en marcha.

Tal como lo vaticinó Ayayama, aquel invierno fue muy crudo, trajo intensas y largas lluvias, que hicieron aumentar el caudal del arroyo, inundando lentamente toda la terraza que había sido ocupada por el campamento. Al acabar las lluvias, bajó el caudal del estero y una gruesa capa de barro cubrió cada rincón del toldo grande, el toldo de Ayayama, la plaza sagrada y los fogones. Al observar la terraza, parecía que allí no hubiera existido nada. Solo un gran pantano, cubierto de una espesa turba* que protegería de la destrucción total los vestigios del campamento. Más tarde, los volcanes hicieron lo suyo, esparciendo óxido de hierro en sus explosiones, formando sobre la superficie del territorio una capa tan dura como las piedras. Esto permitió que los suelos quedaran resguardados e incorruptibles ante los elementos naturales y el tiempo.

Así, Monte Verde permaneció oculto durante 14.600 años, hasta el día en que las aguas del arroyo fueron desviadas por acción humana, dejando al descubierto unos huesos de gonfoterio. Un grupo de científicos, después de mucho cavar, investigar, relacionar y sacar conclusiones, revelaron al mundo que ese rincón de América del Sur había sido el hogar del Hombre Temprano, el de mayor antigüedad, en su paso por estos territorios ¹¹.

Glosario

- **Alerce:** (*Fitzroya cupressoides*) Árbol gigante, familia de los cipreses; crece en la cordillera de la costa de Valdivia y Osorno; cordillera de los Andes de Llanquihue, Chiloé continental y Argentina. En el llano central de la provincia de Llanquihue su indiscriminada explotación dejó sólo unos escasos ejemplares. Madera de color rojo de gran calidad, fácil de trabajar y resistente a la pudrición; se utilizó para hacer tejuelas y construcción en general. El alerce puede vivir más de 3.000 años y alcanzar 50 metros de altura. Declarado “Monumento Natural” de Chile.
- **Almeja:** (*Venus antiqua*) Molusco comestible, bivalvo (cuerpo protegido por dos valvas o medias conchas blanquecinas y casi ovaladas simétricas). Vive en los fondos arenosos y poco profundos de áreas intermareales de la costa chilena.
- **Andesita:** Roca de origen volcánico, tonos grisáceos oscuros o negros. Después del basalto es la más común. Su nombre deriva de su existencia en la Cordillera de Los Andes, aunque es común en el llamado Cinturón de Fuego del Pacífico.

- **Añpe, Ampe o Palmita:** (*Lophosoria quadripinnata*) Helecho de hojas muy grandes, finas y verde claras, crece formando enormes colonias en lugares húmedos de la VII a la XI región, además en el archipiélago Juan Fernández de Chile, y en Argentina. Sus raíces se utilizan en infusiones para curar heridas.
- **Arrayán:** (*Luma apiculata*) También conocido como Palo Colorado, Temu y Kolumamull en lengua mapuche. Crece entre la VI y X Región de Chile, en zonas muy húmedas del bosque, riveras de ríos y costa. Puede permanecer como arbusto o crecer hasta 15 metros. Su fruto es el “cauchau”.
- **Avellano:** fruto del avellano (Nombre científico: *Genuina avellana*). Árbol de hojas siempre verdes y bordes aserrados, flores blancas con tonos amarillos. Su fruto, la avellana, es una pequeña nuez esférica con interior comestible. Primeros habitantes del centro-sur de Chile la consumían tostada o convertida en harina para sus comidas. Crece de la IV a XI Región de Chile y sectores de Argentina.
- **Bagre:** pez de cuatro a ocho centímetros, abundante en la mayoría de los ríos de América, sin escamas, pardo por los lados y blanquecino por el vientre, de cabeza muy grande, hocico obtuso y con barbillas. Su carne es amarillenta, sabrosa y con pocas espinas.
- **Bandurrias:** (*Theristicus melanosis*) Ave grande, distinguida por su cuerpo color ocre dorado, pico largo y curvado, elegante al caminar. Busca alimento entre la tierra, el pasto o césped y siempre lo hace caminando. Vuela en pareja o pequeñas bandadas en línea y duerme en la copa de árboles altos. Su llamado asemeja el sonido de una trompeta.

- **Barritar:** Dar barritos. Voz, dicho o sonido que produce un elefante, rinoceronte o gonfoterio. También berrear.
- **Basalto:** Nace del magma volcánico tras una erupción, transformado en roca al enfriarse sobre la superficie de la tierra. Es la más común sobre la corteza terrestre; cubre la gran mayoría del fondo oceánico. También se encuentra en la superficie lunar y en Marte, como en meteoritos. Formada por minerales oscuros como el piroxeno y la olivina que producen su color gris o negro. Contiene hierro y silicatos de magnesio, además de sílice.
- **Becacina:** (*Gallinago paraguaiiae megallánica*) Nombre popular, porotera. Habita zonas pantanosas de Atacama a Cabo de Hornos. Cabeza parda con líneas claras de la base del pico a la nuca, bordeando los ojos. Espalda, cuello y pecho jaspeado con tonos negros-café
- **Boldo:** (*Peumus boldus*) Árbol de tamaño mediano de follaje perenne, hojas verde brillante y el envés más claro. Crece en la zona central de Chile. (Últimamente se ha descubierto que hace 14.600 años existían árboles de boldo en Río Bueno y Mehuín, Región de los Ríos). También crece en Argentina y sierras del sur del Perú. Sus hojas, de fuerte aroma, tienen efectos sobre el sistema nervioso, producen sueño, leve anestesia y un conjunto de otros efectos medicinales. Sin embargo, se ha demostrado que el boldo posee cierto grado de toxicidad. Frutos menudos, redondos y carnosos de sabor dulce, comestibles crudos o cocidos.
- **Caballo Americano:** En América del Sur se han descubierto fósiles de dos géneros de

caballos hoy extinguidos: *Equus* e *Hippidion*. Estos últimos llegaron hasta la Patagonia, en la región de Magallanes. En el centro sur de Chile se registra la existencia del subgénero *Equus* (*Amerhippus*) a partir del Plioceno superior (2,5 millones de años atrás), hasta el Pleistoceno superior (el que termina hace 10.000 años). Estos animales eran robustos y grandes pero inferiores al actual caballo doméstico reinsertado por los españoles.

- **Calafate:** (*Barberis buxifolia*) Arbusto espinoso de ramas rectas, rojo oscuras y luego grises. Hojas semicarnosas y brillantes. Flores color amarillo limón, fruto esférico de 1cm de diámetro, comestible natural o elaborado en dulces, jarabes o vinos. Crece en ribera de ríos y lagos. Utilizada como planta tintórea, los mapuches tiñen con ella sus lanas de amarillo. Remedio para bajar la fiebre.
- **Canelo:** (*Drimys winteri*) Foike o foye para los mapuches. Árbol siempre verde de zonas húmedas de Coquimbo (Parque Nacional Fray Jorge) a Tierra del Fuego y áreas vecinas de Argentina. De flores blancas con centro amarillo y una pequeña baya azulada el fruto; hojas lanceoladas verdes brillantes por el haz y blanquecinas por el envés. Madera apreciada en mueblería e instrumentos musicales. Árbol sagrado de los mapuches, sus hojas son símbolo de la machi y de la paz. De múltiple uso medicinal.
- **Changle:** (*Ramaria flava*) Pike en lengua mapuche. Hongo popularmente conocido como changle o chandi. Brota en terrenos húmedos y oscuros después de las primeras lluvias del otoño al interior del bosque nativo en materias orgánicas vegetales en

descomposición. Hongo comestible, cocido o frito. Se encuentra de la VII a la X regiones. Tiene forma de coral, color amarillo-azufre, un aroma suave y delicado sabor.

- **Chaura:** (*Pernettya sp.*) Arbusto pequeño y frondoso de Centroamérica y América del Sur. Hojas pequeñas y puntiagudas de color verde oscuro brillante sobre tallos cortos rojizos. Flores blancas y menudos frutos comestibles.
- **Chingue:** (*Conepatus chinga*) Animal apacible y simpático, un poco más grande que un gato. Vive en el bosque entre matorrales y estepas. Las personas y animales que los molestan se exponen a recibir una rociada proveniente de glándulas anales del animal, cuyo aroma es tan desagradable como persistente. Se le conoce como mofeta o zorrillo.
- **Chirigüe:** (*Sicalis luteola*) Ave pequeña originaria de América. Habita de Atacama a Aysén. El macho es de cuerpo gris verdoso amarillo, pecho y abdomen amarillo, cola negruzca; la hembra, más gris y menos amarilla, emite un hermoso, bello y alegre canto.
- **Chorito o Almeja de agua dulce:** (*Diplodon chilensis*) Único molusco de agua dulce del centro-sur de Chile y Argentina, formado por dos valvas (conchas) oblongas-alargadas, de color gris oscuro en el exterior y nacarado-azulado en su interior. Lo consumían en Monte Verde hace 14.600 años A.P.
- **Chorlo chileno:** (*Charadrius nivosus occidentales*) Ave de esta especie más común de Arica a Chiloé, en playas y orillas de lagunas salinas; conocida como Pollito de Mar y Angelito. Se alimenta de pulgas de mar.

- **Choroy:** (*Enicognathus leptorhynchus*) Ave de la familia de los loros. De plumaje verde oscuro, cola rojo oscuro con punta verde. Abdomen con mancha rojiza. Pico gris oscuro y ligeramente curvado. Patas color carne. Es un ave gregaria, siempre vuela en bandadas.
- **Chucao:** (*Scelorchilus rubecula*) Ave pequeña, habita en el sotobosque, es decir, en las áreas bajas, densas y húmedas de los bosques templados del centro-sur de Chile y sectores fronterizas de Argentina. Su lomo es pardo oscuro, pecho de un tono dorado y vientre con líneas transversales blancas y negras. Se traslada dando saltos o mediante vuelos muy cortos. El conocimiento popular dice que si su canto se oye por la derecha es signo de buena suerte y por la izquierda, lo contrario.
- **Chupón:** (*Greigia sphacelata*) Planta silvestre que crece del Bío-Bío a la región de Los Lagos. Los primeros cazadores y recolectores la apreciaban por sus cualidades alimenticias y resistentes hojas para tejer canastos y cuerdas. El fruto es una baya alargada que contiene pulpa dulce, jugosa y aromática con diminutas semillas.
- **Cochayuyo:** (*Durvillae antarctica*) Planta marina conocida con dos nombres de origen quechua: cochayuyo (*ghutra yuyo*, planta de mar) y cochaguasca (*ghutrawasca*, sogá de mar). Para los mapuches, “coyofe”, derivada de kollof. Puede alcanzar 15 metros de largo. Comestible, rica en yodo, crece en la costa de Chile, Nueva Zelanda y océano Atlántico.
- **Coigüe o coihue:** (*Nothofagus dombeyi*) Crece de la VI a XI regiones de Chile y suroeste de Argentina. Se identifica por sus ramas flexibles y aplanadas horizontalmente, hojas

siempre verdes y brillantes. Su madera es densa y resistente a la pudrición. Los árboles jóvenes tienen madera blanda y se les denomina “hualle”; los de más edad por su madera dura, “pellines”. Grupos indígenas ahuecaban sus troncos para canoas, y otros con tablas amarradas construían las embarcaciones llamadas “dalcas”.

- **Cola de Zorro:** (*Cortaderia araucana*) Conocida como cortadera. Crece de gran tamaño a orilla de arroyos, quebradas y en torno a ríos. Apetecible por los animales herbívoros solo cuando está brotando, debido al borde cortante de sus hojas. Hoy, planta ornamental.
- **Coligüe:** (*Chusquea culeou*) “Kuliw”, en lengua mapuche. Arbusto de las gramíneas perennes, subfamilia de los bambúes. Sus cañas rectas con hojas lanceoladas llegan a los seis metros de altura. Los indígenas las usaban para construir sus lanzas y fines domésticos. Después de florecer y dar semilla, muere. Los mapuches fabrican con sus cañas la trutruca, su instrumento de viento.
- **Cóndor:** (*Vultur gryphus*). Nombre derivado del quechua “cúntur”. Habita en Sudamérica, cordillera de Los Andes, sierras del centro de Argentina y costas de océanos Pacífico y Atlántico. Ave carroñera y voladora de mayor envergadura del planeta y una de las más longevas, que alcanza 50 años de vida. De color negro con plumas blancas alrededor del cuello y parte de las alas. La cabeza carece de plumas y es de color rojo, pudiendo cambiar de tonalidad de acuerdo a su estado emocional. Anida en formaciones rocosas inaccesibles. Símbolo nacional de Chile y también de Perú, Bolivia, Colombia y Ecuador. Declarado Monumento Natural de Chile.

- **Costilla de vaca:** (*Blechnum chilense*) Helecho más común de Chile, también llamado iquide; añü y cül-cül en mapuzugún. Crece desde Limarí a Magallanes, y Argentina. Sus frondas (hojas) son de intenso color verde-brillante. Es usado en infecciones a la vista y heridas del cordón umbilical. Sirve de ornamento de parques y jardines.
- **Cuarcitas:** roca metamórfica, es decir, formada de otras rocas a través de altas presiones y temperaturas. Contiene más del 90% de cristales de cuarzo. Perteneció al grupo de las calizas o cuarzós. Sus colores son de variados tonos claros, gris, amarillo, blanco y rojo.
- **Dihueñe:** (*Cyttaria sp.*) Nombre de varios hongos comestibles también llamados llaolláu o pinatra, que crecen en las ramas de varias especies de *Nothofagus*. En la región de Los Lagos, al llegar la primavera, crece en las ramas del coigüe; parece una pelota de golf de color amarillo naranja y se consume cruda como ensalada. Su sabor es ligeramente dulce.
- **Elephantoidea:** Esta gran familia abarca tres ramas: las dos primeras, *Gomphoteriidae* y *Mammutiidae*, conocidos hoy sólo por registros fósiles e identificados comúnmente como mastodontes. La última rama o familia, *Elephantidae*, la integran los mamuts y actuales elefantes.
- **Frambuesas silvestres:** (*Rubus geoides*) Frutilla de Magallanes, Miñe-Miñe en lengua mapuche. Planta herbácea y rastrera que crece en claros de bosques costeros y áreas del centro de Chile, VII a la XII regiones, e isla Juan Fernández. Sus flores son blanco-rosadas y el fruto comestible de color rojo.
- **Fronadas:** Hojas de los helechos.

- **Gargal:** (*Grifola gargal*) Hongo silvestre, crece en otoño sobre tocones y troncos de madera muerta en bosques húmedos de la VII a la XI regiones de Chile y en Argentina. De color café muy claro y forma de menuda mata de lechuga crespas; de sabor fuerte y dulce, textura agradable y firme que lo hacen comestible en sopas, salteados o al horno. Tiene propiedades nutricionales y medicinales por ser antioxidante, analgésico, antiinflamatorio, protector del sistema cardiovascular, antiviral, antitumores, estimulador del sistema inmunológico. Carece de colesterol y ácidos grasos saturados.
- **Gonfoterio:** (*Proboscidea: omphoteriidae*) Familia extinta de megafauna americana. Constitución física como la del elefante, pero sus patas son cortas, orejas chicas, cráneo achatado y alargado, pelaje corto y/o largo. Arribaron a Sudamérica en intercambio biótico desde Norteamérica hace un millón de años. A los que vivieron durante el Pleistoceno en América del Sur, se les clasifica en dos géneros: *Cuvieronius* y *Stegomastodon*. Los científicos, basados en los escasos huesos y molares encontrados en Chile, afirman que podrían corresponder a los Gonfoterios *Stegomastodon platenses*.
- **Hua-Huan:** (*Laurelia serrata*) Árbol conocido como tepa o laurela, crece de la VIII a XI región chilena y en Argentina. Madera blanda, corteza blanca y hojas alargadas, utilizada en fabricación de casas, tableros contrachapados y leña.
- **Huilliches:** Huilli= sur; Che=gente: Gente del sur. Rama de la gran familia mapuche.
- **Huillín:** (*Lontra provocax*) Gato de río, o nutria de agua dulce. Cuerpo alargado y patas cortas de cinco dedos con garras, cabeza aplanada y pelaje fino corto o largo. Habita en

Chile y Argentina. En riesgo de extinción por la destrucción de su hábitat.

- **Junquillo chileno:** (*Juncus procerus*) Familia de las Juncáceas. Planta perenne, alta y robusta; crece en humedales del Maule hasta Chiloé. Sus tallos aéreos, altos, verdes, lisos y redondos, son utilizados desde la antigüedad en cestería, cuerdas y esteras. Las semillas fueron consumidas por los habitantes de Monte Verde, 14.600 años A.P., como lo prueban restos encontrados.
- **Lasca:** cualquier objeto-piedra producto del quiebre natural o tallado intencional del ser humano y que adquiere forma de esquirra cortante. Raspador, cuchillo u otros.
- **Llanka-Lawel:** (*Lycopodium paniculatum*) Popularmente llamado pimpinela. Helecho rastrero que posee propiedades medicinales en curación de úlceras y tumores. Usado para acelerar encendido del fuego. Crece de la VIII a XII regiones.
- **Loica:** (*Sturnella loyca*) Ave reconocible a distancia por su pecho color rojo.
- **Lucho:** (*Porphyra columbina*) Alga de color verde, conocida también como “lechuga de mar” por sus hojas onduladas. Posee rico contenido de proteínas, minerales y vitaminas, lo que hace considerarla sucedánea de la carne.
- **Luma:** (*Amomyrtus luma*) Familia de las mirtáceas. Crece en bosques templados de Chile y Argentina. Hojas siempre verdes, simples y lanceoladas. Flores blancas y aromáticas. Su fruto es el cauchao, una baya comestible color negro-morado con la que fabricaban jugo y chicha. Madera dura y difícil de trabajar, útil para mangos de herramientas y otros

usos ya que no se pudre con facilidad. Árbol valorado como leña y medicinal.

- **Mañío:** (*Podocarpus nubigenus*) Mañío macho, mañiu en lengua mapuche. Crece entre Cautín y Aysén. Su madera es de gran belleza, se ocupa en interior de casas y mueblería.
- **Maqui:** (*Aristotelia chilensis*) Árbol pequeño, crece de la IV a la XI regiones de Chile, también en Argentina. Sus hojas, frutos, tronco y raíces poseen múltiples usos medicinales. El fruto, menuda baya de color negro, es delicia de niños y aves.
- **Martín Pescador:** (*Megacerile torquita*) Ave de hábitos solitarios y muy atractiva por el bello colorido de su plumaje. Se encuentra frecuentemente parado en una rama sobre el agua o a la orilla de ríos, a la cual retorna después de cada pesca para consumir la presa y secar sus plumas.
- **Matico:** (*Buddleja globosa*) Arbusto originario de América del Sur, presente en Chile, Perú y Argentina. Desde tiempos antiguos se le ha usado como un poderoso cicatrizante de heridas internas y externas. Es utilizado también para teñir tejidos de tonos marrones. Sus flores de color amarillo y naranja no miden más de un centímetro y desprenden un embriagador aroma.
- **Michay:** (*Berberis darwinii*) Pequeño arbusto de flores abundantes color amarillo anaranjado y frutos coloridos. Las raíces son utilizadas para teñir lanas de tono amarillo.
- **Murta:** (*Ugni molinae*) Arbusto llamado Uñi por los mapuches, y popularmente murta o murtilla. Familia de las mirtáceas, nativa del centro-sur de Chile y zonas aledañas de

Argentina; fruto de agradable sabor dulce y aromático usado en mermeladas, pastelería, cremas faciales, medicamentos, conservas y licores. Los pueblos originarios fabricaban chicha.

- **Notro:** (*Embothrium coccineum*) Árbol llamado popularmente ciruelillo. Floración abundante desde la primavera al otoño. Flores rojas, tubulares y ricas en néctar asiduamente visitadas por picaflores. Decorativo en parques.
- **Ñirre:** (*Nothofagus antarctica*) Árbol o arbusto cuyo nombre, ñirre, significa zorro en lengua mapuche, pues estos animales hacen sus madrigueras bajo ellos; se distingue en otoño por el color rojizo de sus hojas. La madera presenta muchos nudos por lo que se le usa como combustible. Común del bosque andino patagónico de Chile y Argentina.
- **Paico:** (*Chenopodium ambrosioides*) Planta silvestre medicinal y aromática usada desde tiempos inmemoriales. Cualidades antiparasitarias para tratamiento de lombrices y la tenia.
- **Paleolama:** Antecesor de los camélidos americanos, extinguido al final del Pleistoceno (10 a 12.000 años A.P), subsisten los géneros Lama (guanaco) y Vicugna. La paleolama tenía el cuerpo mayor que la llama, la alpaca, la vicuña y el mismo guanaco.
- **Pangue:** (*Gunnera tinctoria*) Planta de hojas gigantes, de más de un metro de diámetro. El tallo carnoso (nalca), es comestible; de un sabor ligeramente dulce y ácido. Las raíces se utilizan para teñir lana, de allí su nombre científico.

- **Papas silvestres:** (*Solanum maglia*). Tubérculo comestible de miles de años en Chile y SudAmérica. Se ha descubierto que hace 14.600 años la consumieron los primeros pobladores de América del Sur en Monte Verde. La palabra “papa” procede del quechua “papa”.
- **Paquidermo:** Grandes animales de piel gruesa y arrugada.
- **Pejerrey de río:** (*Basilichthys australis*) Pez de agua dulce, puede medir más 30 cm. Lo caracteriza una banda oscura longitudinal, plateada en su borde inferior, flancos verde amarillentos y blancos. Habita del río Aconcagua (Región de Valparaíso) hasta Puerto Montt (Región de Los Lagos)
- **Pelillo:** (*Gracilaria chilensis*) Alga roja nativa, crece en zona intermarial y submarial hasta 25 cm de profundidad, en fondo arenoso y fangoso de las regiones IV a la X. Hoy, se comercializa como materia prima para la fabricación de cosméticos, alimentos y biomedicina. Se exporta a muchos países del mundo.
- **Pez gato o bagre:** (*Nematogenys inermes*), especie endémica de Chile. Su nombre popular proviene de los tentáculos o barbilla que luce en la mandíbula, parecida a los bigotes de un gato.
- **Piedra de granito:** roca fundida del magma que se enfría al interior de la tierra, y después llega a la superficie por destrucción de sus capas superiores. Contiene cuarzo, feldespato y mica. Útil en el recubrimiento de edificios públicos y monumentos por su durabilidad. Pulida es bella e incluso reemplaza al mármol.

- **Pitra:** (*Myrceugenia exsucca*) Árbol grande, tronco con rugosidades verticales u ondulaciones. Crece en lugares húmedos de Aconcagua a Chiloé. Hojas perennes y flores blancas. Su fruto es una baya negra y brillante.
- **Poleo:** (*Mentha pulegium*) Planta aromática también llamada menta. El Poleo crece en sitios húmedos junto a cursos fluviales. Nativo de América del Sur, es útil en infusiones como relajante, ayuda en el proceso digestivo, regula la menstruación, afecciones bronquiales leves, expectorante y antitusivo. En alimentación se utiliza por su aroma.
- **Pulga de mar:** (*Talitrus saltator*) Crustáceo de pequeño tamaño, abunda en zona intermareal de las playas. Al estar en peligro o se le molesta, huye a grandes saltos. Dieta de peces y aves. También lo consume el hombre.
- **Quila:** (*Chusquea quila*) Familia de las Poaceae y subfamilia de los bambúes. Sus cañas crecen hasta 15 metros y en densas comunidades que excluyen otras plantas. Los primeros habitantes de Chile consumían sus brotes (huilos) crudos y cocidos al rescoldo, con sal o ají. El ganado se alimenta principalmente de sus hojas. Florece cada 50 o 60 años.
- **Radal:** (*Lomatia hirsuta*) Árbol siempre verde. Crece en bosques templados de la IV a la X región de Chile, y también en Argentina; su madera de variados tonos es usada en artesanías, muebles y chapas. La corteza se utiliza en el teñido de lanas color café oscuro. Flores blancuzcas. Los pueblos originarios consumían té de sus hojas para tratar problemas bronquiales y asma.

- **Roble:** (*Nothofagus obliqua*) Árbol grande conocido como hualle, coyán, pellín. Crece en cordillera de Los Andes, costa y valles centrales de la V a la X región de Chile. Corteza gris marrón y hojas verde claro. Madera color blanco amarillo, útil en construcción y mueblería. La corteza ha sido útil en teñido de lanas.
- **Run-run:** (*Hymenops perspicillatus*) Ave llamada chulé kureu en lengua mapuche. El macho es completamente negro, pico y anillo alrededor de los ojos de color amarillo limón. Habita humedales y en invierno a veces migra al norte.
- **Sargazo:** (*Sargassum bacciferum*). Alga marina que puede tener varios metros, parda o verde negruzca. Algunas especies tienen vesículas llenas de gas para mantenerse a flote y promover la fotosíntesis. Se le encuentra comunmente en la orilla del mar, cerca de los roquedales.
- **Siete Colores:** (*Tachuris rubrigastra*). Menuda avecilla que vive de Aconcagua a Chiloé. Una de las más hermosas por su colorido plumaje. Su grito es como el croar de un sapito. No se adapta a la vida cautiva. Vive en juncuales, totorales y lagunas poco profundas.
- **Temu:** (*Blepharocalyx crukshanskii*) Árbol conocido como Palo Colorado. Familia de las mirtáceas. Endémico de Chile y parte de Argentina. Madera dura, corteza color pardo rojiza. Flores blancas en ramilletes, frutos redondos marrón oscuro y sabor amargo, de uso medicinal. Crece de la V a la X región de Chile.
- **Tiuque:** (*Milvago chimango*). Familia de los Falcónidos. Chiukü para los mapuches. Plumaje color café canela y café rojizo en el pecho. No es buen cazador; busca en

basurales urbanos restos de pescado y otros desperdicios. Revoltoso y vocinglero, expulsa a los demás de su territorio.

- **Tordo:** (*Curaeus curaeus*) Ave de color negro brillante, aparece en pequeñas bandadas migrantes. Cantan al unísono al amanecer y atardecer en su sitio de descanso.
- **Totora:** (*Scirpus californicus*) Del quechua “tutura”. Planta herbácea perenne acuática, común en esteros y pantanos de América del Sur. Sus tallos miden entre uno y tres metros; útil en construcción de techos y paredes para cobertizos, asientos de sillas, alfombras.
- **Trile:** (*Vanellus chilensis*) Nombrado queltehue en zona central de Chile; treile en el sur; tero en zona austral; nombre indígena tregle, teru-teru. Ave común de campos y tierras húmedas, ciudades, parques y jardines. Su manto y alas color gris oliváceo con brillos metálicos; frente, garganta, cuello y pecho negro; ribete blanco que bordea zona negra de la cara a la garganta y en la nuca largas plumas negras y finas como un mechón. Buen centinela, ante un peligro emite una estridente alarma.
- **Turba:** material orgánico formado por la descomposición de vegetación, el que se transforma en carbón mineral producto de la acción del agua ácida de humedales o pantanos, gracias a la ausencia de oxígeno y baja existencia de microbios. Al cubrir la turba la madera y otros objetos, los protege contra la putrefacción o destrucción, conservándolos por muchos siglos.
- **Ulmo:** (*Eucryphia cordifolia*) También de nombre muermo. Crece de región del Bío-Bío

a la de Los Lagos. Sus flores blancas son preferidas de las abejas que fabrican la conocida “miel de ulmo”, apreciada por su perfume y textura. La madera de color marrón es utilizada en muebles, construcción y leña; por uso indiscriminado su existencia está en peligro de extinción.

- **Voqui:** (*Cissus striata*) Foki en lengua mapuche. Planta trepadora que crece en el centrosur de Chile, como así también en otros países sudamericanos. Sus tallos han sido usados desde antiguo en cestería.
- **Yesca:** Cualquier material muy seco para ayudar a encender el fuego, comúnmente pasto, cardos u hongos.
- **Zorzal:** (*Turdus falcklandii*). Huilque, del mapuzugún wilki. Ave de plumaje grisáceo en el dorso, garganta blanquecina adornada de pequeñas líneas negras, patas y pico amarillo anaranjado; común habitantes en huertos, jardines, áreas suburbanas y agrícolas. Se distingue como un gran cantor.

Reconocimiento

En la creación de esta novela, el escritor reconoce su deuda con dos valiosos libros de difusión científica: *Monte Verde: Un asentamiento humano del pleistoceno tardío en el sur de Chile* de Tom D. Dillehay, LOM ediciones, Santiago de Chile, 2004. Tom D. Dillehay es Doctor en Antropología; Distinguished Profesor de Antropología en la Vanderbilt University, Nashville, Tennessee, Estados Unidos de Norteamérica; Profesor Extraordinario y Doctor Honoris Causa de la Universidad Austral de Chile, Valdivia; quien, junto al geólogo chileno Mario Pino Quivira, alumnos y equipo interdisciplinario de especialistas, realizaron entre 1976 y 1987 la excavación, investigación y estudio del sitio de Monte Verde. En 1997, la comunidad científica mundial, ante las contundentes pruebas presentadas por los investigadores, definitivamente lo acepta como el sitio arqueológico más antiguo y completo del poblamiento en América. El otro libro es *Pilauco, un sitio complejo del Pleitoceno tardío* de Mario Pino Quivira, Universidad Austral de Chile, Imprenta América, Valdivia, 2008. Su autor, Geólogo, Doctor en Recursos Naturales de la

Universidad de Münster, Alemania, académico del Instituto de Ciencias de la Tierra y Evolución, y Decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad Austral de Chile, Valdivia, describe el trabajo de investigación junto a sus alumnos y otros profesionales en Pilauco Bajo, sitio arqueológico de la ciudad de Osorno donde descubren registros de la megafauna que vivió a fines de la era del hielo en esa zona sureña.

Por último, un reconocimiento especial a José Manuel Zañartu, Gerente Editor de Zig-Zag, por su valioso apoyo junto al equipo de especialistas de la editorial, que orientaron al autor con oportunas y acertadas sugerencias para un mejor resultado final del texto.

1 Territorio ubicado a 27 kilómetros de la Plaza de Armas de Puerto Montt, suroeste, 41° Sur, Nort Patagonia, Región de Los Lagos, Chile. (N. del A.)

2 Las palabras con asterisco (*) se encuentran definidas en el glosario que está al final del libro. (N. d. A.)

3 Se trataba de ulmos*, canelos*, avellanos*, mañíos*, hua-huan* y alerces*. (N. del A.)

4 A las que común y equivocadamente se les ha denominado colmillos, según los investigadores de Monte Verde (N. d. A.).

5 El conquistador español, García Hurtado de Mendoza, fundó la Villa de San Mateo de Osorno (1558) en honor a su abuelo el Conde de Osorno de España, extendiendo la denominación al volcán, pero éste ya tenía nombre, los mapuches-huilliches le llamaban Hueñauca (cielo o alturas rebeldes). Hace 14.600 años, los monteverdinos, tal vez lo nombraban Montaña del Fuego. (N. del A.)

6 Se trata de un sector de Monte Verde, denominado por el arqueólogo Tom D. Dillehay como Monte Verde I, el que actualmente está siendo investigado porque los artefactos encontrados en él datarían posiblemente de hace 30.000 años. La historia que aquí se narra ocurre en Monte Verde II, principal y más completo sitio arqueológico. (N. del A.)

7 Maullín significa en mapuzugún “abundancia de agua”, nombre dado por los mapuches-huilliches hace más de 13.000 años después de la existencia de los pobladores de Monte Verde. (N. del A.)

8 Se trata del zarapito o perdiz de mar. Estas aves anidan en las costas árticas, en los

territorios de Norteamérica, y al llegar el otoño viajan a pasar el verano en las costas de América del Sur. (N. del A.)

9 Los investigadores de Monte Verde encontraron pequeñas esferas de piedras con un surco en su entorno y se inclinaban a pensar que fueron usadas como juguetes. (N. del A.)

10 Los Mapuches- Huilliches le llamaron Calfuco (agua azul), con el tiempo fue castellanizado. Se ignora cómo lo distinguían los Monteverdinos hace 14.600 años (N. del A.)

11 Entre los hallazgos encontraron la huella de un niño petrificada en el barro, al costado de uno de los grandes fogones del campamento. Era, sin duda, la huella de Apo, el hijo de uno de aquellos primeros pobladores de la actual nortpatagonia chilena (N. del A.)